

CULTURA

REVISTA DEL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE

No. 80

septiembre-diciembre

1 9 9 7

Cuentos de Horacio Castellanos Moya
y José Ricardo Chaves

Carlos Martínez Rivas:
Glosas y otros poemas

Ensayos de Eduardo Milán, Mario
Vásquez, Miguel Huevo Mixco,
Jaime Barba, Carlos Cañas Dinarte

Homenaje a Toño Salazar

CULTURA

REVISTA DEL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE

Ministra de Educación
Cecilia Gallardo de Cano

Viceministra de Educación
Abigaíl Castro de Pérez

Presidente de CONCULTURA
Roberto Galicia

Director revista CULTURA
Ricardo Roque Baldovinos

Consejo de Redacción
Horacio Castellanos Moya
Miguel Huevo Mixco

No. 80. Septiembre-Diciembre 1997

Diseño: Tania Mata Parducci. Correspondencia y canje: 17 Ave. Sur No. 430, San Salvador, El Salvador, Centroamérica. Los editores no responden por originales no solicitados. Se autoriza la reproducción de los artículos, siempre y cuando se cite la fuente, excepto aquéllos tomados de otras publicaciones.

Dirección de Publicaciones e Impresos



S u m a r i o

Ensayos

Tres ensayos sobre poesía latinoamericana
Por Eduardo Milán **5**

Masferrer:
vitalismo y luchas sociales
Por Jaime Barba **21**

Las cartas del azar:
La correspondencia de Italo Calvino
como editor **41**
Por Miguel Huevo Mixco

La soberanía del ensueño:
Surrealismo y lo real-maravilloso
Por Ricardo Roque Baldovinos **55**

Giovanni –Juan– Aberle
Por Carlos Cañas Dinarte **67**

Entre la monarquía y la república
¡supremo instante!
Por Mario Vásquez **87**

Entrevista

Carlos Martínez Rivas:
«Yo escribo cosas
que todavía no se han pensado» **102**
Por Luis Alvarenga



Poesía	Carlos Martínez Rivas	105
Especial	Homenaje a Toño Salazar	120
	Palabras de presentación al poeta Nicolás Guillén en la Casa de España	121
	Crónicas intemporales	125
	Ocho caricaturas antifascistas	137
Narrativa	Sangre en el codo del diablo <i>Por José Ricardo Chaves</i>	146
	El pozo en el pecho <i>Por Horacio Castellanos Moya</i>	157
Comentarios	Novela, desarraigo y nihilismo <i>Por Carlos Molina</i>	166
	Los compromisos de Mario Vargas Llosa <i>Por Luis Armando González</i>	170
	El ramito (apócrifo) en el pie (de página) <i>Por Hernán Bermúdez</i>	174
Tinta Fresca		180

Tres ensayos sobre poesía contemporánea*

Eduardo Milán

La poesía latinoamericana de hoy se debate entre un clara disyuntiva: regresar a un pasado canónico o continuar la búsqueda de nuevos medios expresivos. De Eduardo Milán, poeta y ensayista uruguayo radicado en México, presentamos tres argumentos en favor de la tradición de la vanguardia poética.

Sobre poesía latinoamericana actual

Poesía: cosa de poetas. Nunca más que ahora, en lo que va del siglo, la afirmación anterior es tan válida para la poesía latinoamericana. Una afirmación que se sostiene por sí misma, sin necesidad de preguntarse ¿quién lee poesía?, o recurrir a un arqueo estadístico entre editores. La poesía en general circula entre hacedores y la poesía en particular, esto es: la mejor, circula entre hacedores elegidos. Sin embargo, otro retazo de realidad indica lo siguiente: a ambos lados de la lengua, tanto del español como del latinoamericano, existe una enorme proliferación de poetas. Entonces viene la pregunta: ¿por qué hay tantos poetas si hay tan pocos lectores? La metafísica invertida de la creación que patentó el humilde Borges —nadie escribe, todos leemos— fue arrinconada por la realidad en el centro mismo de la paradoja: los que escriben son exactamente los que leen. Esta situación, que desearía ver como un *impasse*, no es

* Estos tres ensayos se han tomado del libro *Resistir, insistencias sobre el presente poético* (CONACULTA, México, 1994). Se reproducen con la debida autorización del autor.

América Latina ya no es específica como cultura en lo que respecta a la mirada del otro.

privativa de la poesía latinoamericana ni tampoco de la poesía de la lengua: es un problema, *el* problema, de la poesía.

En términos generales, América Latina ha dejado de ser específica como cultura, al menos en lo que respecta a la mirada del *otro*, llámese Europa o Estados Unidos. Ya no hay mercado para nuestra otredad que ha rebotado en el espejo del banquete occidental.

Esto hace un lugar para una característica latinoamericana que sin ser una especificidad ha dado grandes resultados como actitud: la lúcida, implacable, persistente y desacralizadora actitud transgresora de la cultura en relación con los modelos que en otros tiempos ideológicos llamábamos *metropolitano*. En tu debilidad está tu fuerza y si miras bien, si realmente logras mirar bien, verás que la situación marginal de América Latina en su

poesía, adobada con un poco de conciencia, ha dado la condición de su competencia internacional: la transgresión de las formas. Un vistazo al mapa poético latinoamericano del siglo —mapa de pocos picos, muchas fallas y un despeñadero inacabable— permite verificar dos grandes momentos: el de la vanguardia y sus herederos (Huidobro, Vallejo, Neruda, Gironde, Lezama Lima, Paz, Parra, Gonzalo Rojas) y el de la derrota final de la vanguardia y sus herederos. El primer momento corresponde a los picos; el último al despeñadero, al cual me referiré más adelante.

Algunos años antes de este corte provisorio que intento, Rubén Darío publicó *Prosas profanas* (1896). Estos textos, muchos lo han visto así, fueron la liberación. Y, en efecto. ¿de que nos liberó Darío? Nos liberó del contenido poético, y con ello de nuestra realidad de neocolonias líricas. Darío había dicho: “El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.” Más que una apuesta por la encarnación de forma y contenidos —o mejor aún: de una forma generadora de contenidos—, detrás de las palabras de Darío alienta una apuesta por la insignificancia del contenido poético. Todo el trabajo de Darío en el nivel del contenido textual había sido, hasta, *Cantos de vida y esperanza*, inverosímil: la estatuariana dariana y su griega colección de cisnes apuntaban más a una mitología de postal que a una visión transhistórica, coexistente. Enrique González Martínez se tomó literalmente la importancia del cisne y clamó por justicia en su célebre poema. Pero el cisne de Darío no era, en realidad, un

cisne. Era un emblema, un emblema no de la perfección de la poesía con mayúsculas sino de lo aleatorio de los motivos poéticos. El cisne es un ave tan alejada de la referencialidad cotidiana como el papemor, otra ave dariana. Darío llevó hasta sus últimas consecuencias el alejamiento simbólico del lenguaje modernista: lo llevó hasta el vacío que naturalmente sus seguidores no tardaron en llenar. El nicaragüense sólo había querido señalar que en poesía todo se puede decir (al margen de la revolución formal que produjo), una lección que nos preparó para la vanguardia. Sintéticamente: Darío fue el primer transgresor de la poesía latinoamericana.

La vanguardia latinoamericana representa el punto de fuga del canon de los continuadores de Darío se ocuparon de establecer. Con una excepción: el uruguayo Julio Herrera y Reissig, un paródico atrevido de formas y contenidos. Si bien la vanguardia europea actúa como correlato estético de una idea de cambio social, en América Latina se reciben las astillas del estallido inicial, astillas más de una forma que de un sentido. Y aunque viajeros nuestros poetas vanguardistas, la recepción que hacen del repertorio de la vanguardia hay que verla desde otra orilla, la que posibilitó el cruce mestizo y, en definitiva, el retorno de la propuesta dariana. Los paradigmas del momento más alto de nuestra vanguardia, *Altazor* de Huidobro, *Trilce* de Vallejo y las dos primeras *Residencias* de Neruda, suponen la diferencia respecto del momento canónico que significó, siempre en el marco de la lengua, la generación del 27. Movimiento plural en un sentido estético, se unifican para una reificación del pasado: van a desvelar las cenizas de Góngora, quien, a través de sus “llagas de plata” (García Lorca), puede ser visto como el verdadero padre de la vanguardia en la poesía de la lengua hispánica. Las “llagas de plata” que le atribuye García Lorca al cordobés significan su vía crucis de radicalidad, su metáfora crítica, una radicalidad tal vez sólo alcanzada por el mismo Lorca en *Poeta en Nueva York*. Y fueron los mismos poetas del 27 los que se encargaron de diseminar por la poesía latinoamericana aquella metáfora que, cada vez más diluida en su sentido crítico, se expandió entre nosotros ya no como “llaga” sino como verdadera plaga. Todavía hoy la metáfora es la figura reina de la lírica latinoamericana, tótem o piedra de toque para que se pueda hablar de poesía. Pero la poesía latinoamericana no sólo heredó de sus vecinos españoles una figura tropológica. Heredó algo peor: una manera de ver el pasado que se transformaría luego en la única manera posible, la manera de la sacralización.

En estos dos puntos de la importación que hizo la poesía latinoamericana de la visión poética española (la metáfora acrítica, complaciente, especie de decorado imaginario de la cadena sintáctica; la visión o revaloración del pasado de una manera igualmente complaciente, buscando allí el lugar íntimo y tranquilo que separa del presente caótico) podría encontrarse una explicación del descenso en el nivel poético que padece hoy en día nuestra poesía. Señalé los casos de Huidobro, Vallejo y Neruda como momentos paradigmáticos porque esas experiencias posibilitaron la fundación de una tradición: la tradición del lenguaje crítico en nuestra lírica. Una tradición que, partiendo de la base del examen de sus propios medios (el medio es el lenguaje), pudo ofrecer al lector una poesía problemática en igual grado que la realidad. El poema, para la tradición crítica, está “informado” por el mundo. Lo que en apariencia es una forma de clausura de la referencialidad es sólo la manera de reelaborar la información en los límites del texto. Naturalmente que esto supone un privilegio de la forma sobre los contenidos. Pero el juego inverso, el privilegio del contenido, nos lleva a la dimensión fatal: la apuesta por una poesía comprometida con la “realidad”, nuestro momento poético más triste, décadas sesenta y setenta, el de la cubanía y sus seguidores. Esa revolución produjo uno de los lenguajes poéticos más reaccionarios que registra la lírica latinoamericana. No había bastado la práctica de los herederos de la vanguardia (Lezama Lima, Octavio Paz, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas) llevando al límite aquel momento fundador: a través de la sustitución del mundo por una metáfora total (Lezana); a través del poema como espejo del poema (Paz); por la mezcla sintáctica de todos los niveles del lenguaje (Rojas). Y aquí sobreviene el corte, la falla, la brecha. La lógica de la vanguardia (que había funcionado aunque por antítesis), cimentada en el intento de establecer una *Koiné* o lengua única (de paso: uno de sus atributos más terroristas) cuya cuna romántica es evidente, dejó de funcionar como *poética*. *Grosso modo*, la poética de la vanguardia se sostiene en una forma: el fragmento, cuyas secuelas de lo inacabado, lo abierto, lo aleatorio corresponden a una relatividad universal inminente. El fragmento es también un recurso contra la narratividad y, en lo que respecta en específico al verso, afecta directamente a la cadena sintáctica. Tanto *Altazor* como *Trilce* son experiencias de desmembramiento sintáctico radical. Pero también son avisos de la amenaza silenciosa que acechaba al poema, siempre al borde del no-sentido y del vacío de la

página. Ahora bien, si el fragmento es una forma idónea para dar un mundo caótico, incomprensible, y una realidad que se ve minada en su efecto de sucesión, no es la única posibilidad de una poética crítica. Experiencias como las de Carlos Martínez Rivas (1924), Roberto Juarroz (1925), Hugo Gola (1927), Ida Vitale (1922) o Enrique Lihn (1929-1988) son formulaciones de una aventura lírica que se basa, en mayor o menor grado, en el cuestionamiento del material lingüístico que maneja. El caso de Enrique Lihn es quizá el más ambicioso en este sentido. En su poema "Escritos en Cuba" (1969) dice: "A la palabra que efectivamente presenta en sus vocales/y diptongos como una carne, la ronda el silencio como la muerte a la carne".

El fragmento es la forma idónea para dar un mundo caótico pero no es la única posibilidad

Este texto de Lihn es una verdadera lección de una escritura que avanza por cuestionamiento a veces por negación. El tema Cuba es sólo un pretexto para caer al centro de su escritura. Los mejores textos de Lihn ejemplifican una valentía escritural insobornable: es el poeta el primero en crearse sus imposibilidades textuales y resolverlas con honradez. Quiero decir: son textos que plantean la poesía como problema, tanto en sí misma como en su relación con el mundo y frente a los objetos que está condenada a referir. Frente al intimismo de sus contemporáneos, amparados en la coartada de la tiniebla metafísica, Lihn tocó el límite de una poética autoconsciente. Un caso similar en cuanto a su condición de excepción, de una poética a contracorriente de su momento histórico, es el de Guillermo Sucre (1933). Al margen de su trabajo crítico (*La máscara, la transparencia* es, hasta hoy, el mejor estudio que se ha realizado sobre la poesía hispanoamericana) la poesía de Sucre es un ejemplo inmejorable de una sintaxis crítica. Sin abandonar el verso, Sucre puede cuestionar los mecanismos de su poética muchas veces autoalusiva a la vez que cuestionar el mundo en su alusión. Textos que afirman y niegan lo que dicen en una escritura que avanza por titubeos. Es la otra ley de una poesía inventiva, crítica: poner en tela de juicio los distintos grados de referencialidad del mundo. También Eduardo Mitre (1943) recupera algunas tácticas del poema moderno. Su poesía parte a la búsqueda de la concretud del lenguaje, aun allí donde el vocablo queda suspendido de la cadena sintáctica a merced del grado de significación que le proporciona el silencio de la página. Pero la recuperación de una práctica fragmen-

taria del poema la llevó a cabo Rodolfo Hinostroza (1941) con su libro *Contranatura* (1971). Muy aleccionado por la experiencia de los cantos de Pound, Hinostroza traza también una “épica sin tema”, contradictoria y contracultural: el telón de fondo temática del texto son las vivencias de los años sesenta. Escritura entrecortada, mechada de ideogramas, mandalas y signos del zodiaco que alternan en la página con los signos verbales, su propuesta es un aire nuevo, radical.

Me he referido anteriormente a algunos nombres que han desarrollado actitudes poéticas críticas en nuestra poesía a partir de la vanguardia. Esos nombres son excepciones que, de una manera u otra, han hecho el intento de mantener una tradición, a mi modo de ver la única válida, que atraviesa el mapa de la poesía latinoamericana: la tradición, de la búsqueda permanente de nuevas formas expresivas cuya base es la investigación del lenguaje poético. Esos nombres son también emergencias, luces intermitentes que aparecen aquí y allá de manera independiente del entorno epocal y que, justamente, permiten la realización de un trazo en el sentido de una tradición. En esta línea de consecuencia, el libro de Hinostroza, señala el último momento coherente. Pero la pregunta que ha alentado debajo de estas líneas sigue vigente: ¿por qué el descenso de la temperatura poética en América Latina que nos ha llevado a la parálisis

¿Por qué el descenso de temperatura poética en América Latina que ha llevado a la parálisis actual?

actual, a este momento de “todo vale” en poesía? ¿Qué es lo que ha llevado a los nuevos poetas latinoamericanos al olvido de su tradición de rigor? Ésta es una pregunta que puede ser formulada también en la poesía española y muy posiblemente a las poesías occidentales en general. Pero es mejor restringirse a nuestro ámbito. Una de las pistas que di con la intención de vislumbrar una respuesta, la herencia de una metáfora acrílica, puede ser sólo

un epifenómeno en la medida en que se trata de un recurso intrínseco a la poesía. Me temo que el problema reside en otra parte: en la actitud del poeta frente a la realidad, lo que ha producido su efecto dentro de los límites de la poesía misma. La vanguardia fue un movimiento estético que respondía a una voluntad utópica: la promesa de cambio en la sociedad. Pero, en cuando estética, respondía al ideal de la evolución de las formas artísticas, a la búsqueda permanente, a la no repetición. En otras palabras, hacía eco de la realidad social pero no en un sentido especulativo: seguía su propio meca-

nismo. Sin negar el relativo agotamiento del repertorio formal de la vanguardia, creo que la mirada del poeta latinoamericano a aquel momento fundador ha terminado por ser equivalentes la utopía social y la utopía estética. Esta mirada contiene un peligro en su centro: el retorno a la idea lukcsiana del arte (y también de la poesía) como correlato de lo social, como su efecto imaginario en el nivel de la superestructura ideológica. De este modo la idea de la Historia puesta en entredicho como motor del cambio ha puesto también en entredicho la posibilidad de cambio artístico. La negación de la historia supone una negación de la linealidad. Genera, entonces, una atemporalidad. Pero esta atemporalidad se carga, en forma, inmediata, de tiempo: se llama *coexistencia* temporal. Hoy todos los tiempos (miento: todos menos el futuro) están a la orden del día, lo que produce una suerte de entropía de pasado, frente al bloqueo del futuro, es lo que atrae al presente ya que el presente es un tiempo imantado. En principio no es negativo un regreso al pasado, siempre y cuando ese regreso sea un retorno selectivo, reelaborador. Pero hoy se asiste a un retorno al pasado en forma acrítica: se busca en el pasado su momento eufórico, canónico. Eso explica en la poesía el movimiento de *revival* o *remake*, la repetición de formas fuesen intemporales. Y ya que la poesía latinoamericana no tiene demasiado pasado donde se pueda revolver, en este momento se ha vuelto más española que nunca: ha retrocedido no al pasado de su lenguaje sino al pasado de la lengua. Si la poesía latinoamericana no tuviera una tradición brillante en cuanto a búsqueda de posibilidades expresivas el problema estaría resuelto: todo consistiría en ser una neotradición poética española. Pero en este caso, ¿para qué Darío?, ¿para qué Huidobro, para qué Vallejo? La atemporalidad, aunque parezca lo contrario, es la más alta irresponsabilidad frente a los muertos. Son muy pocos los poetas latinoamericanos nuevos que buscan un entronque con la tradición crítica. Roberto Echavarren, Arturo Carrera, Néstor Perlongher, Diego Maquieira, David Huerta, Manuel Ulacia, José Luis Rivas son algunos nombres aunque no todos. Habrá que esperar cuál es el desenlace de las poéticas de los más jóvenes. Cierro con un poeta insobornable: Gerardo Deniz.

Lo nuevo como arrepentimiento de lo nuevo*

La poesía latinoamericana de hoy se debate entre una clara disyuntiva: regresar en forma acrítica a un pasado canónico o continuar la búsqueda de nuevos medios expresivos. En términos generales, el retorno a un pasado canónico (véase aquí a los siglos dorados por la tradición: el XVI y el XVII) implica la fuga de un presente caótico y el intento de buscar refugio en aquellos momentos históricos, especialmente en su aura, que auguraban una tranquilidad espiritual dependiente de un cierto estado del mundo. A ese estado del mundo corresponderían formas poéticas claramente tipificadas: el romance, la lira, el soneto, etcétera, cuya emergencia en un tiempo preciso suponía el surgimiento de una nueva manera de poetizar. Esa novedad, por supuesto, suponía una carga crítica respecto del repertorio formal de la época. Bien: la novedad de estas formas y su carga crítica implícita están ahora perdidas para siempre. Y como el grado de novedad está perdido, lo que tales formas conllevan es la posibilidad de volverse transparentes y comunicar motivos y temas ya altamente codificados en la poesía iberoamericana: el amor, la muerte, el tiempo, temas todos que suponen una caligrafía mayúscula. En realidad, el regreso a las formas canónicas del pasado, dada su pérdida de novedad actual, supone una a-formalidad. Una a-formalidad que sólo es posible por el estadio actual del mundo: pérdida de fe en la historia como motor de cambio, caída de las utopías tanto estéticas como históricas, cese del devenir temporal, motivos caros a una ideología actualmente dominante que tiene su fundamento en el llamado "pensamiento débil", que a su vez juega en oposición a los llamados discursos legitimadores y totalizantes. La a-formalidad, producto a su vez de la intemporalidad que suscribe la presentificación de todos los tiempos interactuando ahora, coletazo último de la negación de la Historia, está reñida en forma directa con la idea de evolución de las formas en arte, idea muy cara a modernidad, que sustentó el pensamiento estético de las vanguardias históricas. Si todas las formas en su máxima abertura son posibles es que ha cesado el concepto de evolución formal, de no repetición, de cambio. Desde un punto de vista teórico, el peligro que alimenta al diálogo actual entre estética y realidad es el retorno a la idea lukacsiana del arte como reflejo de la realidad, que tiene su apoyo original en el concepto aristotélico de mimesis o norma medianera, norma que, en el diálogo arte-mundo, sostiene una clara subordinación del pri-

* Ponencia presentada en el encuentro *La Palabra Poética en América Latina*, realizado del 5 al 7 de diciembre de 1990 en São Paulo, Brasil.

mero al segundo. Las variantes a la norma quedarían así abolidas y condenadas como degeneración de la idea de “lo que está en el aire” o de la idea del “espíritu de la época”, rumbos igualmente totalitarios.

Por su parte, la búsqueda de nuevos medios expresivos tiene, a mi modo de ver, dos posibilidades: el entronque con una tradición libertaria, que en la lírica hispanoamericana se funda con Darío y se cristaliza con las vanguardias (Huidobro, Vallejo, el primer Neruda, Gironde), o bien el rescate de los márgenes dejados por la vanguardia en su intento de sentar las bases para una *Koiné* o lengua única: el detalle, el matiz, la diferencia, la variante dentro de la variante, todo lo que, en último caso, no niega una tradición libertaria sino que, por el contrario, tiende a su corrección y, al corregirla, a amplificarla. La primera posibilidad cuenta con el apoyo del repertorio formal de la vanguardia (fragmento, simultaneidad, *collage*, etcétera). La segunda incluye un elemento muy en boga en este momento y relativamente nuevo en la poesía del siglo: la narratividad. A simple vista, la narratividad en poesía ocupa el lugar del costado, del margen, frente al repertorio canónico de la vanguardia, de ahí que la incursión en el elemento narrativo en la poesía latinoamericana actual pueda suponer, de por sí, una alternativa. Pero veamos cómo el elemento narrativo puede ser ideológicamente usado en el marco del canon estético de la así llamada posmodernidad, término tentativo para nombrar los tiempos que corren. La narratividad está ligada directamente a la idea o a la necesidad de un vínculo con la tradición. Y aquí empieza el problema, el titubeo, la contradicción. En efecto, ¿entroncar con qué, a cuál pasado tenemos derecho, de qué tradición se trata? Si bien, creo yo, fue la pérdida de fe en los motivos fundadores de la vanguardia la que ha prácticamente obligado a muchos poetas latinoamericanos actuales a una incursión narrativa, también es cierto que la estética del fragmento, piedra de toque del repertorio formal vanguardista, cesó de imperar estilísticamente no por falta de coincidencia o isomorfismo con una idea de un mundo astillado (el mundo contemporáneo) sino por el relativo agotamiento preceptivo. Pero esta preceptiva o este canon siguen correspondiendo formalmente a un estado de mundo, el cual, hay que decirlo, más que ideológicamente no ha cambiado mucho.

El peligro que alimenta el diálogo entre estética y realidad es el retorno al reflejo lukacsiano.

Esto parece corroborar la sospecha de que la caída de las utopías alcanzó también el territorio del arte con fuerza inusitada. El fragmento o su estética parecen haber correspondido a un grado cero cultural, a un pie en el límite, después del cual toda posibilidad de continuidad supondrá el abismo o, en términos poéticos, el silencio. Llegados a este punto algo parece claro: lo que existe actualmente como problema en la poesía es el desplazamiento entre una forma idónea para ofrecer el mundo, la fragmentaria, y el deslizamiento del relleno de esa forma, el presente, hacia otro tiempo más lejano, más seguro y más canónico: el pasado. Y lo que ha producido ese deslizamiento, a mi modo de ver, es la evaporación del correlato histórico de la forma fragmentaria, o sea, las posibilidades de cambio social. Ahora bien, ese retorno, esa retirada o ese deseo de entronque con una tradición, todo lo que implica volver al pasado, supone algunos peligros. Implica un comenzar de nuevo o, al menos, una re-escritura. En *La imagen histórica de la Ilíada*, Rudolf Borchard advierte: “No hay diferencia entre el espíritu de una tradición destruida y el de una conservada. Toda tradición está destruida. Los motivos decisivos están perdidos siempre, incluso cuando aparentemente se han transmitido.” Esta afirmación lapidaria de Borchard rellena de cruces nuestra mirada al pasado y nos instala, aparentemente, en el parámo, en la desolación. ¿Cómo intentar una dura tarea de rescate si ni siquiera se sabe lo que se va a rescatar? La política estética de la posmodernidad absorbe esa conciencia del

Se corrobora la sospecha que la caída de las utopías también alcanzó el territorio del arte

pasado. Partiendo de la base de que los lazos con el pasado están rotos definitivamente, va a buscar allí las crestas eufóricas de ese tiempo, los momentos de mayor prestigio —no de mayor temperatura estética— y en un efecto de mimesis atemporal “recupera” para el presente los momentos lujosos de un tiempo que ya nadie tiene que ver con el pasado ni con un presente que derive de él. De este modo se deshistoriza el pasado y, en consecuencia, también el presente. Se instala así un nuevo canon que “brillantiza” el pasado en virtud de la pérdida de aura del presente y de una ciega pérdida de fe en el futuro, por considerar a este tiempo ya perfectamente conocido en sus distintos grados de error. El futuro, para esta posición tan precisamente ideológica, corresponde a la ya probada imposibilidad de un cambio verdadero en lo social y, al mismo tiempo, el silencio de la escritura. Pero lo que supone en verdad esta

ocurrencia al pasado prestigioso y seguro es una abolición temporal y, por ello mismo, una estética de la simultaneidad (*todos los tiempos y todas las formas están aquí*, etcétera). Ocurre algo más grave aún: se borra así, de un solo plumazo, el concepto mismo de tradición. La tradición deja de ser un producto, un devenir, un tejido, y la historia pierde su efecto narrativo al transformarse en “estadios de tiempo”, en cristalizaciones que ya no se ligan entre sí. De esta manera el fragmento, desprendido de su contexto estético, pasa a ser la *forma* de la historia. Finalmente, aquí aparece la función de la narratividad: ella resulta ser el recurso para encadenar un tiempo que no cesa de volver sobre sí mismo. El relato, el arte de narrar, pasa a adquirir el sentido de la historia que, por su parte, se vacía de significado. La narratividad poética corre, por último, el riesgo de ser legítimamente la forma de un discurso histórico vacío.

Ante este panorama entrópico que resultó de la emergencia de todas las formas por considerarlas posibles en este momento histórico y la utilización ideológica de la narrativa como sustituto simulado de la historia cabe hacerse, por lo menos, una pregunta: ¿bajo qué óptica o bajo qué patrón crítico puede juzgarse hoy por hoy un poema? La emergencia de todas las formas interactuando, aliada de por sí a una negación del tiempo y de la historia supone, a simple vista, una forma de la inocencia que, a su vez, conlleva una suerte de mirada inédita al origen. Pero una de las características del poeta moderno, esto se ha dicho mil veces, es su situación paradójica frente a la modernidad: a la vez de ser un agudo crítico de la modernidad recupera para sí su legado más válido que es, justamente, la crítica, tanto de su lenguaje como del mundo. Y es esto lo que, en última instancia, está en juego ahora: el olvido o la permanencia de la función crítica del poeta. A mi modo de ver, frente al *impasse* actual por el que atraviesa la poesía latinoamericana el poeta debe ser más lúcido que nunca. La batalla contra lo nuevo —le gustaba decir a Leminski— es una guerra perdida. Y lo nuevo pasa hoy por una revaloración del pasado. Revaloración, no retorno. Y revaloración implica una rehistorización, un darle al César pasado lo que es del César presente. Quiero decir: la única posibilidad de rehistorizar el pasado es verlo con los ojos de hoy, posición muy contraria a la simulación posmoderna, que pretende, merced a la intemporalidad, ver al pasado con los ojos del pasado, lo que por último, implica el fin de la tradición. Esto último, en lo que respecta a la poesía, tiene que ver con la utilización de las formas del pasado.

La utilización de una forma como el soneto, por ejemplo, tal cual era usado por Quevedo o por Lope de Vega, puede constituir, en algún lugar, una manera de homenaje a una forma en su momento de esplendor. Pero seguramente constituye, sin duda para mí, más una manera de homenaje a una fachada que a una forma integral. Sólo puedo argumentar lo anterior con una pregunta: si la vida es imprevisible, insegura y aleatoria, ¿por qué debe la poesía representar una forma de máxima estabilidad? ¿Por qué la poesía debe tender la cristalización del movimiento? Dice Buckminster Fuller: "Yo no trato de imitar a la naturaleza sino seguir los mecanismos que la rigen." Lo que importa aquí es la palabra *mecanismo*. Lo que las formas fijas tienden a detener es justamente el mecanismo de la vida, que es flujo y devenir. Pretender negar el fluir de la vida es una concesión más a la mirada pura sobre la vida misma, una negación de la conciencia y el relegamiento del poeta a la categoría de un ser inocente, concesión al peor espíritu romántico. Por último, el recurso a la forma fija resulta ser, por más paradójico que parezca, un privilegio del contenido sobre la forma por la creencia de que el contenido puede, por sí mismo, modificar a la forma. La mejor poesía occidental indica lo contrario.

Todo lo dicho anteriormente implica un *parti pris*. En sus reflexiones sobre el *Tractatus*, en 1929, Wittgenstein decía que lo ético consistía en "arremeter contra los límites del lenguaje". Arremeter, profanar, transformar. En términos poéticos, ello implica ir más allá de las formas fijas y contra toda pureza intentar la creación de un mestizaje formal que sólo puede llevarnos a un concepto de la forma como transitoria. En esa transitoriedad estaría situado el entronque con la tradición libertaria de nuestra poesía, la tradición crítica, sin temor al pretendido agotamiento del repertorio formal de la vanguardia. Sin temor a ese otro fantasma que recorre a la poesía actual: el silencio. De cualquier manera, como dice Jabés: "Se escribe siempre al filo de la nada". De lo contrario, los vientos de intemporalidad que soplan diariamente en nuestra poesía pueden acabar con ella. Poesía: cuestión de futuro.

El lugar de la no concesión

Hablar de la nueva poesía latinoamericana actual supone un habla parcial dejando al margen el espíritu de catálogo. Más allá de una enumeración de nombres, lo que se impone es la actualización de ciertos procesos, de ciertas estrategias que aparecen, detrás de la fachada de “continuidad” que aparenta nuestra poesía, con nitidez. Una de ellas puede ser el cuestionamiento de la tradición, de *una* tradición poética que podríamos llamar “de la lengua” porque refiere directamente a la tradición española y su sobrevuelo sobre nuestra lírica. Pasa por la pueste en evidencia de *cómo* la tradición poética española llegó a ser la influencia fundamental en nuestra poesía, por lo menos hasta mediados de siglo. Y no basta desentrañar rasgos comunes entre la poesía latinoamericana y la española —que los hay, y muchos— tratando de clasificar actitudes frente al fenómeno poético, tales como la crítica ante el lenguaje (aunque sí se trata de un rasgo pertinente que adquiere, en estos momentos de acriticismo, un peso especial por no decir determinante), la autoalusión del lenguaje, la manipulación de recursos específicos que resaltan la “poeticidad” de un texto tomando así partido por la poesía como “creación”. Esos recursos —entre otros— son y serán pertinentes en lo que se refiere a la consideración de *nuestra* tradición poética (que tentativamente comenzaría con Darío) que cristaliza con la generación que en algún lado denominé “maestros herederos de la vanguardia” (Lezama, Paz, Rojas, Parra, Molina, etcétera). En el breve lapso entre la aparición de Darío y la generación de poetas nacidos alrededor de 1914 (sin olvidar el justo medio donde se sitúan Huidobro, Vallejo, el primer Neruda) ocurre, sin duda para mí, el gran momento de nuestra poesía considerada como “invención”, el momento no sólo más experimental y reflexivo sino también el momento donde esas búsquedas se “logran”. Con esto quiero decir que bastaría una toma de conciencia de ese breve lapso de fertilización de la poesía latinoamericana para reconocer allí un manantial —no inagotable en cuanto a su posible novedad o a su capacidad de sugerencia, pero sí, finalmente, un manantial— y no retroceder tres o cuatro siglo atrás para reconocer la “verdadera fuente” de la poesía en lengua española, como si las aguas de esa “verdadera fuente” fueran inocentes —es decir subterráneas— respecto a la creación de nuestro mínimo manantial. No niego con esto el pluralísimo aporte de otras literaturas y otras tradiciones

(francesa e inglesa principalmente) en la conformación de nuestro punto de referencia. Reconozco que esta posición es válida si se parte, en esencia, de una consideración de nuestra poesía desde un punto de vista creativo, inventivo. Ésa es mi posición. Sé que hay otra. Lo que quiero sugerir es que quizá en ese movimiento de retorno que se intenta hacia la tradición española desde el ángulo de la poesía latinoamericana muchos poetas encontrarán que la pureza de aquellas aguas sufre la contaminación de estas, “nuestras”, aguas nuevas. Contaminación parece ser la palabra adecuada. Contaminación de varias tradiciones pase al intento de univocidad de mirada de los poetas del “volver”. Porque la influencia poética española, más allá de su prestigio canónico, trajo aparejada a la poesía latinoamericana dos visiones: una, la de la metáfora como condición *sine qua non* para que se pueda hablar de poesía (herencia del barroco español bien pasada por el tamiz de la generación del 27); otra, la visión, una visión, se diría, de la tradición poética igual a algo solidificado, pétreo, inamovible, como si una tradición no fuera posible de ser reinventada, reasumida desde un presente, “traicionada” por decirlo así. La tradición de la reverencia. Y el momento histórico más que de reverenciar, es de rever. Habría que hacer un sobreesfuerzo para creer que los últimos acontecimientos históricos en el nivel mundial no afectarán a la poesía y que ésta seguirá siendo un arte al margen del tiempo, al margen de la historia, al margen de sí misma: al margen del margen. Y revisando están los nuevos poetas latinoamericanos. Una de las posturas que está en entredicho es la del poema como objeto, clave, para la poesía occidental de principios de siglo, de un “debe ser” poético: “el poema como”, “el poema igual a”, desde los caligramas de Apollinaire hasta los experimentos de la poesía concreta. Con una excepción: mientras que para Apollinaire el poema-objeto estaba en dependencia directa de la realidad a través de la mimesis que revela ese impresionismo de calco, los poemas-objeto concretos (incluyo aquí los *Topoemas* de Octavio Paz) no revelan una dependencia icónica: más que parecerse a un objeto del mundo, sea natural o creado, acentúan el nivel del mecanismo poético, más que a su forma se parecen a su accionar. Salta a la vista una distinción clara: poemas como objetos que hay y poemas como objetos que no hay, es decir, poemas como objetos que deben ser inventados. Se mantiene, aunque no de una manera servil, una cierta dependencia del carácter huidobriano del poema. Pero ambas maneras confían todavía en la posibilidad de acercamiento a

la cosa, en el diálogo palabra-cosa del mundo, cuya desconfianza ya había planteado Kant al afirmar la imposibilidad del conocimiento de la "coseidad", clarinada que anuncia la separación tajante entre la palabra y el mundo.

Ante este panorama los nuevos poetas (cuando digo "nuevos poetas" no intento demarcar límites generacionales sino una toma de partido: son poetas que me interesan a mí y su intento de novedad reside en su enfrentamiento y cuestionamiento de la tradición que busca un entronque válido, una aventura permanente, un desmarcaje) plantean sus textos como interferencias. El poema ya no tiene por qué ser un objeto, no tiene por qué ocupar un *lugar* en el mundo, ya que el concepto de *lugar* poético refiere directamente al sentido. Me refiero al sentido porque es ahí donde se ubica la última gota de la problemática de los nuevos poetas. Si se parte de la base de que el poema es una interferencia, un atravesar el mundo y salir del otro lado, ileso (ileso por las marcas del sentido) se puede entender que el poema de los nuevos poetas no depende del sentido, al menos del sentido que manejaban los poetas canónicos, de una univocidad del sentido (aunque fuera un sentido literal, o metafórico, o un doble sentido que tiene sus cultores seguros en la nueva poesía), sino que depende de *un momento* de sentido más que de una totalidad. Explico: el poema-objeto depende y se configura como una totalidad —o, mejor, una completud del sentido, en la medida en que el poema imita al mundo sea en su forma (mimesis caligramática) o en su mecanismo (poema concreto). Un poema que no dependa, como el nuevo poema, de una forma sostenida en la *forma del mundo* no puede sostenerse en un sentido global, totalizador del mundo, sino en momentos, en matices de sentido. Matices de sentido: matices de lugares. Enrique Fierro, Raúl Zurita, Roberto Echavarren, José Kozler, Arturo Carrera, Néstor Perlongher, David Huerta, Coral Bracho, Javier Barreiro, Salvador Gallardo, Aurelio Asiain, Manuel Ulacia, entre otros, no pueden depender de un sentido acaparador del mundo sino de un sentido por ramificaciones, por instantes, por epifanías. Y esto no necesariamente porque el mundo cambió de lugar (esto es: cambió de sentido) sino porque han puesto en cuestión el lugar del poema en el mundo y, casi todos, por suerte, han consentido en que el poema no tiene lugar en el mundo. A partir de ahí, todos buscan pero en realidad son muy

Salta a la vista una distinción: poemas como objetos que hay y poemas como objetos que no hay.

pocos los que verdaderamente se atreven, porque atreverse es correr el riesgo de quedarse sin nada, entre el canon que todo lo castra y un después que nadie asegura cómo sobrevendrá. La palabra interferencia referida al nuevo poema no era aventurera. Independientemente de que creo que todo poema *real* es una interferencia, un atravesar el mundo, hay un secreto de transitoriedad, de precariedad del poema que sólo los muy seguros de la tradición canónica pueden esgrimir: el secreto a voces de la continuidad. Pero puede resultar que esa continuidad no sea tan continua, que esa fidelidad a los cánones no sea tan canónica, que el mundo de los referentes se rebele —por una vez, desde la modernidad contra los significantes y los considere obsoletos. Sé que los nuevos poetas no son ajenos a estas circunstancias —porque sé que hasta los críticos más tontos de la Patagonia no lo son— y que se espera de la última poesía una nueva manera de mirar y hacer. Saber, en este sentido, es desear. Sería fácil que la nueva poesía siguiera reelaborándose a partir de la vieja poesía para seguir un *continuum* meramente poético, ya que la poesía sobrevive al margen. Pero elegir ese margen hoy significa no sólo ser consciente de una tradición que pide a gritos ser profanada —es decir, seguida—, no sólo ser testigo de un tiempo que se maneja según el libre albedrío del Poder. Elegir el margen significa elegir el costado de sentido ya que el sentido total es imposible —aun para aquellos que claman de la poesía ese favor—, el costado de la tradición, el costado de la práctica misma: un rincón donde no se verifique la existencia del *lugar del poema*, ese “lugar” que, por su parte, certifica la existencia de un lugar al sol, la existencia de un número en el catálogo o la primitiva, por primaria, por elemental, por casi curricular existencia de la Academia del sentido. Ser poeta, hoy, escribir una poesía *otra*, es asumir la tragedia antes vista —año tras año— y no conceder un palmo al chantaje del “buen decir”, del “buen oficiar”. Para advertirnos acerca de eso hay algunos nombres —pasibles de ser negados como todo en este mundo— pero que resuenan por puro sonido: Dante, San Juan de la Cruz, Baudelaire, Rimbaud, Duchamp, Paul Celan, César Vallejo, Oliverio Girondo. Por supuesto que no son todos pero sí son suficientes para señalar el lugar de la no concesión. ♦

Masferrer: *vitalismo y luchas sociales*

Jaime Barba

Este ensayo del investigador salvadoreño Jaime Barba rescata la figura de Alberto Masferrer de apologistas y detractores al situarlo en medio de los turbulentos procesos políticos y sociales que tienen lugar en El Salvador durante las primeras décadas del presente siglo.

El cambio político de 1927

Aunque la década de los años veintes puede estudiarse como un lapso más o menos unitario, en el que, para El Salvador, tuvieron lugar circunstancias singulares, esto no quiere decir que dentro de ese período no existan segmentos característicos.

A principios de la década, la emergencia del movimiento laboral constituyó una auténtica novedad dentro de la sociedad salvadoreña, al punto que concitó primeramente el apoyo estatal (¡y hasta el beneplácito propietario!), o al menos, no la animadversión. En uno de los poquísimos textos que hacen mención más o menos detallada acerca del movimiento laboral de la época (aunque su perspectiva esté sesgada por la obnubilación anti-comunista), puede corroborarse lo anterior: “Las primeras sociedades obreras en la América Central, son agrupaciones de artesanos organizadas con fines ajenos a toda actividad disociadora y subversiva (...) Las huelgas eran desconocidas y la actividad social se desarrolló en la más absoluta armonía”. (Schlesinger, 1946: 62)

Será sólo después que el factor político-ideológico adquirió fuerza (=despliegue de la “corriente comunista”), el movimiento laboral se trocó en una “amenaza social”. (Puesto que el Partido

*En la Federación
Regional de
Trabajadores la
“corriente comunista”
se venía fortaleciendo*

Comunista de El Salvador —PCS— se fundó hasta en 1930, la acción política de quienes adoptaron inicialmente aquellas banderas, se inscribía dentro de una específica corriente (=la “corriente comunista”), que por cierto, se nutrió de militantes provenientes del movimiento laboral).

Y este cambio de perspectiva tuvo lugar, precisamente, en el año 27. La huelga de tipógrafos que tuvo lugar en febrero de 1927, y que paralizara la circulación de todos los periódicos de la capital (y que en aquellos años constituían los medios de comunicación por antonomasia), ya mostraba el desborde de la acción sindical. Esta acción reivindicativa fue convocada por la Alianza Tipográfica que formaba parte de la Federación Regional de Trabajadores, que era el agrupamiento laboral donde la “corriente comunista” venía ganando hegemonía. Julio C. Castro que en aquel año era Secretario de la Alianza Tipográfica, en sus “recuerdos” de la época señala: “Hay que hacer constar que, como en aquella época no existían leyes del Trabajo a que ajustarse, dicha huelga fue de hecho y sin reclamar nada, pues el paro era de protesta por no haber contestado el plan propuesto por la Sociedad”. (Castro, 1982: 92)

Asimismo, los sectores propietarios que tradicionalmente habían venido gobernando el país, con un estilo premoderno, a base de “garrotes y tamales”, en el año 27 experimentan un reacomodo político de gran envergadura, al constituirse un equipo gubernamental que desde esa fecha, marcó distancia con ellos.

Además, y sin intentar buscar sobredeterminaciones mecánicas, es importante señalar que los primeros signos preocupantes que mostraban que el “modelo cafetalero” estaba agotándose, en ese año también se hicieron sentir.

Es decir, 1927 abre un ciclo, que se cierra con el levantamiento campesino de enero de 1932. Dicho ciclo ya ha sido señalado, de algún modo, por quienes han estudiado 1932, pero la generalidad de las veces han pasado de largo por él, sin entrar en mayores precisiones. Si acaso, se ha dicho que fue “un buen gobierno”, porque permitió unas elecciones libres. Pero ésa no es una justa valoración, amén de escueta y sin duda esquemática.

Y esta perspectiva ha sido la dominante, porque se ha visto este ciclo abierto en 1927, como una suerte de versión moderada de la “dominación burguesa”. Sin duda, que la recomposición política



Alberto Masferrer
(1868-1932)

habida de ningún modo constituyó un fenómeno revolucionario. Ni mucho menos. Pero habría que advertir que no sólo las revoluciones pueden cambiar el curso de las cosas. Las revoluciones producen impactos quizá más profundos.

Pero ignorar interesadamente, sólo porque las coordenadas ideológicas encefalecen, que en 1927 El Salvador sufrió un viraje significativo en su trayectoria institucional, no parece ser un camino muy próspero. Porque resulta que muchas de las incógnitas que aún hoy subsisten respecto de los acontecimientos de 1932, podrían descifrarse con un más atento estudio del ciclo referido.

La llamada dinastía Quiñónez-Meléndez, que había venido gobernando el país después del prematuramente abortado ensayo “reformista” encabezado por Manuel Enrique Araujo (1913), en realidad, constituía un bloque político-económico que se aglutinaba claramente en torno a intereses específicos de la agricultura de exportación.

En materia de agrupamientos de poder, es sumamente arriesgado sugerir intereses únicos. Aunque la dimensión económica juega un papel destacado en las formulaciones de políticas de Estado de parte de dichos agrupamientos, no es la única vertiente que alimenta la concretísima configuración política y social. Podrá ser cierto que el núcleo de grandes cafetaleros del occidente del país en volumen de producción aportaban más del 50% de la producción cafetalera nacional, pero esto no quiere decir que de manera absoluta la política de Estado esté orientada sólo a satisfacer las demandas de ese sector.

La estructura de poder es más compleja que esa constatación fáctica. Así, la “dinastía Quiñónez-Meléndez”, no puede decirse que respondía de manera exclusiva a cierto sector y era ajeno a otros. Es posible, ahora, al considerar más sosegadamente las cosas y confrontando las evidencias empíricas correspondientes, que el proyecto de este agrupamiento, no obstante haber ostentado durante casi quince años el pequeño aparato estatal, ya a finales de la década del veinte, mostraba límites insuperables. Sobre todo en materia política.

La década del veinte, puede decirse con cierta seguridad, fue el período de consolidación del “modelo cafetalero”, no sólo porque la economía nacional llegó a depender en más de un 70% de la exportación cafetalera, sino porque este atrofiado modo de construir la economía salvadoreña, tenía como correlato una nueva expansión de la propiedad cafetalera. Esto es, nuevas tierras pasaron a ser cultivadas con café, produciéndose los respectivos desplazamientos geográficos de cultivos y propietarios originales.

Sin embargo, esta consolidación del “modelo cafetalero”, no tiene sólo consecuencias en las estadísticas de exportación y el área de cultivo. Provocó modificaciones estructurales en el conjunto de la sociedad salvadoreña. De manera simultánea y contradictoria.

La primacía de la ciudad de Santa Ana sobre la capital (San Salvador), en la década del veinte perdió importancia, y esto, no obstante estar en marcha la última gran expansión cafetalera. Y es

que, aunque en el comercio exterior el café siguió siendo hegemónico, con respecto a otras actividades económicas, en los años veintes lo que tuvo lugar como consecuencia del crecimiento cafetalero, fue una apertura a otras áreas de inversión allende el café. Ese fue el caso de la caña de azúcar, que aunque su registro de exportación en esos años no reviste mayor importancia, su constitución propietaria y consumo en el mercado interno, sí es importante.

Pero no se trata de que se contrapusieran intereses cafetaleros frente a azucareros, como muy fácilmente pudiera pensarse. O peor aún: decir que los cafetaleros eran los “conservadores” y los azucareros los “progresistas” del proceso. Más bien, las evidencias parecieran sugerir que si la expansión cafetalera, con su dinámica de “relevo de propietarios”, fue complicando la estructura social; el relanzamiento de la producción azucarera, terminó de complicar el panorama social. Esta constatación no es ociosa, sino que pudiera ser de suma utilidad para explicar la compleja red social que dio soporte al levantamiento campesino de 1932.

De este modo, el recambio gubernamental que se produce en 1927, aunque tiene resonancias en la esfera socio-económica, más bien puede decirse que se trató del despliegue de una iniciativa política que se desgajó de las estructuras de poder tradicional. Es decir, no se trató de un plan previamente concebido, sino de la consecuencia más o menos lógica que se puede esperar del ejercicio autoritario del poder.

El único estudio minucioso sobre aspectos relevantes de la década del veinte en El Salvador es la tesis doctoral de Everett Alan Wilson, y que sólo ha sido publicada en español parcialmente (capítulos II, IV y VI) en el libro *El Salvador de 1840 a 1935*. Dice Wilson en el capítulo V (traducido por Jorge Muñoz) de su tesis doctoral, *The Crisis of National Integration in El Salvador, 1919-1935*, respecto al “soporte social” que podría explicar la recomposición de 1927: “La Sociedad de Empleados de Comercio reportaba una membresía de 500 en la capital, mientras el personal civil del gobierno era de aproximadamente 3000. En vista de la concentración de burócratas, Masferrer llegó a llamar a San Salvador, “una ciudad sustentada en favores y sinecuras” (...) Hasta el final de los 1920, existían muy pocas causas que atrajeran el apoyo de estos grupos urbanos. Los miembros de las profesiones liberales y la prensa se volvieron

Desde la segunda mitad de la década del 20, el mapa político latinoamericano venía cambiando

impacientes bajo la represión de la Administración Quiñónez, y entusiastamente apoyaron la orientación liberal de su sucesor, Pío Romero Bosque (...) [que] se convirtió en el defensor de la causa de salarios a tiempo, mejores salarios para los maestros, suspensión de ahorros obligatorios, y la libertad de prensa (...) El status y la influencia política de los sectores urbanos se manifestaba en la aprobación de legislación social”.

Pero esta iniciativa política —cuya figura visible fue Pío Romero Bosque—, no era un hecho aislado en el contexto de las nuevas luchas políticas de América Latina. Desde la segunda mitad de la década del 20, el mapa político en América Latina comenzó a experimentar una notable mutación. Siendo la emergencia de la “corriente comunista” quizá su más clara divisa. Porque fue precisamente el accionar de esta corriente, que rápidamente se trocó en movimiento, el que intentó desafiar el poder tradicional.

Así, en América Central, y en El Salvador de igual manera, también se produjeron similares fenómenos socio-políticos como los que acaecían en el resto de América Latina. Para 1927, en El Salvador, el rígido sistema político autoritario se encontraba paralizado e incapaz de mantener la estabilidad social; y no es que hubiese un descontento generalizado que se canalizara en una opción de poder perfectamente definida, pero sí era claro que la forma de ejercicio del poder había tocado fondo. Es en este marco que se produce la liberalización política a partir de 1927. Y quizá no antes, puesto que es hasta esos años que también el bisoño movimiento laboral adquirió cierta capacidad de convocatoria y mejores niveles organizativos.

La percepción en exceso simplificada de que lo relevante de esos años (1927-1931) es que al final de ese lapso tuvieron lugar las primeras elecciones libres en la historia salvadoreña, constituye uno de esas “verdades” que ha resistido el paso del tiempo. Y es que asumir esto sin más, implica no considerar suficientemente el punto de inflexión que constituyó 1927.

En 1930, ya casi al final de su período presidencial, Pío Romero Bosque, sugiere un balance y pondera algunas de las líneas de acción seguidas:

“En efecto, animados los ciudadanos por el convencimiento de que sus derechos tienen como garantía el respeto del Poder, procuran hoy, valiéndose de medios lícitos, avivar la conciencia colectiva a fin de que

la democracia sea en El Salvador una realidad. La prensa, la tribuna, las reuniones y asociaciones de diversa índole se ponen al servicio de esa hermosa causa y es muy satisfactorio ver que han ganado terreno las prácticas republicanas, a despecho de los que piensan, llenos de pesimismo, que en nuestro ambiente es un peligro la libertad (...)

"La ingerencia de la Administración encaminada a regular por medio de preceptos legales las condiciones del trabajo, está hoy plenamente justificada. Siendo éste un agente económico importantísimo, la utilidad pública pide que los Poderes del Estado pongan en práctica los medios necesarios para su protección.

"En nuestros tiempos ya no puede equipararse el trabajo a una mercancía sujeta sólo a las leyes de la oferta y la demanda. Antes que todo están los derechos del trabajador como persona, como miembro del organismo colectivo, y en tal aspecto, debe la Administración intervenir para que ciertos deberes morales en favor del obrero se conviertan en obligaciones jurídicamente exigibles". (Romero Bosque, 1930: 257, 261)

Aunque es cierto que las elecciones de 1931 fueron las más libres, eso es sólo parte de lo acontecido. Se pasa de largo con esa aseveración, todo el proceso de recomposición política que hubo en el país en ese lapso, y se atienden únicamente consideraciones puntuales y "visibles", y se ignoran los deslizamientos subterráneos y moleculares que son los que en definitiva constituyen el perfil esencial de una sociedad.

Y lo anterior no sólo se refiere a los sectores populares; también se produjeron en esos años en el campo propietario importantes eventos, siendo el más relevante quizá la formalización de la Asociación Cafetalera de El Salvador, que aunque es en 1930 cuando se legaliza, desde varios años antes venía fraguándose —con el nombre de Sociedad Protectora del Café— y operando de facto a través de los más prominentes cafetaleros.

También, constituye un hecho sin precedentes dentro de la política nacional, la fundación del periódico *Patria*, dirigido en su primera —y decisiva— etapa (1928-30) por Alberto Masferrer. *Patria* logró recomponer no sólo el ejercicio del periodismo nacional, sino que tuvo una incidencia significativa en la escena política de esos años.

Y si a esto se agrega el contexto centroamericano, como sería la guerra de guerrillas que desde 1927 un grupo de liberales radicales

encabezados por A. C. Sandino llevaba a cabo frente a la intervención norteamericana en Nicaragua, que provocó el avivamiento del “espíritu antiimperialista” de inspiración nacionalista (y no clasista, como sería el que promoverán los partidos comunistas desde 1930 aproximadamente), entonces resulta una panorámica riquísima en matices.

En un texto poco conocido de Alberto Masferrer, este libre pensador expresaba: “Si se buscaran dos palabras exactas, aunque duras, para caracterizar la actitud mental y material de los pueblos centroamericanos ante los Estados Unidos, habría que escoger éstas dos: imbecilidad y servilismo (...) Esta es la hora —tan honda y tan ancha es nuestra incompreensión—, en que la inmensa mayoría de los centroamericanos no advierte, no sospecha siquiera, que Centroamérica está amenazada de absorción definitiva y total”. (Masferrer, 1927: 1)

Es decir, la escisión dentro del bloque de poder que significó la ruptura del grupo político dirigido por Pío Romero Bosque, de algún modo, trataba de dar una respuesta moderada al clima de agitación social que había comenzado a incubarse. La historiografía positivista ha insistido hasta la saciedad, en mostrar que no hay tal ruptura del bloque de poder ni mucho menos un punto de inflexión en el proceso político, se trató, dicen, de la acción individual de un “hombre honesto”. Sin duda, que son hombres concretos los que hacen la historia, pero dentro de un contexto específico que deja su marca visible. La impronta social.

De este modo, a Alberto Masferrer durante mucho tiempo se le ha estudiado fuera del contexto histórico que le corresponde, y por ello, o se le buscaron calificativos laudatorios que enturbian su acción concreta, o se le ha espetado su no adhesión al imaginario ideológico que en los años veinte pronosticaba el radical —e inmediato— relevo de ordenamiento socio-político. En ambos casos, lo que quedaba al final, era un monigote que sólo servía para ocasiones propicias; pero se quedaba en el camino uno de los núcleos de pensamiento propio, que más que servir habrá de alimentar la perspectiva de cambio social que aún urge desplegar en El Salvador.

***Patria* (1928-1930) y la Unión Vitalista**

La fundación del periódico *Patria* en 1928, bajo la dirección de Alberto Masferrer, constituyó sin duda el fenómeno periodístico

que caracterizaría el ciclo abierto en 1927. Y no por el hecho de ser el único periódico en circulación, sino por el estilo peculiarísimo que sobre todo en su sección editorial *Patria* tuvo.

La Prensa (1915) y *El Día* (1920), cuando emerge *Patria* tienen ya una presencia y audiencia amplia en el país. También *Diario Latino* y *Diario del Salvador*, que venían de finales del siglo pasado, contaban con una circulación respetable. Y éstos eran los cuatro periódicos más importantes y donde la opinión pública podía expresarse.

En cuanto a formato periodístico, *Patria* no puede decirse que constituyera una novedad. Era su composición temática la que marcaba la diferencia. La sección editorial a cargo de Alberto Masferrer, mientras estuvo al frente del periódico, fue una verdadera cruzada patriótica que pretendía darle más dignidad a la gestión política.

El debate público de los asuntos nacionales, encontró en *Patria*, el modo idóneo de encarnarse en la sociedad salvadoreña de aquellos años.

Y es que, al ir más a fondo en la comparación con los otros periódicos salvadoreños de la época, con facilidad pueden encontrarse —respecto a *Patria*— diferencias importantes. En primer lugar, aunque desde luego la decisión de inversión que adoptara José Bernal —propietario del naciente periódico y de la tipografía donde se imprimía—, debió de haber considerado aspectos lucrativos, al “negociar” la dirección de *Patria* con Masferrer, ya volvía relativa la cuestión de la ganancia económica, en tanto que el “plan” de Masferrer era ajeno a ella, porque —tal y como sucedió— convirtió al periódico en la conciencia crítica de la opinión ciudadana. En ese sentido, los móviles estrictamente económicos no son los que inspiraban esta aventura periodística. Una somera comparación con *La Prensa* o *Diario Latino*, es más que suficiente para respaldar esta tesis.

Los “acomodamientos” que *La Prensa* efectuó durante los años 1926-1932, pudieran mostrar cómo el proyecto económico era el eje inspirador del rotativo. Cuando se da la invasión norteamericana a Nicaragua a finales de 1926, la prensa salvadoreña en bloque demandó repudió nacional e internacional, inmediatamente después comenzó a tomar cuerpo la Liga Antiimperialista —una especie de “frente amplio” que aglutinaba a diversas personalidades e instancias, con el propósito de rechazar la injerencia externa—, y

entre los directivos fundadores estaba José Dutriz como fiscal de la Liga Antiimperialista. Así, la recepción del “fenómeno Sandino” que desde principios de 1927 comenzó a brillar con luz propia, en *La Prensa* encontró buena acogida; sin embargo, a medida que la cuestión nicaragüense fue estancándose y Sandino obligado a buscar aportes sólidos para la causa libertaria —como fue el acercarse a ciertas esferas de la Internacional Comunista, aunque sin adherirse ideológicamente a ella— y la diplomacia norteamericana incrementaba la labor de desprestigio de las guerrillas sandinistas, en las páginas del periódico se fue viendo el cambio de actitud.

Pero lo interesante es que no obstante el bajo perfil del interés económico aludido, *Patria* logró contar con alguna aquiescencia de los anunciantes.

En segundo lugar, desde el primer número de abril de 1928, el periódico arremetió con decisión a desanudar la política nacional. Sin poses ambiguas ni concesiones humillantes. Esto hizo que *Patria* fuera una auténtica novedad periodística, ya que los textos de opinión o la labor de captación informativa reflejaban sin ambages aquella actitud. Consecuencia de ello fue la conformación de un círculo intelectual en torno al periódico y al “espíritu” que lo animaba. Hay en esos dos años de febril actividad, artículos y textos de Salarrué, Napoleón Viera Altamirano, Manuel Barba Salinas, Francisco Morán, Mario Vargas Morán, Arturo Ambrogi y por supuesto, de Alberto Masferrer, entre otros. Aunque en otros periódicos como *El Día*, también se contaba con algunas “plumas” reconocidas, lo curioso de *Patria* es que el peso de las “ideas” fue siempre dominante en la concepción de Masferrer y menos —aunque de ningún modo ausente— el papel estrictamente informativo. Esto hacía del periódico un medio de prensa con mucha más vocación política que los demás. Sin embargo, su estilo directo, franco y sin adjetivación, sí tenía antecedentes. El más inmediato, lo constituía el periódico semanal *Opinión Estudiantil*, que publicó algunos números en 1927 y se relanzó con fuerza en 1929 —quizá gracias al influjo de *Patria*—. Y otro antecedente, sólo que internacional, que conocía muy bien Masferrer era la publicación costarricense de periodicidad quincenal dirigida por Joaquín García Monge, y que circulaba desde 1920 en el ámbito centroamericano: *Repertorio Americano*. *Amauta*, la publicación de proyección internacional que dirigía en Lima José Carlos Mariátegui, más que antecedente, pudiera decirse que era contemporánea a *Patria*. Y Masferrer la

conocía bien —ya que circulaba en El Salvador—, lo que se observa en el hecho de que frecuentemente el distribuidor local de publicaciones extranjeras, saca un anuncio en *Patria* brindando información. En ese sentido, el proyecto *Patria* tenía en muy buen estado su brújula.

En tercer lugar, *Patria* fue el vehículo idóneo que el “vitalismo” utilizó para hacer explícita su propuesta de cambio político. Los otros periódicos no estaban sustentados en una propuesta política tan definida. Hasta el día de hoy quienes han trabajado el período, apenas si han dado crédito a esto. Puesto que la historiografía positivista y la tentación hagiográfica son las que han reinado en la reflexión histórica, lo que condujo a que se hiciera una simplista identidad entre *Patria* y Masferrer, como si él, íngrimo e imbuido de misteriosas fuerzas astrales, arrostró el desafío político de la época.

En el año 1929, que parece ser el de estructuración formal del movimiento “vitalista”, apareció publicada (en *Patria*, viernes 4 de octubre, 1929, p. 5) —durante varios días—, la lista de lo que podría ser el grupo directriz y la base adherente de la Unión Vitalista. En el primero destacan: Alberto Masferrer, Mario Vargas Morán (Comisión de Propaganda y Doctrina); Francisco Morán (Organización); José Bernal, Paulino Murillo (Tesorería); Efraín Jovel (Secretario de Actas); Arístides Salazar (Secretario de lo Interior); Mercedes Maíti, Amalia Valenzuela (Biblioteca); Alfredo Zepeda, Ramón López (Asistencia); Máximo Orellana (Adhesiones de Obreros); Pablo Sosa Díaz (Adhesiones de Estudiantes de Comercio); Miguel A. Chacón, Manuel L. Beltrand, Esteban A. Ruano, José Bernal, José Santos Amaya (Cuestión de Vivienda); Paulino Murillo, Marcos Castillo, Jesús Franco Alemán (Cuestión de Víveres); René Padilla (Relaciones con los Vitalistas de Guatemala); Alfonso Rochac (Relación con los Vitalistas de Honduras); Victoria Abrego (Organización en San Vicente); Sofía Orellana (Organización en Suchitoto).

Si bien es cierto que Alberto Masferrer era el punto de encuentro entre los “vitalistas”, éstos lograron conformar un movimiento de curiosa diversidad y agresivas pretensiones políticas, pero también enarbolaron un ideario, del que las ideas de Masferrer forma-

Muy poca atención ha recibido el periódico Patria, pese a su importancia para la vida política nacional

ban parte, pero no eran las únicas. La Unión Vitalista, fue la respuesta práctica que los “vitalistas” propusieron a la sociedad salvadoreña, para promover el cambio político.

La Unión Vitalista, era mucho más que un círculo de estudio más o menos interesante, era un movimiento social que entre 1927 y 1930 creció en presencia, membresía y beligerancia políticas, al punto de articular la alianza pragmática con el Partido Laborista, para la elecciones de 1931.

Sin embargo, a pesar de la importancia del periódico *Patria* en la vida política del país antes de 1932, muy poca atención ha recibido de parte de la labor de investigación histórica; y más bien lo que ha prevalecido es esa identificación no siempre adecuada —y ya señalada—: *Patria* = Masferrer. Es claro que *Patria* sin Masferrer no hubiese sido lo que fue, pero tampoco puede reducirse a lo que Masferrer escribió y dijo como el único significado del periódico. Masferrer, encabezaba —y orientaba— un movimiento de proyección política que sólo podía prosperar en esas condiciones de gran expectativa. Porque el Partido Vitalista —primer nombre que asumió la Unión Vitalista—, al que aspiraba Masferrer, no sería una agrupación de corte caudillista, quería ser un movimiento social con vocación de poder, pero de una manera diferente a como lo entendía el tradicionalismo y de un modo no violento, como parecía —en 1930— que sería la intencionalidad del naciente Partido Comunista de El Salvador. Por eso, para el vitalismo *Patria* resultaba apropiado.

Aunque la línea editorial del periódico era de choque y sacaba a flote los problemas esenciales de la sociedad salvadoreña, su apelación era pluriclasista. Esto respondía a la concepción que estaba atrás de la organización vitalista: que se garantizara el “mínimum vital”. No era en este sentido, una propuesta de transformación radical de la sociedad, ni siquiera era un movimiento inspirado en alguna de las varias corrientes socialistas, tan en boga por esos años. Si se quiere, era un reformismo radical que resultaba inicuo si se comparaba con el ascendente discurso revolucionario de la “corriente comunista”, de tono incendiario.

En *Patria* se abogaba por la conciliación de la sociedad, pero también se denunciaban las lacras de un sistema depredador. Esta postura debió haber atemorizado al grupo de grandes propietarios cafetaleros que tenían influencia predominante en la política nacional y que no tenían, por otra parte, un interés en desarrollar un flexible sistema político.

En otro texto poco conocido de Masferrer, éste espeta amarga e irónicamente a quienes detractaban al vitalismo. La nota editorial trata de responder a una carta anónima —de una supuesta suscriptora de *Patria*— de evidente tono provocador, sobre todo por la insinuación de querer ponerle la viñeta de “bolchevique” a Masferrer: “ (...) Luego, como tampoco leerá ella esta reproducción, porque el pulimento de las uñas y la simetrización de las cejas no le dejará tiempo, se me ocurre que pueden leerla mis amigos los terratenientes, los banqueros, los dueños de nueve mesones para arriba, los redactores de *El Tiempo* y de otros colegas tan ilustrados como ése; el Rey del Café, las Compañías de Luz Eléctrica, de Ferrocarriles... en fin, todos los que merecen el calificativo de *columnas de la sociedad*. Y leyéndola ellos ganaremos todos, puesto que sólo ganancia cierta y grande puede venir de que los dioses se dignen preocuparse aunque sea un instante de las cosas de los mortales”. (Masferrer, 1929: 1)

El rechazo, también provino de quienes exigían medidas más radicales para salir del abotagado estado de postración en el que se encontraban las masas campesinas. Lo que se decía en *Patria*, no era suficiente. Es probable que la actividad política “secreta” que desde 1927 desarrollaba la “corriente comunista” en el seno de la Federación Regional de Trabajadores, quería ir más allá de las posturas conciliadoras —aunque enérgicas— que a través del periódico se difundían.

De cualquier modo, *Patria* era sin discusión un medio pluralista de gran convocatoria ciudadana. En sus páginas tuvieron cabida diversas posturas que abogaban por el mejoramiento de la creciente conflictiva situación nacional.

Luchas sociales y organización laboral

Cuando en 1919 se produjo la primera huelga laboral en el país, en el sector ferrocarrilero, se abrió un ciclo de luchas sociales que sólo terminaría con el levantamiento insurreccional de enero de 1932. Aunque debe señalarse que no se trató de un período homogéneo —en lo que respecta a las luchas sociales—, sino que es posible determinar algunas fases, y donde la distinción se puede hacer precisamente debido a las modalidades organizativas que se adoptaron.

Con la apertura política del 27 el movimiento laboral expandió su radio de acción y se radicalizó

Desde 1919 hasta aproximadamente 1927, cuando se produce la huelga de tipógrafos, puede decirse que las luchas sociales de los trabajadores —sobre todo urbanos— tenían un marcado carácter laboral, es decir, sin mayores implicaciones políticas que demostraran autonomía. Los vínculos con las fuerzas políticas tradicionales de la época, tenían un sesgo electorero y utilitario, y no se puede decir por lo tanto, que éstas fuesen animadores explícitas del movimiento laboral.

En un reciente avance de una investigación en curso sobre el movimiento laboral en los años veintes, se hacen puntualizaciones pertinentes:

“Tal vez no sea exagerado afirmar que para los sectores obrero-artesanales salvadoreños de esos

años participación política es sinónimo de alguna forma de clientelismo político. Esto es igualmente cierto para los sectores de clases medias en formación como los empleados de comercio, los empleados públicos y el magisterio. Esta definición puede ser virtud, pero es también necesidad por la naturaleza autoritaria del sistema político salvadoreño de ese período. Las masacres de 1921 y 1922 fueron la respuesta del régimen a un movimiento popular que había traspasado los marcos de la deferencia, el paternalismo y el clientelismo políticos.

“En el seno de las agrupaciones no se podía hacer política militante, pero sí estaba permitido rendir culto al régimen dominante y a sus representantes. No obstante, durante las campañas electorales aparecían los “comités obreros pros tal o cual candidatura”. (Acuña Ortega, s/f: 14).

Se trataba de reivindicaciones económicas circunscritas al ámbito del sector demandante.

Esto trajo como consecuencia, que en esos años el movimiento laboral no fuese visto como una amenaza para el orden social, sino que incluso —sobre todo hasta 1925— desde el aparato del Estado se estimuló su desenvolvimiento. Cuando se constituyó la Federación Regional de Trabajadores, en 1924, no encontró por lo tanto mayores objeciones y pudo desplegar su labor organizativa con cierto margen de libertad.

Pero, al tener lugar la amplia apertura política con el recambio gubernamental de 1927, el movimiento laboral y la Federación

Regional de Trabajadores en concreto, expandieron su radio de acción y también radicalizaron sus posiciones (aunque en esto el empeño de la “corriente comunista”, tuvo mucho que ver). Aquí la lucha por las ocho horas de jornada de trabajo, fue un hecho singular, ya que no sólo los operarios de los grandes talleres artesanales ni los obreros de las incipientes industrias manufactureras, sino que también empleados estatales y dependientes de comercio se vieron involucrados en esto.

La amplitud de la influencia de instancias como la Federación Regional de Trabajadores, sin embargo, también reflejaba un cambio de orientación político-ideológica. Hasta 1927, la “Regional” era una alianza laboral que tenía en su seno diversas corrientes de pensamiento que coexistían más o menos sin conflicto, y donde liberales progresistas y anarquistas quizá marcaban la pauta.

Al emerger la pequeña pero vigorosa “corriente comunista” en el seno de la organización laboral, se produce un desplazamiento de las otras corrientes de los organismos de dirección de la Federación Regional de Trabajadores —muy común en esos años en América Latina, puesto que en 1928 la Internacional Comunista había trazado la torpe y extremista línea de acción llamada “clase contra clase”— (Cerdas Cruz, 1986). *La Hoz y el machete. La Internacional Comunista, América Latina y la Revolución en Centroamérica* es un minucioso trabajo de investigación centrado en situar lo más adecuadamente posible el “fenómeno comunista” en la región centroamericana.

Es a partir de aquí que se puede hablar de una segunda fase en las luchas sociales. La acelerada constitución de sindicatos urbanos y la labor organizativa que la Federación Regional de Trabajadores realizó en el área rural, era de facto un nuevo modo de lucha social, que se perfilaba, ahora sí, con un sesgo desestabilizador del ordenamiento dominante.

Que toda esta dinámica haya desembocado en la constitución del Partido Comunista de El Salvador en 1930 no resulta aleatorio. De acuerdo a las prescripciones ideológicas del marxismo al uso en esos años, la amplitud de la influencia del movimiento de los trabajadores, debía ser acompañada por la cristalización de un sólido, férreo y agresivo “núcleo organizativo de vanguardia” que orientase sus luchas. Este no podía ser otro que un partido comunista.

Aunque la constitución del Partido Comunista de El Salvador, se hizo de una forma clandestina, dado el marco de liberalización

política del período 1927-1931, rápidamente se vio forzado a su legalización y “exposición pública” de su programática. Aunque esto, no hizo merma en su discurso incendiario, más bien lo atizó o reforzó. Además, todavía al final del período señalado, el movimiento huelguístico como expresión más prístina de las luchas sociales, no había roto amarras con la legalidad; aunque debe señalarse que durante 1931, y paralelo a las expectativas del evento electoral en curso, las reivindicaciones laborales traspasaron el umbral y se convirtieron claramente en desafío político radical. Las huelgas y ocupaciones de fincas, así lo indicaban.

Pues bien, este es el marco básico de “agitación social” en el que deben ubicarse planteamientos como los de Alberto Masferrer. Con mucha frecuencia, se ha hecho abstracción de esta realidad concreta que envolvía e influenciaba las ideas de Masferrer, y como resultado se han obtenido interpretaciones completamente descontextualizadas.

De ninguna manera puede decirse que Alberto Masferrer y la Unión Vitalista se mantuvieron al margen de todo este bullir de luchas sociales. Existen registros periodísticos que reportan la persistente labor “vitalista” en el seno de los sectores laborales —eso sí, distinta de la Federación Regional de Trabajadores—. Charlas, encuentros y sus textos de prensa así lo confirman. Es más, el haber dedicado esfuerzos decididos para constituir la Unión Vitalista, como núcleo explícitamente político —y con proyección centroamericana, incluso—, son testimonio de la actitud de Masferrer frente a los desafíos de la época. Y quizá, la más contundente muestra de la voluntad política y del máximo involucramiento de Masferrer en las luchas sociales, fue la inserción pragmática que hizo en el evento electoral de 1931, donde resultara electo diputado.

Después de 1927 el escenario institucional del país se vio ampliamente fortalecido tanto por la modernización política que implicó la gestión gubernamental encabezada por Pío Romero Bosque, como por la emergencia de las fuerzas políticas que propugnaban por la reconfiguración del tejido social (=reforma social) o por la revolución social. Es claro que Masferrer se ubicaba en el espectro de la reforma social. Ese es el talante de su propuesta del Mínimun Vital: “La que nosotros llamamos Doctrina del Mínimun Vital, viene a ser, así, como un llamamiento al buen sentido de los hombres, a su bondad primaria, a su instinto de conservación, casi

a su egoísmo, para que no se desgarren, para que no se devoren; para mantener en unos la esperanza fundada de un mayor bienestar, y en otros la seguridad de no ser despojados de aquel excedente de riqueza, obtenido sin extorsión ni ruina de sus semejantes”. (Masferrer, 1971: 57)

Otra cuestión es ver la capacidad de dicha programática para provocar modificaciones sustanciales en la convivencia social.

Pero aunque Masferrer no estaba alineado (ni se alinearía, de ninguna manera) con la agresiva “corriente comunista” que se abrió paso a partir de su frenética actividad dentro del movimiento laboral, no quiere decir que su ideario fuese conservador. La Unión Vitalista —su proyecto esencial—, también se inclinaba por cambios, sólo que de un modo distinto a como lo entendía la “corriente comunista”. Esta, se identificaba sin reparos con el referente externo que representaba la Internacional Comunista (o Comintern), y que propugnaba por la “revolución mundial”.

Frente a tan radical postura, el discurso vitalista, ahora, parece a penas una nube blanca en la tempestad. Y si se considera que desde 1928, la Internacional Comunista orientó a todas sus “filiales” en el mundo a impulsar las resoluciones de su último congreso, que se resumían en la consigna “clase contra clase”, es decir, abandonar la concepción de frente único que apelaba a las amplias alianzas (incluso con “la burguesía”), para enfrentar al “imperialismo”.

Aunque la floración de la “corriente comunista” en el último tercio de la década de los años veintes en El Salvador constituyó una respuesta criolla a los problemas reales del país, su adherencia casi automática a la Comintern, hace que los virajes de ésta, la afecten grandemente:

“La controversia entre los izquierdistas y los conciliadores se manifestó con toda su amplitud en el VI Congreso de la IC en julio de 1928.

“El VI Congreso representó otro paso hacia la limitación de la política del frente único. El programa de la IC, adoptado por el congreso, se expresaba así: “La táctica del frente único como medio de lucha victoriosa contra el capital, de movilización clasista de las masas y de desenmascaramiento y aislamiento de los jefes reformistas es pues parte

Aunque Masferrer no estaba alineado con la corriente comunista, su ideario no era conservador.

esencial en la táctica de la Internacional Comunista *durante todo el período prerrevolucionario*. El programa admitía la consigna temporaria sólo en una situación revolucionaria.” (Hajek, 1977: 19)

Esto tuvo como corolario que en las “secciones” de la Internacional Comunista —y la de El Salvador no fue la excepción, no obstante que sólo hasta 1930 se estructuró el Partido Comunista de El Salvador—, se produjese una radicalización abrupta, veloz y ardorosa, que llevó a la ruptura de las tradiciones organizaciones sindicales, que en la generalidad de la veces habían sido fundadas por liberales, socialistas o anarquistas. La “hegemonía comunista” avanzaba a troche y moche.

Además, el movimiento laboral orientado por la “corriente comunista” tenía una amplia y profunda red de acción que lo llevó a estructurar el trabajo organizativo en el área rural —en vertiginosa dinámica—, cuestión que por ejemplo la Unión Vitalista no tenía.

Así, la “hegemonía comunista”, expulsó a las corrientes reformistas del movimiento laboral o las redujo a su mínima expresión. Aunque no las sacó de la escena política. Algunos como Felipe Recinos, quien fuera Secretario General de la Federación Regional de Trabajadores hasta 1927, al ser expulsado de dicha instancia pasó a conformar el Partido del Proletariado Salvadoreño que en 1931, coaligado a la Unión Vitalista y el Partido Laborista, ganaron las elecciones presidenciales de ese año.

Masferrer, por su parte, y la red de simpatizantes en torno a la Unión Vitalista, a pesar de la radicalización del movimiento laboral, siguieron trabajando de cerca con otras instancias de organización social, como los gremios no adscritos a la “Regional”, o la Universidad Popular. Los encuentros con los distintos sectores de trabajadores eran frecuentes y su apelación pública desde *Patria*, así lo atestigua.

Alberto Masferrer proponía una conciliación nacional, pluriclasista, que tuviera en cuenta sobre todo las precarias condiciones de vida de la clases trabajadoras. Además, podía observarse con nitidez, que había un clima “anti-yanki” entre el tipo de intelectual como Masferrer. Parecía que el reformismo, lo orillaba hacia la derecha, y el espíritu “anti-yanki” lo inclinaba hacia la izquierda. Pero no habían tales inclinaciones. Porque ni el reformismo era de derechas ni la actitud “anti-yanki” en esos años era patrimonio

exclusivo de los socialistas y comunistas. Cierta segmento de liberales hasta casi los años treinta del siglo XX, mantuvieron con fuerza esa divisa. La Liga Antiimperialista de las Américas, organización latinoamericana pluralista fundada en 1925 y con filiales en casi todos los países del continente —y aunque ya por 1928-29 cooptada por la “corriente comunista”, que en todo el continente se venía trocando en partido comunista local—, también animaba el espíritu “anti-yanki”. Es decir, Masferrer formaba parte de este heterogéneo bloque liberal progresista —que torció muchas veces hacia la derecha después de 1932—, que tuvo una importante resonancia política en los años veinte. ♦

BIBLIOGRAFIA

Acuña Ortega, Víctor Hugo.

–*Clase obrera, participación política e identidad nacional en El Salvador 1918-1932 (Versión preliminar), Mecanografiado, s/l, s/f.*

Castro, Julio C.

–*Estampas del viejo San Salvador, Imprenta Cuscatlán, San Salvador, El Salvador, 1982.*

Cerdas Cruz, Rodolfo.

–*La Hoz y el machete. La Internacional Comunista, América Latina y la Revolución en Centroamérica, EUNDED, San José, Costa Rica, 1986.*

Hajek, Milos.

–“*La táctica de la lucha de ‘clase contra clase’ en el VI Congreso*”, en *VI Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente, México, D.F., México, 1977.*

Masferrer, Alberto.

–“*En la hora de crujir de dientes*”, *La Prensa, jueves 3 de febrero, San Salvador, El Salvador, 1927.*

–“*¿Qué es el Bolchevismo?*”, *Patria, miércoles 23 de octubre, San Salvador, El Salvador, 1929.*

–“*Doctrina del Mínimun Vital. Texto definitivo*”, en *Obras Escogidas, Editorial Universitaria, San Salvador, El Salvador, 1971.*

Romero Bosque, Pío.

– *“Mensaje dirigido a la Asamblea Nacional de El Salvador por el Señor Presidente de la República, Doctor don Pío Romero Bosque, en la solemne apertura de las Sesiones Ordinarias de 1930”, Diario Oficial, jueves 20 de febrero, San Salvador, El Salvador, 1930.*

Schlesinger, Jorge.

– *Revolución comunista, Editorial Unión Tipográfica Castañeda, Avila y Cía, Guatemala, Guatemala, 1946.*

Wilson, Alan Wilson.

– *The Crisis of National Integration in El Salvador, 1919-1935, University Microfilms Inc., Michigan, 1970.*

Las cartas del azar: *La correspondencia de Italo Calvino como editor*

Miguel Huevo Mixco

Además de ser uno de los mayores narradores del siglo XX, Italo Calvino desarrolló por muchos años una consistente y paciente labor cultural en su calidad de editor de la casa Einaudi. Este ensayo del poeta salvadoreño Miguel Huevo Mixco revela esta y otras facetas menos reconocidas del célebre italiano.

La frase parece mandada a hacer: “trabajando en una editorial se le vuelve a uno el corazón de piedra”. Y agrega: “uno termina por no sentir nada, por asumir una máscara de cinismo”. Confesión descarnada y directa la de Italo Calvino. Satisfecha también. Calvino siempre objetó que se le considerara un “editor”, sin embargo fue justamente desde ese trabajo que contribuyó a darle un tono y una consistencia a la cultura de la Italia de postguerra, y en la cual la literatura constituyera un engranaje clave.

Para un escritor capaz de procrear paladines fantásticos, no es extraño que su propósito sea definido ya en 1947 en carta a Elio Vittorini como conseguir “piernas y brazos nuevos (...) hacer que nos crezcan otros nuevos, tal vez renunciando a los viejos, transformándolos”. Véase desde donde se vea, su papel, como autor de historias de insólitos campeones o editor de libros es, como el de Ariosto, su poeta, agregar personajes a la historia, quitarlos, agruparlos, en un carrusel de ilusiones, el del mundo.

Mucho menos conocida que su faceta de escritor, la actividad de

El primer trabajo de Calvino con la editorial turinesa fue como vendedor de libros a crédito.

Calvino como editor fue consistente y duradera. Como parte del equipo de la editorial Einaudi, Italo Calvino dio un aporte de calidad a la cultura escrita de su país y Europa. Se refleja en la publicación de una parte de su correspondencia* despachada, como parte de su trabajo en Einaudi, entre 1947 y 1981, entre los 24 y los 58 años de edad.

Su primer trabajo con la editora turinesa fue como vendedor de libros a crédito, luego pasó a ser redactor, hasta asumir un cargo directivo. Su participación en la editorial se fue poco a poco reduciendo, a medida que sus responsabilidades lo llevaron a trasladarse a París y luego a Roma, donde fijó su residencia desde finales de 1980 hasta su muerte, el 19 de septiembre de 1985.

Las 270 cartas que constituyen el volumen muestran al ex partisano Calvino ejerciendo una severa línea editorial, contradiciendo incluso los criterios del mismo Vittorini, el hombre que lo lanzó al mundo de las letras recién finalizada la guerra. "Debemos adoptar un criterio de aceptación más severo", le advierte en una de sus cartas del año 1954; "si cierta indulgencia es admisible en la primera experiencia, en la segunda debemos ser más exigentes". A la larga, esa severidad permitió a la casa Einaudi construirse un merecido prestigio dentro del mundo intelectual europeo, y a él cosechar la imagen de altanero y distante; una imagen que iba con su "verdadera naturaleza".

Carlo Fruttero, uno de sus compañeros de la editorial lo recuerda como una "sombra rubiogrís" que apenas saludaba mediante la dislocación de un hombro. "Todos sabíamos cómo era Calvino: totalmente negado para la conversación". El mismo se miraba muy bien en ese espejo: "Me abandono finalmente a una misantropía total que corresponde plenamente a mi verdadera naturaleza", escribe Calvino en 1957. En ese momento, Calvino estaba a punto de separarse del Partido Comunista Italiano. Habían pasado 12 años desde el fin de la guerra, las heridas de la insurrección en Hungría estaban frescas y los crímenes de Stalin estremecían al mundo. "Vivimos una época oscura, no hay nada que ande absolutamente bien y el único consuelo es la brevedad de la vida", escribe.

Aunque en la mayoría de los casos sus cartas responden a trámites obligados frente a los autores y autoras, ellas nos revelan un Calvino de una vivacidad e ironía más cercanas a los personajes de

* Calvino, Italo: «Los libros de los otros. Correspondencia (1947-1981)», Tusquets, Barcelona, 1994. De acuerdo con los editores, el corpus de cartas de I.C. procedentes de los archivos de Einaudi, superarían las cinco mil.

su narrativa que al rigor casi geométrico de sus ensayos: “¿Por qué escribes ‘la aldea era un rebaño de casas que tocaba el cielo’? ¿Por qué escribes que la chica ‘tenía un perfume selvático’? ¿Todavía crees en estas cosas? ¿Por Dios, si me dan ganas de romperte la cara!”, responde a un desventurado.

Estas cartas no estuvieron destinadas a la publicación. Calvino supo controlar muy bien su obra. Poco antes de morir, mientras preparaba sus célebres ponencias para la Universidad de Harvard —las que nunca llegaría a pronunciar—, Calvino no sólo tenía en jabón su libro autobiográfico *El camino de San Giovanni*; casi en secreto preparaba sus *Páginas autobiográficas*, que fueron encontradas “listas para ir a la imprenta” después de su muerte por Esther Singer, su esposa, y publicadas bajo el título «Ermitaño en París». La publicación de su correspondencia no parece haber entrado en sus planes. La popularidad de Calvino y su prestigio ha posibilitado la exploración de su obra en un ámbito que suele ser poco interesante: el de la correspondencia “oficial”.

Como sabemos, el tiempo otorga relevancia a la correspondencia personal de escritores, escritoras, artistas a sus amantes, a sus amistades o a sus progenitores —recuérdese si no la *Carta al padre* de Kafka— y mostrar aristas insólitas y apasionantes de sus vidas. Es imposible tener un retrato completo de André Gide sin haber leído su avergonzada carta a Marcel Proust. A causa de sus prejuicios Gide rechazó el manuscrito de *En busca del tiempo perdido*, y nunca se lo perdonó. Imprescindibles también la abundante literatura epistolar de Leopardi, o las cartas de George Sand a Musset, o las de Van Gogh a su hermano, o las de Rilke a Lou Salomé, que luego formaron su *Diario florentino*; pero como no sean las de un estadista, cuyos despachos suelen ser causa de desastres, las cartas redactadas en un buró en horarios de oficina, escrupulosamente mecanografiadas, suelen carecer de interés y pasión. Las de Calvino son una excepción: son la estela de su magisterio, realizado en privado ante un interlocutor cada vez. Hablando para cada uno de ellos Calvino destila sus propias aversiones, al tiempo que construye y transmite una concepción del oficio de escritor, y la suya propia como editor en una época convulsa; oficio que ejerce con gozo, crueldad y, como se ha dicho, severidad e ironía. “El mundo está lleno de gente que quiere escribir, y tal vez incluso escribe, y tal vez incluso publica, pero son cosas hechas sólo a fuerza de voluntad y no quedará nada de ellas”, le escribe a un proponente. Sus entusiasmos son más bien

excepcionales. Lo sabe desde sus primeros años en la editorial: “Allí donde encuentro inteligencia integrada, alcanzo mis raros y fugaces momentos de entusiasmo”. Diez años después, cuando pasa revista a su trabajo, su conclusión es casi previsible: “El oficio de editor es de los que suscitan más antipatías que simpatías”.

El sendero de las arañas

¿Por qué se involucró y se mantuvo casi hasta el final de sus días en un trabajo de esta naturaleza, de pocas satisfacciones y muchas animadversiones? Existe una respuesta segura en uno de sus artículos autobiográficos: “Mi idea siempre fue participar en la construcción de un contexto cultural que respondiera a las exigencias de una Italia moderna y en la que la literatura constituyera una fuerza innovadora y el depósito de las razones más profundas”. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial Calvino tenía 16 años; a los 21 se sumó como combatiente de la Resistencia italiana en las montañas aleañas a su ciudad, San Remo. Es difícil imaginarse al flaco Calvino —quien a juzgar por sus fotografías juveniles tendría la estampa de Pinocho— emboscando patrullas alemanas. Pero su caso no fue el único, sino igual al de miles de jóvenes italianos y europeos en una época atroz. Es una historia intrincada, como un sendero abierto por arañas.

En los años 30 —Gramsci estaba preso desde el año 1926—, luego de las abyecciones cometidas por Mussolini y el Partido Fascista, en Italia se constituyó una primera generación de intelectuales en Resistencia. Entre los más caracterizados adversarios del Duce estuvieron Norberto Bobbio, Elio Vittorini y el poeta Cesare Pavese. Pavese había crecido en el ambiente de los intelectuales turineses más intransigentes al fascismo, agrupados en torno a la revista *La Cultura* y a la editorial Einaudi. Todos los miembros de la redacción de la revista fueron arrestados. Pavese fue confinado por un año al otro extremo del país, en la punta de la bota italiana, al poblado de Brancaleone, Calabria. Vittorini es una de las personalidades más interesantes del período. Hasta 1936 fue un intelectual profascista “de izquierda”; es decir, creía en el socialismo y en la necesidad de una renovación moral, pero desde su lealtad a las propuestas fascistas. Colaboró en las principales publicaciones fascistas del momento con notable entusiasmo, pero al estallar la guerra nos

encontramos a Vittorini en Milán convertido en un conspirador, colaborando en la publicación clandestina del periódico comunista *L'Unità*. Los acontecimientos en su vida y la de Europa habían sido muy aleccionadores. El fracaso militar de Mussolini y la firma del armisticio con los aliados precipitó la ocupación de Italia por parte de los alemanes. Italia estalló en una verdadera guerra civil. Un hecho simbólico lo retrata: en España, el batallón Garibaldi, integrado por voluntarios italianos al lado del bando republicano, se enfrentó en combate con las tropas de conscriptos de los ejércitos del Duce; Italia había comenzado a dirimir sus enconadas rivalidades en tierras españolas. Vittorini hizo una ardorosa propaganda contra Franco y a favor de los republicanos. Fue expulsado del Partido. Su libro *El clavel rojo* fue pasado por la censura. Más tarde, en 1941, los censores mutilaron la *Antología americana* preparada por él con más del mil páginas de cuentos y fragmentos de novelas de escritores norteamericanos. “Era un hombre —diría muchos años después un Calvino sesentón— que subordinó su propia obra a una batalla para establecer cuáles debían ser los cimientos de la cultura italiana”.

A aquella primera generación de rebeldes pronto se unió durante la ocupación nazi otro grupo de disidentes más jóvenes; entre ellos se contaba el poeta Giame Pintor, quien murió en acción en 1943, e Italo Calvino.

Calvino había crecido en un ambiente excepcional, distinto al de la media de jóvenes italianos de su tiempo. Hijo de una pareja de científicos, adoradores de la naturaleza y librepensadores, en la pequeña San Remo, en esa época una ciudad de aire cosmopolita, habitada por gente excéntrica y de gran mundo. Su padre Mario, republicano, de una familia anti clerical y masónica, anarquista kropotkiniano en su juventud y luego socialista reformista, había vivido muchos años en México. Su madre Evelina, de tradición laica, se formó —recuerda Calvino— “en la religión del deber civil y de la ciencia”. Mientras dirigían una estación experimental de agricultura en las afueras de La Habana, Cuba, nació Italo, el mayor de dos hermanos, el 15 de octubre de 1923.

Con la Segunda Guerra Mundial, el ambiente de Calvino sufrió una radical transformación. El clima en el que su hermano menor y él fueron educados se enfrentó con las formas de vida promovidas

Calvino había crecido en un ambiente excepcional distinto al de la media de jóvenes italianos de su tiempo.

por el fascismo entre la juventud, los profesionales y los intelectuales. Tras la ocupación nazi, la idea de la Resistencia prendió en el seno de los hogares. Evelina, anti fascista radical, exhortaba a sus dos hijos a tomar las armas. Fue detenida. Ante sus ojos, la “brigada negra” por tres veces simuló el fusilamiento de su marido.

“Durante años la política tuvo para nosotros una importancia tal vez exagerada”, reconoce Calvino; pero su generación, dice, tenía por sobre todas las cosas, más que un interés teórico adquirido por los libros, una verdadera “pasión por hacer”. La guerra pasó a ser tema único en los pensamientos de la sociedad italiana. Pequeños resortes —o grandes, según se vea— hacían saltar a los jóvenes al sendero de la Resistencia. “Cuando supe que el primer jefe partisano de nuestra zona, el joven médico Felice Cascione, comunista, había caído combatiendo a los alemanes en Montalto en febrero de 1944, le pedí a un amigo comunista mi ingreso en el partido”.

De 1944 hasta abril de 1945 Calvino se sumó al movimiento guerrillero más numeroso de Europa occidental. Al igual que René Char en Francia, el espíritu de la Resistencia —impetuosidad, orgullo guerrero e ironía sobre las misiones autoadjudicadas— siguió gravitando en Calvino hasta sus últimos días, cuando ya era unánimemente reconocido como uno de los mayores talentos de Europa,

y sus narraciones, ensayos y conferencias se traducían a todos los idiomas occidentales. “Al cabo de tantos años, debo decir que este espíritu, que permitió a los partisanos hacer las cosas maravillosas que hicieron, sigue siendo aún hoy una actitud humana sin par para moverse en la contrastada realidad del mundo”. De su último día como garibaldino, un 25 de Abril de 1945, el día de la Liberación, Calvino tiene ante sí el recuerdo de un

paisaje y un jovencito sin trazas de héroe. El paisaje: “Había un incendio en el bosque. Recuerdo la larga fila de partisanos que baja entre los pinos calcinados”. El muchacho: Calvino mismo, cojeando de un pie llagado por el roce de su bota. La gente salía a recibirlos con flores. La guerra había terminado.

Después del 25 de Abril, cuando Calvino recibió los primeros ejemplares de *L'Unità* de Milán pudo darse cuenta que su vicedirector era Elio Vittorini, y que Cesare Pavese también colaboraba con artículos. Calvino se traslada a Turín. Abandona la carrera de Agronomía y se inscribe en Letras. Su tesis la escribe sobre Joseph

*De 1944 a 1945
Calvino se sumó a la
guerrilla más
numerosa de Europa
occidental.*

Conrad. En la cuna del gran movimiento obrero, el joven ex partisano se vincula, primero como vendedor a la editorial Einaudi, llegando a ser uno de sus directivos más influyentes. Los más diversos temperamentos y tendencias ideológicas gravitaban en torno a la casa editora fundada por Giulio Einaudi; Vittorini y Natalia Ginzburg, los principales, todos mayores que él, interesados en los problemas de su tiempo, con los ojos abiertos a lo que se hacía, discutía y se publicaba en el resto del mundo. El trabajo de la editorial junto al de escribir y publicar su propia obra narrativa, se convirtieron en su principal actividad y su mayor pasión. En una carta de 1964 se define como “alguien que trabaja (además de en sus propios libros) en hacer que la cultura de su tiempo tenga ese carácter y no otro”.

Es posible imaginarse que una vez terminada la Resistencia y la guerra, en un ambiente dominado por la euforia, la tensión política y la incertidumbre —recuérdese que sólo en Italia, entre todos los países de Europa occidental, se constituyó, si bien por unos pocos meses, un gobierno encabezado por un jefe de la Resistencia—, los escritores se volcaran a escribir sus propias experiencias, sino que también sintieran que estos libros debían ser publicados. Libros de testimonios personales, sobre las luchas obreras y las experiencias partisanas, menudeaban.

Calvino mismo no pudo sustraerse a ello. Gore Vidal cuenta que en 1948 se cruzó con la primera novela de Calvino *El sendero de los nidos de araña*, y pensando que se trataba de un trabajo más sobre la lucha partisana escrita por algún reciente novelista de la guerra, apenas le echó un ojo. Vidal enmendó aquel juicio años después y fue el crítico que lo “lanzó” al gran público estadounidense. En realidad, escribió, con *El sendero...* Calvino se había desprendido del sentimentalismo típico de la literatura de los años 40. Su literatura, como la definió Calvino, se desplegaba hacia la “transfiguración fantástica”. Más tarde, los héroes de las narraciones de Calvino, con las que alcanzó notoriedad, serían un vizconde partido en dos, un barón del siglo XVIII que se pasa la vida subido a los árboles, o una pacotilla de comensales que sólo consiguen comunicarse desplegando una baraja de Tarot. Pero también personajes negados a la vida de las ciudades, o sumergidos en la fiebre del cemento. En todo ello Calvino reconoce una continuidad de la “tendencia épica” de la literatura de la Resistencia y especialmente de la secular tradición italiana. Su poeta es Ludovico Ariosto; Ariosto, ese que todo lo mira “a través de la ironía y la deformación fantástica”.

Su trabajo como editor tampoco lo ve reñido con la moral de la Resistencia. Cuando en 1962 se le anuncia que su nombre figura entre los premiados por la “Fedeltà alla Resitenza”, Calvino sugiere que el galardón se le otorgue también a Giulio Einaudi, “para coronar la actividad editorial que más ha hecho en estos quince años para mantener vivos los valores de la Resistencia en las nuevas generaciones”. Ello, argumenta, le daría más significado a su propio premio: “mi fidelidad a la Resistencia se explica también —y tal vez sobre todo— por mi trabajo en la editorial”. Del muñón cercenado en la batalla, el equipo de Einaudi había conseguido nuevos brazos y nuevas piernas.

La excepción y la regla

Calvino estaba convencido de que se podía obtener más verdad de la excepción que de la regla. Este criterio lo aplicó a su trabajo como editor. Su método era sencillo: “Leo lo que me parece suficiente para descubrir los tres elementos que me sirven para establecer si un libro *existe o no*: ... si tiene un lenguaje... si tiene una estructura... si muestra algo, a ser posible algo nuevo”. Con el resto, sus juicios son inapelables.

Autores desconocidos, conocidos y hasta reconocidos remitían desde toda Italia sus originales a la casa Einaudi, donde este hombre de poquísimas palabras dispensaba tanto consejos paternales como observaciones temibles. No había chantaje posible, ni por la amistad ni por la necesidad. Tiene 27 años cuando escribe: “Veo que relacionas tus difíciles condiciones económicas con la publicación del libro. Te aconsejo que te acostumbres a no vincular nunca y de ninguna manera estas dos preocupaciones”.

“Le devuelvo su manuscrito —responde en 1955— y lo espero dentro de algunos años, años de lectura, de reflexión, de buen trabajo”.

A otro: “No entiendo nada de este condenado libro. Tal vez sea una obra maestra, de esas que quien desde el principio no haya entendido nada pasará por estúpido... Pero hágame ver otra cosa que haya escrito”.

A otro más: “Tú sigues esperando una decisión sobre tus poesías. Pero mira, debo decirte que no creo que te convenga publicarlas”.

La tarea no era fácil. No sólo por las dificultades económicas de una empresa que vivía de lo que conseguía vender, sino también por

el momento que atravesaba la literatura y la cultura italiana de post guerra, con instituciones frágiles, en un ambiente político muy volátil. “Este es un momento difícil: para quien escribe y para quienes tienen que encontrar cosas nuevas que publicar. Todo parece envejecido y lo que no ha envejecido es inmaduro”.

Al rigor de Calvino como editor debe la literatura del siglo XX memorables trabajos. Baste mencionar su compilación de los *Cuentos populares italianos*, o su trabajo por doce años al frente de la colección *Centopagine*. Entre 1956 y 1966 junto con Vittorini publicaron los cuadernos *Il Menabò*, mediante los que se observaban los cambios y vicisitudes de la literatura italiana. Calvino participó también en la publicación póstuma de los poemas de Pavese y en la edición de su *Diario*.

El suicidio de Pavese en 1950 tras una de sus frecuentes crisis, fue la comidilla del momento. Pero la casi inmediata publicación de su poemario *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos* —y esto es algo que en nuestros días resulta difícil de entender— fue interpretado por algunos como una acción maliciosa. En una carta fechada el 22 de junio de 1951 Calvino se encarga de despejar dudas: Pavese había dejado el manuscrito “perfectamente ordenado en la mesa de su despacho”, con el citado título escrito de su puño y letra. “Por consideración a algunas personas que han tenido que ver con su vida íntima”, advierte, la editorial hará algunos cortes en el *Diario* del poeta: “en la vida privada de los escritores no se va a curiosear o a fruncir la nariz, sino a estudiar y respetar un testimonio de vida”. El preparó también el volumen correspondiente a la poesía editada e inédita para las obras completas de Pavese, redactando notas informativas y exegéticas. “He mirado todos los manuscritos”, escribe en 1962 a Augusto Monti, el hombre que más influyó en la concepción literaria y política de Pavese. “Muchas veces en estos días hubiera querido hablarte o consultarte”, le escribe.

La historia de la literatura puede verse también como un proceso ininterrumpido de transmisión de afinidades, lealtades, pasiones. Calvino culmina una porción de esa historia de lealtades y pasiones. Pasión, en este caso, por un arte y una literatura, en cuya esfera se debía mantener viva la noción y la práctica de libertad. Lealtad, a una tradición cultural que siempre fue objeto de orgullo; también a cierta idea del intelectual como un guía de calidad. Esto último fue particularmente importante durante las dos décadas de fascismo, cuyos jefes proclamaban como el depositario y heredero del genio

nacional. En este clima tuvo lugar la formulación de una “moral de compromiso”, inculcada por Monti, en el Liceo Massimo D’Azeglio, difundida por Pavese, y de Pavese a Calvino. “Enunciar una moral de compromiso, una libertad en la responsabilidad (...) me parecen la única moral, la única libertad posible”, propone éste en una carta de 1947.

Como se dice, Pavese, primero en la distancia, luego en la amistad, ejerció sobre Calvino una influencia trascendental. Su generación, enredada en el drama de la incertidumbre, “aburrida pero por pureza y vacío a su alrededor”, como dijera Calvino, tuvo su violoncello en la poesía de Pavese. Pavese leía primero que nadie cada cosa que escribía. Lo trató a diario y en toda clase de situaciones. En 1960, cuando un grupo de amigos llegó a Turín a rodar un documental sobre la ciudad del poeta, Calvino los llevó a conocer los lugares adonde iban juntos: el Po, las hosterías, la colina. Su primer cuento fue publicado por recomendación de Pavese, pero un retraso en la publicación lo hizo salir a luz hasta 1946 —entre tanto, Vittorini había publicado otro relato de Calvino en su semanario *Il Politecnico*. Su vinculación con Einaudi de alguna manera también estuvo ligada al regreso de Pavese a Turín. El 24 de noviembre de 1949 Pavese anotó en su *Diario*: “Di consejos, desde las alturas de la edad, al joven Calvino: me disculpé por trabajar muy bien: también yo a tu edad estaba rezagado y en crisis. ¿Alguien me dijo estas cosas cuando yo tenía veinticinco años?”. El tiempo no pasó en vano. Afinidades, lealtades, pasiones y también cordiales rupturas. La regla y la excepción. En la entrevista de Carlo Bo para *L’Europeo*, Calvino, con la distancia en el ceño, acepta: “Me he alejado de aquel clima en el que Pavese era el primer lector y juez de todo lo que escribía”.

Cartas americanas

La carrera de Calvino fue atajada por una hemorragia cerebral. Le ocurrió el 19 de septiembre de 1985, en el mismo instante que la Ciudad de México era desplomada por un terremoto, mientras descansaba en el jardín de su casa en Pineta di Roccamare. Había llegado allí para trabajar en las seis conferencias que debía dictar en la cátedra de las “Charles Eliot Norton Poetry Lectures”, en la Universidad de Harvard. Italia recibió la noticia “como si un prín-

cipe bien amado hubiese muerto”. La mañana del viernes 20 de septiembre, pocas horas antes del funeral de Calvino, la primera tormenta del equinoccio cayó sobre la ciudad de Roma. La descripción proviene de los recuerdos de Gore Vidal. “Me mantuve atento a los truenos y relámpagos; y pensé que estaba, una vez más, en la Segunda Guerra Mundial”. Vidal llegó a Italia como parte de las tropas expedicionarias de los Estados Unidos, que reconquistaron la mítica Roma, la casa de los Césares. Vidal fue uno de los “jefes” del primer grupo de escritores norteamericanos que arribó a Roma inmediatamente después de la guerra. Roma pasó a ser la capital europea por excelencia para los norteamericanos. “Después de la Primera Guerra Mundial los escritores y artistas norteamericanos emigraron a París; ahora se lanzan sobre Roma”, escribió Harold Acton.

El primer “encuentro” de Vidal y Calvino, al que arriba me he referido, tuvo lugar justamente en 1948, el *anno mirabilis*, el exacto punto medio entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el principio de lo que ya aparecía como una larga guerra fría. Ese mismo año, Calvino visitó a Hemingway.

Entre norteamericanos e italianos había deudas recíprocas. Durante la época del fascismo, los escritores italianos volvieron el rostro, como un nadador que busca oxígeno, hacia la literatura de los Estados Unidos. Pavese escogió la literatura norteamericana como campo de estudio y recibió su título de letras con una tesis sobre Walt Whitman. Entre 1930 y 1935, tradujo a Melville, Sinclair Lewis, Dos Pasos y Faulkner. A finales de la década, Pavese y un grupo de seguidores *americanisti* crearon su propia América: un mítico mundo no hollado por la bota fascista. El contacto con aquella literatura, en palabras de Pavese, les “ofreció el primer atisbo de libertad, la primera sospecha de que no toda la cultura del mundo terminaba con el fascismo”. De hecho, la primera gran caja de resonancia de la literatura estadounidense en Europa, fue Italia.

Calvino se nutrió con estos destellos. “América [léase Estados Unidos] era como una gigantesca alegoría de nuestros problemas”, dijo en una conferencia en la Universidad de Columbia, Nueva York. Para entonces Calvino iba en camino de convertirse en un frecuente conferenciante de universidades norteamericanas. Entre 1959

La literatura norteamericana ofreció a los escritores italianos el primer atisbo de libertad.

cado de anglicismos que —valga la palabra— le dan cierto aire *snob*. Este Diario —incluido por Esther Calvino en el volumen *Ermitaño en París*— es en realidad una serie de cartas con anotaciones de viaje escritas para sus amigos y compañeros de la editorial; a través de sus contactos con John Barth estableció relación y seguimiento de la neovanguardia norteamericana (Donald Barthelme y Thomas Pynchon); reconoció a Hemingway como uno de sus primeros modelos, y a Poe como el autor que más influyó en su literatura. En sus libros *Cosmicómicas* y *Tiempo cero* hay relatos que se desarrollan en un ambiente con evocaciones neoyorkinas. Viajando al sur y del este al oeste con una subvención de la Fundación Ford, Calvino nunca llegó a sentirse tan bien en Estados Unidos como en la más cosmopolita de sus ciudades. A semejanza de Stendhal, Calvino habría querido que en su tumba se inscribiera: “neoyorquino”. Sin duda, estamos ante otro, sino el último de los grandes *americanisti*.

En 1984 el mundillo cultural estadounidense le otorgó a Calvino una distinción: convertirlo en el primer italiano invitado a pronunciar una serie de seis lecciones durante el año académico en Harvard. No creo extralimitarme si digo que desde la espléndida universalidad de sus *Propuestas...* aquel era el gran tributo de Calvino a su propia tradición italiana y a su admiración por la pujante cultura estadounidense. Calvino había completado cinco conferencias. Faltaba la sexta que, de acuerdo con Esther Calvino, se habría referido a *Bartleby, el escribiente* de Melville. Calvino dejó el libro sin título en italiano. “Tuvo que pensar primero el título inglés” —dice su esposa. Tenía la pretensión de dictar las conferencias en inglés. Gore Vidal, quien estuvo con él en mayo de 1985, consideró ésto como un gesto de valentía: aparte de su lengua madre Calvino hablaba perfectamente el español y el francés, pero su inglés —dice— “era titubeante”. Una semana antes de volar a Estados Unidos sobrevino el derrame. Calvino perdió el sentido. Pese a lo esfuerzos médicos, ya no volvió más en sí y murió.

Al conocer estos detalles es inevitable recordar uno de los pasajes del *Orlando furioso* de Ariosto. Sabemos por Ariosto —y por Calvino, que es autor de una inmejorable narración en prosa del poema— que las cosas que se pierden en la Tierra (la fama, las lágrimas, los suspiros de los amantes, el tiempo desperdiciado) se encuentran en los blancos parajes de la Luna. Allá ha ido a parar el juicio de Orlando a causa de un amor, y ha dejado abandonado a su rev cercado detrás de las murallas de París. Al final del poema, el

héroe Astolfo viaja hasta la Luna en busca del juicio de Orlando, y lo encuentra, por fin, depositado en una ampolla, más grande y pesada que las demás. “Si la razón de los hombres se conserva aquí arriba, quiere decir que en la Tierra no queda sino la locura”, reflexiona Calvino... y Ariosto.

En este punto, las personalidades del sabio Ludovico, secretario del cardenal Ippolito d’Este, y Calvino, se superponen en una cósmica disolvenca. Observando las glorias guerreras y los dolores y penurias de la Italia del siglo XVI, intentando coger el rabo de Ariosto, Calvino se preguntó: “¿Quién es este poeta que sufre por lo que el mundo es y por lo que no es y podría ser, y sin embargo lo representa como un espectáculo multicolor y multiforme que se ha de contemplar con irónica sabiduría?”. Respondamos: Italo Calvino, bien podría ser ese su nombre.◆

San Salvador, agosto de 1997

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Calvino, Italo

- *Ermitaño en París*. Siruela, Madrid, 1994. Traducción de Angel Sánchez-Gijón.
- *Los libros de los otros. Correspondencia (1947-1981)*. Tusquets, Barcelona, 1994. Edición de Giovanni Tesio. Traducción de Aurora Bernárdez.
- *Orlando furioso narrado en prosa del poema de Ludovico Ariosto*, Muchnik, Barcelona, 1990. Traducido del italiano por Aurora Bernárdez y Mario Muchnik. Versos de Ariosto traducidos por Juan de la Pezzula.
- *Por qué leer los clásicos*. Tusquets, México, 1994. Traducción de Aurora Bernárdez.
- *Punto y aparte. Ensayos sobre literatura y sociedad*. Tusquets, Barcelona 1995. Traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio.
- *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela, Madrid, 1994. Traducción de Aurora Bernárdez.
- *The road to San Giovanni*. Vintage Canadá, Toronto, 1995. Traducción al inglés de Tim Parks.

Pavese, Cesare

- *El oficio de vivir. El oficio de poeta*. Bruguera, Barcelona, 1980. Traducción de Esther Benítez.

Vidal, Gore

- "Calvino's novels"; "Calvino's death"; y "Some memories of the Glorious Bird and earlier self", en *United States. Essays 1952-1992*, Random House, New York, 1993.

Wilkinson, James

- *La resistencia intelectual en Europa*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Traducción de Juan José Utrilla.



La soberanía del ensueño: *Del surrealismo y lo real-maravilloso*

Ricardo Roque Baldovinos

El presente trabajo intenta aclarar nociones como las de “realismo mágico” o “lo real-maravilloso” explorando las diversas relaciones entre la diseminación de las estéticas de vanguardia en América Latina y el proceso social y cultural de las primeras décadas de este siglo.

“Sueño, luego existo”, se decía en París, en 1924. André Breton, el pontífice del surrealismo, proclamaba con una vehemencia desaforada, la soberanía del ‘ensueño’ y de lo ‘maravilloso’...”

Toño Salazar

Se cumplen en este 1997 treinta años de dos hitos que situaron la novelística latinoamericana con pleno derecho en la literatura universal: el Premio Nobel de Miguel Ángel Asturias y la publicación de *Cien años de soledad*, el clásico contemporáneo de García Márquez. Momento oportuno pues, para meditar sobre la mayoría de edad de nuestras letras.

Tema obligado de esta reflexión es el oxímoron que ha definido lo más innovador de la narrativa latinoamericana: el realismo mágico. Como todas las etiquetas al uso, delata esta un empobrecimiento del potencial semántico de su concepción, el que se encuentra en los primeros escritos de Alejo Carpentier sobre lo real-maravilloso. Como resultado de este desgaste una de las formulaciones



El realismo mágico ha pasado de una formulación estética lúcida a un cliché más del exotismo.

estéticas más lúcidas para comprender la dialéctica de la modernidad en la periferia de Occidente ha pasado a ser un cliché más del exotismo, una mercancía cultural destinada a calmar el insaciable apetito de experiencias auténticas de públicos cultos ahitos de vida moderna.

El realismo mágico o lo real-maravilloso resultan más interesantes si se discuten en la encrucijada entre el nacionalismo latinoamericano de principios de siglo y la recepción regional de las estéticas de vanguardias. Dentro de estas estéticas debe prestarse especial atención al surrealismo. Este proceso cultural se entenderá mejor si recordamos que el interés de los latinoamericanos por las vanguardias está íntimamente relacionado con el desgaste de los proyectos decimonónicos de nación. Los latinoamericanos ven pues compatibilidad entre la crítica vanguardista de la modernidad y sus anhelos de refundar sus propias sociedades.

Resulta entonces ilustrativo hacer un seguimiento del papel jugado por autores como Alejo Carpentier y Miguel Ángel Asturias. Ellos no sólo participaron activamente en la vanguardia estética sino también estuvieron claramente imbuidos de una nueva modalidad de nacionalismo: el nacionalismo carismático. Esto junto a su protagonismo en cimentar las bases de una nueva novelística y, de paso, de una nueva estética para representar la realidad latinoamericana. En definitiva, lo que estos escritores logran no es una mera sustitución de paradigmas o una simple importación de modas sino un verdadero canibalismo cultural, para emplear la expresión acuñada por el brasilero Oswald de Andrade en su celebrado "Manifiesto Antropofágico". Este canibalismo es una propuesta de renovación de la totalidad social por la vía de la cultura. Así, esta renovación se ensayaría, en primera instancia, en el espacio virtual de la novela misma y, de allí, se buscaría su difusión hacia el entorno social.

La nostalgia de la tribu

Para entender esta nueva modalidad de nacionalismo carismático es necesario partir de la crisis y eventual desencanto latinoamericano con la República Liberal, tanto en sus formas y protocolos como en sus referentes imaginarios. Esto obedece no sólo a procesos ideoló-

gicos sino a una confluencia de diversos factores tanto de carácter cultural como material: el imperialismo, el neocolonialismo, el autoritarismo, las tendencias involutivas de las sociedades latinoamericanas; pero, sobre todo, a la incompatibilidad de la realidad social latinoamericana con ideales de sociedad calcados servilmente de los países protagónicos de la modernidad. Así, llegamos al siglo XX con una verdadera bancarrota de los ideales de nación heredados del siglo anterior; especialmente, la de aquellos que en deuda con una lectura liberal de la Ilustración y sus referentes centrales: individualismo, economía de mercado, secularización cultural, fe en el poder redentor de la ciencia y la técnica, etc... En todo el espectro político, circulan con cada vez menos pudor ideas hasta poco antes anatemiizadas por la Ilustración: comunidad, tradición, primacía de lo sensual y sensorial, etc... Gradualmente, se va abandonando la fe en el reino de la razón y se la reemplaza por la comunidad carismática, por la nostalgia de la tribu.

Esta noción de comunidad carismática ha sido desarrollada por el germanista norteamericano Russell A. Berman y hace referencia a un proceso cultural amplio de las sociedades europeas durante el paso del siglo XIX al XX.¹ La noción de carisma es un préstamo del pensamiento de Max Weber. Según este padre de la sociología, las creencias religiosas al servir de guía a la práctica mundana pueden ser generadores efectivos de nuevas formaciones sociales. Es así como retoma el término carisma del debate teológico protestante de su país. En la tradición teológica protestante germana, se venía contraponiendo una estructuración religiosa fundada en un aparato jerárquico, identificada con el Catolicismo Romano, y una tradición religiosa que enfatizaba la creencia y el compromiso personal del cristianismo primitivo, manifiesta en el espíritu de la Reforma protestante. Habría habido pues una degeneración del cristianismo primitivo en la de institucionalización de una Iglesia Católica tributaria del aparato político y administrativo del Imperio Romano.

Ahora bien, los términos para entender esta oposición entre una iglesia anquilosada y un cristianismo auténtico sufrirán transformaciones notables a lo largo de este debate. Para nuestro caso, interesa el aporte del teólogo Rudolf Sohm de quien Weber tomaría prestado el concepto de carisma. Sohm insistía en la incompatibilidad de cualquier forma de jerarquía y de legalidad racionales con la esencia del cristianismo. Para este autor, hablar "ley eclesial" era una *contradictio in adjecto*. En lugar de la ley, situaba el carisma como el modo

¹ La noción de "comunidad carismática" de clara filiación weberiana la he tomado de Russell A. Berman y su brillante estudio sobre la novela modernista alemana, *The Rise of the Modern German Novel* (Cambridge Mass., Harvard University Press, 1989)

apropiado de sociabilidad cristiana. El carisma denominaba, pues, una forma de convivencia antilegal, porque la iglesia apostólica primitiva era una comunidad carismática es decir “un grupo social sin administración burocrática o restricciones legislativas, caracterizado por una participación colectiva de un sentido compartido, la nueva fe”.² Esta comunidad se caracterizaría también por la ausencia total de legislación y la abolición de una división del trabajo insensible a las vocaciones de los miembros individuales. Porque la ley no tendría lugar en la comunidad carismática donde el espíritu, no la formalidad legal, serviría de principio de organización:

“la asamblea popular (el pueblo) de Dios (de Cristo), el pueblo elegido de Dios, el rebaño que Dios nutre y cuida con su palabra, la comunidad unida por amor, por el amor fraterno nacido del amor de Dios. Se construye como una unidad, un cuerpo, el cuerpo de Cristo. Pero el Cuerpo de Cristo no es una corporación, ni siquiera una ‘corporación’ cristiana”.³

De esta forma, la concepción de una colectividad alternativa, la comunidad carismática, representaba una posible salida a la bancarrota del ideal ilustrado. Se presentaba como la visión de una sociedad que podía vencer la evaporación del sentido en la modernidad y proponer una vía capaz de cohesionar solidariamente los colectivos humanos. Esta noción habría de tener repercusiones importantes en otros ámbitos sociales allende el religioso. Daría origen a una suerte de fiebre carismática que intentaría superar las distintas manifestaciones de la anquilosis moderna con una nueva modalidad de mística casi religiosa.

El hechizo de la comunidad carismática alcanza Latinoamérica principalmente por vía de la esfera estética. Estas ideas emanan de varias fuentes, todas ellas nos remiten a la filosofía vitalista alemana (*Lebensphilosophie*) diseminada por José Ortega y Gasset y la impresionante empresa cultural de la *Revista de Occidente*. Pese a que la participación de latinoamericanos en dicha revista fue más bien marginal, la impronta que dejaría en la cultura latinoamericana sería indeleble.⁴ A través de traducciones de Gaos, García Morente y el propio Ortega, la intelectualidad iberoamericana estaría al día de las ideas de pensadores críticos de la modernidad, principalmente germanos, entre cuyos nombres destacan los de Oswald Spengler, Max Scheller, Georg Simmel y Sigmund Freud. No debemos, ade-

² Ibid, p. 50.

³ Sohm apud Berman, p. 51

⁴ Sobre el clima cultural en el que se gesta la obra de los autores latinoamericanos que entran en diálogo con la vanguardia estética europea, remito al excelente texto de Roberto González Echevarría *Alejo Carpentier, the pilgrim at home* (Austin: University of Texas Press, 1990), especialmente el segundo capítulo “Lord, praised be Thou” pp. 34-95

más, olvidar el papel divulgador de este pensamiento que los mencionados traductores y otros intelectuales afines a la empresa de la *Revista de Occidente* realizaron con su propio trabajo ensayístico y de reflexión filosófica.

De este complejo corpus de pensamiento, arraigarán de manera especial algunas ideas. En primer lugar, la noción de la decadencia de Occidente, íntimamente ligada a una crítica —necesaria, desde el punto de vista latinoamericano— al eurocentrismo. En esto el punto central de referencia será Oswald Spengler, cuya obra magna, *La Decadencia de Occidente*, será traducida y publicada por la editorial de la *Revista de Occidente*. El latinoamericanista cubano Roberto González Echevarría destaca dos ideas de Spengler que impregnan los intelectos y la imaginación latinoamericana. En primer lugar, la homologación de las culturas y los organismos biológicos. En segundo lugar, su corolario: puesto que las culturas se comportan como organismos vivientes al experimentar ciclos de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte, cada cultura constituye en sí un todo incomunicable. Consecuentemente, el paso de una civilización a otra se explica en términos de la sustitución de un organismo viejo por un organismo nuevo. Al morir una civilización, muere con ella todo su acervo sin que las civilizaciones emergentes lo recuperen. Es muy importante señalar que este ciclo de juventud y vejez de las culturas lo explica Spengler en términos claramente antirracionalistas. Contrario a las teorías de la historia de Gianbatista Vico o Auguste Comte, para Spengler, la autoreflexividad de una cultura es síntoma de vejez y decadencia; mientras que, por el contrario, la fe y la ingenuidad al estilo de las comunidades carismáticas son síntoma de juventud.

No cuesta imaginarse el poder seductor de estas ideas entre aquellos latinoamericanos ávidos de afirmarse frente a una Europa que los intimidaba con el eneguedor brillo de sus tradiciones. La Gran Guerra vendría a confirmar a sus ojos un proceso de irrefrenable decadencia del viejo continente frente al cual los emisarios del nuevo mundo estarían invitados a mostrar el vigor juvenil de sus culturas. Ello lo harán redescubriendo una alteridad cultural hasta entonces negada por la intelectualidad latinoamericana por considerarla expresión de barbarie.

La Revista de Occidente dejaría una impronta indeleble en la cultura latinoamericana.

El nacionalismo carismático es uno de las referentes de la intelectualidad de principios de siglo.

Es así como el nacionalismo carismático llega a ser uno de los grandes referentes de la intelectualidad latinoamericana de principios de siglo. Así, su vocación de encabezar la transformación de sus sociedades recuperará renovados ánimos. Por ello, resulta difícil una

la asimilación sin más del vanguardismo latinoamericano a las vanguardias estéticas europeas. Hay una diferencia radical en lo referente al papel del artista frente a la sociedad. El escritor de estas latitudes tendrá la opción un protagonismo en el destino de sus países impensable para sus contrapartes europeas; ya que, en el viejo continente, la mayor diferenciación social ha confinado la actividad artística una posición de marginalidad difícil de

remontar. Pese a ello, el aura de novedad de la vanguardia y, sobre todo, la promesa de redención por la vía de la actividad estética harán de ciertas capitales culturales europeas un sitio obligado de peregrinaje los artistas latinoamericanos.

Por lo expuesto anteriormente, resulta fructífero revisar el diálogo que algunos de nuestros escritores entablarán con las estéticas de vanguardia, especialmente con las distintas vertientes del surrealismo. Pero antes de dar este paso, detengámonos momentáneamente en puntualizar el aporte de este movimiento artístico a la cultura del presente siglo.

Despertar al sueño

Imposible es apreciar la significación del surrealismo a la cultura latinoamericana si lo reducimos a un mero movimiento artístico-literario, a un "ismo" entre otros más. El surrealismo constituye, en medio de sus extravagancias y desplantes —o quizá por ello mismo—, un ambicioso proyecto de crítica y revolución de la cultura burguesa europea, si bien es cierto que en una dirección distinta a la deseada por los latinoamericanos, como tendremos oportunidad de ver más adelante.

Detengámonos en algunos de sus ramos más significativos. Comencemos por la noción de lo maravilloso, acuñada por André Breton, de la cual Carpentier será claramente deudor en su propia fórmula de lo real-maravilloso. Para Breton y los surrealistas el mundo tal y como se presenta a la mirada reflexiva de la conciencia

occidental es una ilusión. Tras esa realidad se esconde una realidad mucho más plena: la de los instintos, la libido, el deseo. Aquí es importante subrayar menos una divergencia fundamental entre el surrealismo y el psicoanálisis, la otra gran propuesta que aborda estas dimensiones del alma humana. Si bien ambos reconocen la agencia del deseo en la vida social, para el psicoanálisis la meta es extender el reinado del yo, es decir de las instancias racionales, evitando las consecuencias más desagradables de un exceso de represión. Para el surrealismo, en cambio, la meta es destruir el yo, destruir la conciencia. Por ello no es de extrañar que la mayoría de técnicas surrealistas propongan tanto la destrucción del lenguaje como la ruptura de la noción de obra orgánica proveniente de la tradición estética idealista. Esto queda muy claro en las principales técnicas artísticas propagadas por los surrealistas: la asociación libre de ideas, la intoxicación, el collage, etc...

El surrealismo encarna pues un asalto total a la racionalización y al proceso de civilización occidental. Identifica la liberación con una liberación de los instintos y del deseo, con una destrucción de las instancias racionales que han llevado al individuo europeo a la jaula de hierro weberiana. Ante un mundo donde el sentido se ha evaporado, el surrealismo plantea su recuperación mediante la destrucción de la cultura, o al menos de la cultura como instancia represora de los instintos y la libido.

A pesar de lo anterior, cabe señalar que la radicalidad ineludible del surrealismo europeo delata su propia marginalidad.⁵ Ante la imposibilidad de plantear un camino viable de transformación de maquinarias sociales asfixiantes, termina conformándose con cimentar espacios de resistencia cultural. Pues bien, será precisamente esta retirada de la política cultural del surrealismo hacia un espacio de resistencia reactiva y su gradual absorción en el nuevo orden cultural dominado por la industria de la cultura lo que marcará los límites de la aceptación del surrealismo desde el optimismo nacionalista de escritores como Alejo Carpentier, Miguel Angel Asturias y, en general, de todos aquellos latinoamericanos que transitan por el surrealismo.

Los grandes mediadores

Los nexos de Miguel Angel Asturias y Alejo Carpentier con el movimiento surrealista saltan a la vista y han sido consignados

⁵ Si bien es cierto que a lo anterior se podría contraargumentar la aventura de los surrealistas dentro del PCF, hay que señalar que esta obediencia más a la actividad de ciertos escritores como figuras públicas que a un proyecto de traducir sus ideas en un proyecto político. De allí, que a la larga los surrealistas tuvieron que elegir entre el partido o en seguir suscribiendo sus ideas culturales de vanguardia. El surrealismo, hay que señalar, permaneció siempre como un movimiento de contestación cultural difícilmente traducible en una fórmula política viable en los ámbitos propiamente "políticos" de la sociedad liberal.

abundantemente por la historiografía literaria. Se sabe, en prim lugar, que ambos autores permanecen en París en las décadas de l veinte y los treinta. Pero más importante aún, está demostrada su a liación a los principales círculos surrealistas. Carpentier se encuent muy unido a los círculos disidentes, aquellos que retan la autorid: de Breton. Aparece asociado a nombres como los de Robert Desno Michel Leiris, Henri Michaux, etc... Como evidencia de que el trá sito del joven cubano por el realismo es más que el de un simp espectador partícipe debemos consignar su activa participación i publicaciones surrealistas, haber montado un espectáculo music para Edgar Varèse y su colaboración en un filme de Man Ray.

A esto habría que sumar otro dato importante. Tanto Asturias como Carpentier desarrollaron una intensa labor de periodistas c: turales. A su cargo estuvo mantener al día de la actividad artísti francesa y europea, a los lectores de sus respectivos países.⁶ Se cue tan pues entre los grandes mediadores entre la vanguardia europe y la naciente vanguardia latinoamericana.

Esta peculiar relación entre los escritores latinoamericanos y surrealismo se trasluce ya en los comentarios generalmente posi vos de Asturias hacia el surrealismo:

“Para nosotros el surrealismo representó (y esta es la primera vez que lo digo, pero creo que tengo que decirlo) el encontrar en nosotros mismos no lo europeo, sino lo indígena y lo americano, por ser una escuela freudiana en al que se actuaba no era la conciencia, sino el inconciente. Nosotros el inconciente lo teníamos bien guardadito bajo toda la conciencia occidental. Pero cuando cada uno empezó a registrarse por dentro se encontró con su inconsciente indígena, lo que nos proporcionó la posibilidad de escribir...”

Sigamos citando:

“Es decir, que la escuela surrealista, que ejerce gran influencia en toda la literatura, que es una escuela revolucionaria de grandes poetas, nos ayuda a escribirnos. Siguiendo la teoría de la escritura mecánica, hacemos ensayos de escritura sin vigilancia de la inteligencia. El surrealismo, para los escritores latinoamericanos y especialmente para mí, fue una gran posibilidad de independencia respecto de los moldes occidentales. El surrealismo despertó en nosotros el sentir. Favoreció nuestra tendencia sentir las cosas en lugar de pensarlas.”⁸

⁶ Asturias para *El Imparcial*. Carpentier para *Carteles y el Social*.

⁷ José Luis López Álvarez. *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, Madrid: Magisterio Español, 1974, pág. 80.

⁸ *Ibid.* p. 81

El rasgo más llamativo de estas declaraciones es la relectura en clave nacionalista de la topografía del sujeto freudiano. El inconsciente es lo indígena (en el caso de Carpentier será lo afro-americano), lo conciente, la agencia racional es —aunque Asturias no lo mencione—, lo occidental, lo europeo. Ahora bien, como el surrealismo privilegia lo inconsciente e irracional, proporciona la base para afirmar lo vernáculo como el ingrediente más importante, más real dentro de la cultura latinoamericana. Por otra parte, contribuye también a favorecer la noción de comunidad carismática al privilegiar la comunidad de sentido por encima de organización racional.

Asturias no se ve en la necesidad de interrogar críticamente su relación con el surrealismo. Carpentier, en cambio, lo hace a fondo. De allí saldrá su teoría de lo real maravilloso. Estas críticas giran en torno a dos puntos. En primer lugar, una denuncia la trivialización del surrealismo. Al no trascender el mero escándalo, el desplante, la política de *épater le bourgeois*, el potencial iconoclasta del surrealismo se disipa. Peor aún, acaba siendo absorbido por la industria de la cultura. Al menos esto manifiesta expresamente Carpentier en una entrevista concedida a un periódico venezolano en los años cuarenta:

“Fíjese usted que los procedimientos del surrealismo, transformados en moneda de uso corriente, han pasado a la publicidad, al cartel de propaganda, a la vidriera de las tiendas. Las ‘fantasías’ que usan para adornarse las mujeres de hoy, explotan hasta el infinito los hallazgos de la plástica surrealista. El surrealismo ha quedado despojado de todo su potencial polémico y por lo mismo ha muerto como movimiento”.

La segunda crítica consiste en señalar la inadecuación de los procedimientos surrealistas para hacer aflorar lo maravilloso en la realidad americana. Ello llevará a Carpentier a imaginarse una praxis artística distinta, en la cual lo maravilloso no se entiende ya como una dimensión oculta de la realidad, sino como una fuerza efectiva y operante en un mundo sólo “a medias civilizado”, algo que resultaría invisible sólo para la conciencia de la intelectualidad occidentalizada empeñada en reprimir su faz “bárbara”. Pero oigamos al propio Carpentier:

“En América, el surrealismo resulta cotidiano, corriente, habitual; se le demerita, se le rebaja, se le simplifica, se le reduce a un hecho... Este

9 El Nacional de Caracas, 16 de septiembre de 1945, reproducido en Carpentier, Alejo, *Entrevistas* (ed. Virgilio López Lemus), La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985, pp. 10.

noción, esta seguridad, me llevó a concluir que era mucho más interesante narrar las ceremonias, tradiciones y leyendas de ciertos cabildos negros de Cuba, que buscar, como lo quería Lautréamont, 'la belleza del encuentro fortuito de un paraguas y una máquina de coser, sobre una mesa de disecciones'...¹⁰

Dar cuenta de esa dimensión realista no demanda solamente un praxis de *shock* al estilo de las vanguardias sino una rigurosa tarea de investigación histórica:

"de pronto descubrí que había, precisamente, en todo eso, una maravillosa historicidad que era en definitiva lo que, en mi opinión le faltó al surrealismo.... En el surrealismo, lo fantástico era con mucha frecuencia gratuito, muy bello pero totalmente gratuito, u onírico. Pues bien, yo me encontraba, en la América del Sur y en Haití, ante personajes que se convertían en animales, ante reyes increíbles, ante personajes a lo Lautréamont: y todo esto en el contexto de una época y en el contexto de una veracidad histórica"¹¹

De las dos críticas de Carpentier al surrealismo europeo, la primera se efectúa desde una ventajosa posición retrospectiva y desde diferentes coordenadas geográficas y culturales. Resulta, por lo tanto, a la vez injusta y anacrónica para evaluar el aporte del surrealismo en su etapa "heróica". Mucho más fructífero resulta examinar el segundo punto. Allí se hermanan las preocupaciones estéticas y políticas de Carpentier. Es decir, el impulso de derivar una política de su estética. Esta confluencia se fundamenta en el nacionalismo carismático y el rol que le asigna a la dimensión cultural en la reconstitución de las sociedades latinoamericanas. En una serie de crónicas de sus viajes por el interior de Venezuela encontramos un pasaje bastante ilustrativo del peso que tiene el ideal de la comunidad carismática en el escritor cubano y cómo este culmina en una estetización de la vida primitiva, de lo maravilloso como fuerza operante en la realidad americana.¹² La crónica relata el encuentro del autor con un aventurero español establecido en un remoto paraje de la selva venezolana:

"Tal vez fuera esto, precisamente, lo que buscara en la grandiosa soledad de la Gran Sabana, el pequeño farmacéutico valenciano. Un país sin gobierno, para gobernarse a sí mismo sabia y rectamente. Este

¹⁰ Ibid, p. 19

¹¹ Entrevista con la Radio Télévision Française, reproducida en *Entrevistas*..., p. 92.

¹² "Visión de América. El último buscador de El Dorado", en Carpentier, Alejo, *Crónicas I: arte, literatura, política* (Volumen VIII de las obras completas), México, Siglo XXI Editores, 1985

aventurero que vino caminando en busca de la Leyenda de El Dorado, dejó a sus espaldas, hace más de veinte años, una deleznable realidad de mazmorras, adulaciones y asa fétida, para encontrar, en esta Santa Elena de Uairén, bajo un techo de hojas, junto a la mujer del Génesis, una Utopía a la medida de su vocación misteriosa, de sus anhelos más profundos.”¹³

Una estética de la modernidad periférica

Pasemos a examinar de paso las imbricaciones de lo estético y lo político en lo “real maravilloso”. Algunos críticos han señalado con acierto que la principal diferencia entre el Surrealismo y la estética de lo real-maravilloso ideada por Carpentier radica en que esta última propone una ontología. Lo “real-maravilloso” no pertenece exclusivamente a la obra artística o la experiencia estética sino que es un dato de la realidad misma, del referente real. Así pues, la tarea de revitalizar lo maravilloso como fuerza efectiva viene a ser tarea de un nuevo realismo. Así se comprende también la paradoja que la crítica de la civilización racional acabe por remitir a Carpentier a la historia, pero no sólo a los hechos históricos sino al oficio mismo de historiar.

Lo paradójico del caso, sin embargo, no termina allí. Es importante insistir en que la ontologización de lo maravilloso tiene una fuerte inspiración irracionalista. Deriva de las filiaciones del nacionalismo carismático con el pensamiento antimoderno europeo, especialmente de la noción de alteridad radical entre las culturas y las civilizaciones presente en las teorías de Oswald Spengler. En consecuencia, al aplicar al pie de la letra tales teorías a estas latitudes tendríamos una América que sería *en sí*, en su esencia fundamental e ineludible, distinta a Europa. Esta afirmación entraña sus beneficios y sus riesgos. Por un lado, es condición de posibilidad del reconocimiento de la heterogeneidad cultural latinoamericana, especialmente la que proviene de grupos sociales históricamente marginados de los proyectos de civilización emprendidos por las élites. Pero, por otra parte, esta afirmación puede revertirse como argumento a favor de irracionalidades injustas que también forman parte de nuestra realidad. Es decir, esta política de la alteridad radical no sólo nos deja inermes para una crítica del autoritarismo, las desigualdades sociales y, en suma, de la irracionalidad imperante en nuestras sociedades; sino también abre las puertas a una celebración de estas mismas con-

¹³ *Ibid.* pp. 199-200

diciones como constituyentes de “lo nuestro”, de nuestra “identidad”. Aquí radica la dimensión más negativa de la política de lo real maravilloso, dimensión que se acentúa más en las versiones degradadas del realismo-mágico, cuando este pasa ser una manifestación más de la envoltura exótica con que la industria editorial presenta nuestra literatura en el mercado global de los bienes culturales.

Es posible, sin embargo, extraer consecuencias más positivas congruentes con las aspiraciones emancipadoras de los primeros interlocutores latinoamericanos del surrealismo. Antes se había señalado que la modernización latinoamericana choca con aspectos fundamentales de estas sociedades. Uno de estos aspectos es su composición social diversa, manifiesta en una heterogeneidad cultural inagotable. Este rasgo de sociedades “atrasadas” y periféricas ha sido explicado por el filósofo alemán Ernst Bloch en su concepción de la asincronicidad. Con este concepto, se intenta dar cuenta de la coexistencia de distintas temporalidades (experiencias sociales de tiempo) en las sociedades en proceso de modernización.

Ahora bien, la perspectiva eurocéntrica de la historia ha tendido siempre a valorar ese fenómeno negativamente: a reducirlo a Barbarie. Excepción a la regla son pensadores como Ernst Bloch y el filósofo peruano Aníbal Quijano, quienes nos ayudan a reinterpretar la asincronicidad bajo una luz distinta.¹⁴

Como punto de partida esta nueva lectura insiste en que la coexistencia de distintas mentalidades y temporalidades no implica que estas se sitúen fuera de la historia. Todas ellas son inescapablemente contemporáneas. Es decir representan distintos modos de adaptarse y resistir a la modernización. En segundo lugar, hay que notar que el hecho de que un colectivo opere gracias a dinámicas distintas a las de el proceso de racionalización de Occidente no lo convierte automáticamente en irracional o arracional. Antes bien, puede darse casos donde exista una racionalidad alternativa al tipo de racionalidad instrumental que ha imperado en Occidente. En este caso se basa por ejemplo la política de reivindicación de las culturas populares de los nuevos movimientos sociales y la Teología de la Liberación. En culturas marginadas de la Civilización perviven todavía de manera efectiva elementos añorados por el nacionalismo carismático tales como la solidaridad, la racionalidad comunicativa etc... Esta es precisamente la dimensión de la realidad que la estética de lo real-maravilloso ha hecho visible y allí radica su gran aporte a la cultura contemporánea.◆

¹⁴ Quijano, Aníbal. “Modernidad, identidad y utopía en América Latina” en Lander, Edgardo (Ed.), *Modernidad y Universalismo*, Caracas Nueva Sociedad, Unesco, Rectorado de la U. Central de Venezuela, 1991

Giovanni —Juan— Aberle (1846-1930)

Carlos Cañas Dinarte

El minucioso recuento de la trayectoria vital y artística del autor de la música del Himno Nacional, llevado a cabo por el investigador Carlos Cañas Dinarte, nos aporta información invaluable sobre las circunstancias propias de la vida cultural de El Salvador hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

Para Claudia, Ángel,
Germán y Walther, con amistad.

Giovanni E. Aberle Sforza —conocido en El Salvador por la traducción castellana de su nombre: *Juan*— nació en la ciudad de Nápoles, Italia, el 11 de diciembre de 1846, en el hogar formado por el caballero alemán Heinrich Aberle y la ciudadana milanesa Angela Sforza.

Aunque datos concretos sobre su infancia y adolescencia me son todavía desconocidos, sí puedo afirmar que el 15 de agosto de 1863 entró al Real Conservatorio de Nápoles, donde estudió en contra de la voluntad de sus padres, quienes esperaban destinarlo para una profesión menos soñadora.

En tan importante centro europeo del arte musical, el joven Aberle estudió piano y violín con Claudio Conti, Benjamín Cesi, Fernando Ponti y José Porre, mientras que los conocimientos de Ciencias y Letras le fueron proporcionados por el padre Esteban del Giudice.

En París, durante una escala de su viaje a América, fue atendido y recibido por el compositor Rossini .

Como puntos determinantes de toda su carrera musical, sus estudios de armonía y composición fueron realizados bajo la tutela de Pablo Serrao y de Saverio Mercadante (1795-1870), invidente autor de la ópera *El juramento* y de otras famosas piezas, quien notó y alentó las dotes musicales de su estudiante.

En 1864, Aberle compuso la letra y música de la obra *Jerusalem*, que fue interpretada en una ocasión especial por la orquesta de los alumnos del conservatorio y muy elogiada por sus mentores y público asistente al acto, lo cual le sirvió de punto de apoyo para que al año siguiente lo nombraran segundo director de esa orquesta napolitana.

En 1866 fue nominado *Primer alumno* del conservatorio, institución de la que se graduó —con honores— como maestro concertador y director de

orquesta el 21 de agosto venidero.

Durante sus meses de estudiante, compuso dos misas, un dixit y un *Te Deum*, trabajos que fueron interpretados por sus propios condiscípulos en la Iglesia de San Pedro de su ciudad natal.

Una vez concluidos su instrucción académica y formal, el gobierno ciudadano lo contrató como director de música del Segundo Regimiento de Infantería de Marina, cargo que no logró satisfacer sus inquietudes artísticas, por lo que decidió emigrar a América.

En una escala de su viaje, pasó por la ciudad de París, donde fue recibido y atendido en su casa por Rossini, a quien Mercadante había dirigido una carta anticipada, en la que le anunciaba la llegada y las cualidades musicales —amplia memoria y facilidad para la composición— de su querido alumno.

En 1867, Aberle llegó a New York, ciudad estadounidense de inmigrantes donde se desempeñó como director del Gran Teatro de la Opera, acompañó a la célebre *prima donna* Clara Luisa Kellog y cumplió con sus labores de organista y maestro de la capilla de la Iglesia de la Epifanía. En esta institución religiosa compuso misas, salmos, motetes y otras piezas breves de música sacra. Años más tarde, la Sociedad Filarmónica de New York lo nombró su vicedirector honorario.

En 1868, en el Teatro de la Opera se verificó la puesta en escena de *Love and War*, pieza de Aberle en cuatro actos inspirada en el libreto escrito por la poetisa estadounidense Katherine Adams,

xito que se repitió al año siguiente con la ejecución de la acción mímica en tres actos titulada *Flick Flock*.

Durante su período neoyorquino, Aberle dio a conocer al público veintidós fantasías para piano, dos cuartetos y un quinteto para instrumentos de cuerda, tres oberturas, catorce colecciones de vals (o *walses*, como se acostumbraba a escribir el término en esa época), ocho polcas y cuatro mazurcas para orquesta, algunas de cuyas piezas ya eran conocidas y danzadas en Centro América antes de la llegada de su autor por estas tierras.

En 1870, Aberle abandonó New York y se marchó en una gira artística con la compañía de ópera de Egisto Petrilli, con la cual llegó a Guatemala, el 5 de junio de 1871. Disuelta la compañía por problemas financieros, el director de orquesta tomó la decisión de establecerse en la otrora capital de la Capitanía General de Centro América, uno de cuyos teatros le sirvió para el montaje de su ópera en cuatro actos *Conrado di Monferrato*, estrenada en 1872.

Afincado en Guatemala, Aberle presentó en 1874 su zarzuela en tres actos *Galanteos en Venecia*. En este período también se dedicó a fundar el Conservatorio Nacional de Música de Guatemala, a dirigir la Escuela Filarmónica de la ciudad capital y a escribir más piezas musicales, entre las que cabe mencionarse una sinfonía y varias fantasías y vals para orquesta.

Giselda, acción mímica en tres actos, fue uno de los últimos trabajos que puso en conocimiento del público chapín, pues a inicios de 1876 se hizo cargo de la dirección orquestal de la itinerante Compañía de Opera Italiana —dirigida por el empresario y tenor Hércules Pizzioli—, que efectuaba su gira por Centro y Sur América.

En ella participaban las *prime donne* Ercilia Cortesi, Emilia Rosemberg y Anastasia Romero, los primeros tenores Carlos Bulterini y Pizzioli, el barítono Guillermo Murri, el primer bajo Enrique Rossi-Galli, el caricato Eduardo Papini, el comprimario bajo Alejandro Giametti —casi todos ya intérpretes en la Scala de Milán—, y los bailarines Catalina Cerso y Eugenio Casati. Así fue como, por el puerto de La Libertad, llegó Aberle a El Salvador el 5 de junio de 1876.

Con ese elenco y el apoyo de Alfonso Méndez (director de ambos coros), Abel Peña (director de escena), Heinrich Drews (invitado como primer violín de la orquesta) y el sastre Eulogio Mejía la compañía debutó en el tablado del anterior Teatro Nacional

con la presentación de *Lucia di Lamermoor*, de Donizetti, representada en la noche del viernes 28 de julio de 1876.

Los boletos de esa función inicial y las siguientes fueron vendidos por adelantado en la casa comercial Dorner y Cía., situada sobre la calle del Calvario, a una cuadra al oriente de la iglesia católica homónima y contigua al establecimiento farmacéutico del prusiano Otto von Niebecker. Para el cronista anónimo de la *Gaceta Oficial* (tomo 1, No. 57, sábado 29 de julio de 1876), aquella noche de estreno “los artistas llenaron cumplidísimamente su misión; y no e balde llegan a esta capital precedidos de una reputación acreditada’ mas no fue de su entera satisfacción el trabajo de Aberle, pues calificó a la ejecución orquestal como “regular”.

Aberle participó en las sucesivas representaciones de más ópera de Verdi y Donizetti, al igual que en la función nocturna extraordinaria del martes 12 de septiembre de 1876, llevada a cabo en el desaparecido coliseo a beneficio de la reconstrucción del cementerio general de San Salvador, construido en 1849 y devastado por el mismo de San José, en marzo de 1873.

Gracias a los vínculos de la alta sociedad de la época, pronto el maestro concertador entabló amistad con el gobernante salvadoreño, el doctor Rafael Zaldívar, quien lo alentó para que abandonara sus andanzas y se estableciera definitivamente en el país, al igual que lo hizo Pizzioli, posterior propietario del renombrado *Gran Café Central*. Dicha oferta presidencial fue formalizada en diciembre de ese mismo año, gracias al acuerdo gubernativo (*Diario Oficial* No. 177, tomo 1, pág. 737) por el cual se contrató a Aberle para que, por setenta pesos mensuales, dirigiera las Bandas de Música Militar de los departamentos de La Libertad —Banda Marcial No. 2, con sede en Nueva San Salvador— y Santa Ana, cuerpos para los que componía más de doscientas piezas breves, una de ellas titulada *Recuerda de Norma*.

Sin embargo, el desempeño de esos cargos públicos requería que su detentante tuviera un grado militar, por lo que Aberle tuvo que ser nombrado teniente coronel efectivo del ejército salvadoreño en los inicios del siguiente año, cuyo último día lo vio fungir como director general, maestro concertador y pianista acompañante en el concierto vocal e instrumental realizado a favor del hospital capitalino de las casas de huérfanos de San Salvador y Santa Tecla.

A comienzos de 1879, el presidente Zaldívar le encomendó al poeta y coronel Juan José Cañas la elaboración de la letra de u

himno nacional salvadoreño, que sustituiría al que el médico, abogado, periodista e impresor Tomás M. Muñoz dedicó al presidente licenciado Francisco Dueñas en 1866.

La parte musical de esta nueva composición patria le fue encargada al Maestro Aberle, quien desarrolló su tarea con prontitud y eficiencia, bajo los árboles de una propiedad suya ubicada sobre un terreno de la antigua calle que conduce a Mejicanos. Por desgracia, la partitura original de ese trabajo cívico se encuentra perdida en la actualidad, aunque lo más probable es que haya sido destruida por las llamas que consumieron el pretérito Palacio Nacional y Archivo General de la Nación, en la noche del 19 de noviembre de 1889.

Para el estreno de ese himno, el profesor G. Muny dedicó tres meses para enseñarles a los escolares capitalinos la letra y melodía de dicha composición patria, según refiere el periódico salvadoreño *La Nación*, en su tirada del 10 de septiembre de 1879.

El *Himno Nacional* de Cañas y Aberle se cantó por primera vez en explanada del anterior Palacio Nacional, en la mañana del 15 de septiembre de 1879, ante los principales dirigentes del Estado, invitados especiales y público capitalino que festejaban la emancipación centroamericana.

Por estas mismas fechas, Aberle ejecutó su marcha para dos bandas militares *Independencia* y el comentadísimo *Himno a Arturo Prat* —capitán del hundido buque de guerra chileno *Esmeralda*—. La autoría literaria de esta última pieza corresponde a Juan José Cañas, misma que reproduzco del número 16 de la publicación mensual sabatina *El Pueblo* (San Salvador, 27 de agosto de 1879):

Himno a Prat
el héroe del 21 de mayo de 1879

*Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete futuro esplendor
Eusebio Lillo*

Coro
*De Mavorte la trompa dedique
Mientras pueden los siglos correr*

*Sus acentos al héroe de Iquique
Que ha sabido a la muerte vencer.*

I

Como el sol que los orbes alumbra
Suspendido en excelsa región,
Así Prat hoy del mundo deslumbra
Con su gloria la vasta extensión.

Y su noble imponente figura
Gigantesca se ve superar
De los astros la incógnita altura,
Y es su peana el Pacífico mar.

II

Es su acero una viva centella
Que a la sombra se ve relucir
Del sin par tricolor de la estrella
Cuyo lema es *triunfar o morir*.

Y cumplió tan tremenda consigna
Con jamás ni aun soñada altivez;
Cual su acción, no hay ninguna más digna
De alcanzar en la historia alta prez.

III

Son pigmeos los héroes de Homero,
Los Titanes pigmeos también...
No hay guerreros ante este guerrero
Que por él eclipsados no estén.

No hay anales que guarden ejemplo
De un tan raro y sublime valor
Como el que hoy tiene el mundo por templo
Y a estos héroes de escolta de honor.

IV

¿Quién cual Prat sobre un frágil madero
 Podrá nunca su pecho oponer
 A las furias de un monstruo de acero
 Que reparte la muerte doquier?

Solo a Prat tanto horror no le arredra
 Ni conmueve su gran corazón,
 Que es más firme que el hierro y la piedra
 Al perpetuo tronar del cañón.

V

Defendiendo la heroica "Esmeralda"
 Con arrojo y tesón sin igual,
 Forma de ella su propia guirnalda
 Al lanzarse a la vida inmortal.

Y por masas de fuego alumbrado,
 A la gloria, de un salto subió
 Cuando el mismo coloso humillado
 De escalón nada más le sirvió.

VI

¡Gloria eterna al marino indomable
 Cuyo nombre rodeó de esplendor
 Al hacerlo el emblema admirable
 De lealtad, patriotismo y de honor!

Con la actual, las edades futuras
 Asombradas de tanta virtud
 "Tú, dirán, que en los tiempos fulguras
 Como un sol sin ocaso, ¡Salud!".

En la madrugada del 12 de octubre de 1879 murió en San Salvador el joven nicaragüense Fidel Guerra Avilés, sobrino y protegido del Dr. Zaldívar y de su esposa, Sara Guerra de Zaldívar. Ante ese luto, y próxima la fecha de su cumpleaños, el presidente y su consorte optaron por salir de la ciudad y refugiarse en la localidad

de San Andrés, en el vecino departamento de La Libertad.

Pese a que no pudo oírlo en la ocasión propicia, el himno que la batuta y notas de Aberle le dedicaron al Dr. Zaldívar fue bien recibido por la ciudadanía en general, según anotan las noticias de la época. Los versos de ese canto de ocasión —escritos por el joven vate nicaragüense Román Mayorga Rivas— fueron interpretados por la visitante Compañía Infantil Mexicana y difundidos por medio de hojas volantes y publicaciones periodísticas, entre las que se encontraba *El Pueblo* (No. 25, 24 de octubre de 1879):

Al Presidente del Salvador
Doctor Rafael Zaldívar
 (24 de octubre de 1879)

Coro
 ¡Hoy se escucha del pueblo el acento
 De Zaldívar cantando el natal
 Y su gloria que en alas del viento
 Sube al cielo cual himno de paz!

Este pueblo abnegado y heroico
 Un saludo entusiasta dirige
 Al preclaro patriota que rige
 Sus destinos con gloria y honor.
 Y al rendirle tan justo homenaje
 Un mandato del alma obedece;
 De la patria en las aras le ofrece
 Su más firme y constante adhesión.

Coro
 Gratitud y adhesión, gloria eterna
 Ha alcanzado Zaldívar doquiera
 Tremolando la augusta bandera
 Del Progreso, el Trabajo y la Unión.

A su sombra los pueblos encuentran
 Del derecho y la ley los baluartes,
 Y florecen las Ciencias, las Artes,
 Y palpita con fe el corazón.

Coro

Con justicia hoy el pueblo gozoso
 Un saludo a Zaldívar envía
 Al lucir en el cielo este día
 Con más bellos fulgores el sol.
 Y hace votos al cielo pidiendo
 Que su vida dichosa y serena
 Se deslice, entre tanto que suena
 El clarín de la Fama en su loor.

En la noche del 28 de julio de 1880 y ante los balcones de la casa presidencial, los noventa integrantes de las bandas militar, de guerra y de los Altos Poderes —dirigidas respectivamente por Aberle, Serra y Drews— le brindaron una retreta musical al presidente Zaldívar, evento que constó en su mayoría de piezas compuestas por el músico italiano.

Como premios y estímulos por ese agasajo y por los servicios desempeñados al frente de sus bandas, a Giacomo Serra le fue duplicado su reducido salario y al Maestro Aberle se le otorgó el ascenso al grado de coronel.

Pese a ser considerado por los reporteros y cronistas del momento como “un artista inteligente y laborioso” (*Diario Oficial*, San Salvador, 30 de julio de 1880), el maestro alemán Heinrich Drews fue excluido, de manera inexplicable, de dichos favores del mandatario. Sin embargo, gracias a un decreto oficial, la Banda de Guerra será suprimida en mayo de 1884, con el fin de destinar más recursos y personal a la agrupación dirigida por el músico germano.

Ese mismo año de 1880, se produjo en la ciudad de Santa Ana la puesta en escena de su zarzuela *El gran maestro*, oportunidad que fue exaltada por los versos del poeta y banquero salvadoreño Calixto Velado, recogidos en su libro *Arte y vida* (San Salvador, 1922). Además, compuso un *Himno patriótico* —con letra del malogrado poeta y crítico literario Antonio Guevara Valdés (1845-1882).

En 1882, la Sociedad Literaria La Juventud incorporó a Giovanni Aberle como miembro honorario.

Con motivo de la tercera velada de la Sociedad “La Juventud”, desarrollada el 15 de febrero de 1880, el napolitano arregló, dirigió y tocó el piano en algunas de las escenificaciones grandes del *Dúo a dos pianos sobre Eurianthe* (de Lisberg), *Fantasia sobre Favorita* (de Vilbac), *Fantasia de concierto a dos pianos* (de Liszt), *Escena y dúo de la ópera Vestale* (de Mercadante) y *Capricho de concierto sobre El trovador* (de Verdi y Aberle).

Para esos puntos del acto lírico-musical, Aberle contó con la colaboración vocal y pianística de las señoritas Guadalupe Angulo, Angela Andrade, María Zaldívar, Julia y Gertrudis Guirola y de la señora Dolores Pérez de Trabanino.

El 15 de marzo de 1882, el número 20 del periódico *La Palabra* publicó el poema titulado “Al

artista Juan Aberle”, escrito por una fémina oculta tras el seudónimo Beatriz y en el que, de manera vaga, se menciona el fallecimiento de Laura, una hija del músico napolitano de la que no cuento con ningún otro elemento biográfico de interés.

Esa misma fecha, y con motivo de la develación de la estatua del General Francisco Morazán en la plaza del mismo nombre —construida en 1882 al norte del primer Teatro Nacional, incendiado en 1910—, su *Marcha a Morazán* fue declarada de importancia nacional. Años más tarde, en su edición del 8 de marzo de 1898, el *Diario del Salvador* recordará esta pieza y la recomendará como marcha de honor digna de ser ejecutada en ceremonias oficiales.

Poco tiempo después —en dos de sus breves estadías en la ciudad de San Salvador— compuso las misas de réquiem que fueron interpretadas en la antigua Catedral Metropolitana, durante las respectivas exequias de las señoras de Ojeda y Dolores Zaldívar de Aguilar. Como marcada por sino adverso, esta otra hija del gobernante salvadoreño de turno —casada con Tomás Aguilar el 25 de enero de 1880— murió el 5 de mayo de 1882 y fue sepultada siete días más tarde. Su hija primogénita, María Sara, sólo la sobrevivió hasta el mes de septiembre siguiente. Dos años después, Dolores, su otra descendiente, también será segada por la inmensidad de la muerte.

La Sociedad Literaria “La Juventud”, con sede en San Salvador, lo incorporó como miembro honorario, de tal suerte que, en la edición del 1 de junio de 1882, su revista publicó un artículo de cuatro páginas titulado *La música árabe-persa*, escrito por él y dedicado a su amigo, el escritor ecuatoriano Federico Proaño (1848-1894).

Desde antes de su admisión, como ya pudo advertirse, Aberle se venía encargando de la dirección musical de los recitales de dicha institución artístico-literaria, que —como apunte interesante— admitía mujeres como parte de su plana de miembros activos, con lo que revelaba su espíritu de progreso. En algunas de esas reuniones ocasionales, el coro masculino y las lecturas poéticas estaban a cargo de los jóvenes escritores modernistas Rubén Darío, Francisco Gavidia, Vicente Acosta, Román Mayorga Rivas, Carlos Arturo Imendia y otros.

Así, en la velada cívico-cultural del 15 de septiembre de 1882, desarrollada en el Teatro Nacional por los miembros de la Sociedad “La Juventud”, los jóvenes vates nicaragüenses Darío y Mayorga Rivas leyeron un poema de amor dialogado. Dicho trabajo fue acompañado por música de fondo —a manera de melopeya— interpretada por los maestros Aberle y Rafael Olmedo (nacido en San José Guayabal en 1842 y fallecido en San Salvador el 14 de junio de 1899), a quienes les fue dedicada la siguiente estrofa de esa recitación al alimón:

La guitarra castellana,
el son de la guzla mora
y la cuerda vibradora
del dulce Aberle y de Olmedo,
traducen en ritmo ledó
de amor la voz seductora.

Además, esa noche Darío leyó un soneto dedicado a Aberle, que apareció publicado el día 22 en la ya mencionada revista *La Juventud*:

Giovanni Aberle

En este edén del mundo americano
Do te trajeron procelosos vientos,
No escuchar te entristece los concentos
Y armonías de aquel suelo italiano.

Calla, que cuando tú mueves la mano
Y notas das a los favonios lentos
De tu *ITALIA* se escuchan los acentos
En las cuerdas sonoras de tu piano.

A él corre, pues, alegre y placentero:
 La gloria del artista no es un mito,
 Y al cruzar de la vida en el sendero,

Tiene sólo un ideal, ideal bendito,
 Una patria, mi hogar, el mundo entero,
 Y una contemplación: ¡el Infinito!...

Como otra fase de su mente talentosa e inquieta, el 15 de mayo de 1883 Aberle inició las impresiones de los números quincenales de su revista *La Ilustración Musical Centro-Americana*, publicación de gran formato y nítida tipografía en la que no sólo proporcionaba grabados y notas biográficas de destacados músicos del istmo y del mundo, sino también transcripciones de las partituras de obras musicales propias y ajenas, regionales e internacionales.

Intérprete con Drews y Olmedo en la fiesta de bodas de Sara Zaldívar con Francisco Aguilar, tuvo ocasión de acompañar a esta pareja, desde la lejanía, en el luto que les produjo el fallecimiento de su pequeña Matilde, ocurrido en París el 24 de mayo de 1884. Después, Aberle, Petrilli y Olmedo dirigieron la parte musical en el programa de celebración del santoral de doña Pía Zaldívar, consorte del impresor y educador Francisco Mendiola Boza, desarrollado en su casa de habitación a partir de las ocho de la noche del miércoles 11 de julio de 1883.

Gracias a nuevo encargo hecho por el presidente Zaldívar, Aberle compuso la parte musical de un *Himno a Bolívar*, interpretado en el antiguo Teatro Nacional por la señora Linda Brambilla y los escolares de los colegios capitalinos de ambos sexos, como parte de la jornada lírico-literaria desarrollada en las celebraciones nacionales dedicadas al prócer suramericano.

El texto de ese canto, escrito de Rubén Darío, fue publicado por el poeta hondureño Froylán Turcios (revista *Ariel*, 71, San José, Costa Rica, agosto de 1940) y por el investigador José Jirón Terán (*La Prensa Literaria*, Managua, sábado 8 de octubre de 1977):

¡Gloria al genio! A la faz de la tierra
 de su Idea corramos en pos,
 que en su brazo hay ardores de guerra
 y en su frente vislumbres de Dios.
 ¡Epopéya! No pinta la estrofa

del gran héroe la espléndida talla,
 que en su airoso corcel de batalla
 es su escudo firmeza y verdad.
 Y subiendo la cima del Ande,
 asomado al fulgor infinito
 coronado de luz lanzó un grito
 que resuena doquier ¡Libertad!

En esa misma ocasión patriótica, Darío recitó su oda A Bolívar, en tanto que el señor Petrilli, la señorita Sordelli y estudiantes salvadoreños ejecutaron el *Himno Nacional* de Cañas y Aberle. El músico napolitano interpretó al piano —acompañado a dúo por la señorita Angela Andrade— la obertura *Guillermo Tell*, de Rossini.

Meses más tarde, Aberle fue contratado como maestro director y concertador de la compañía de ópera italiana que formaron en San Salvador la prima donna soprano Elisa D'Aponte, el barítono y empresario Egisto Petrilli, el tenor Michelangelo Benfratelli, el bajo Giovanni Citri y el maestro de coros Arturo Morini. En la gran sala del anterior coliseo citadino, esta nueva empresa presentó, como elementos de su programa de los días 16, 20, 25 y 27 de septiembre de 1883, óperas como *La Traviata*, *Hernani* y *Favorita*.

Por desgracia, y aunque Aberle, “de inteligencia musical conocida, estuvo a su altura”, las asistencias del público fueron muy reducidas y las representaciones duramente atacadas por la revista teatral del periódico capitalino *La República*.

A la par de su trabajo editorial, Aberle continuó con sus trabajos musicales y con sus tareas burocráticas como administrador general del cementerio capitalino (1884) y mayordomo de las fiestas agostinas dedicadas al Salvador del Mundo (1885). Pero la carga laboral le fue excesiva y, el 24 de septiembre de 1886, se vio obligado a renunciar a la dirección de la Banda Militar de Santa Ana.

A mediados de 1890, y como producto del malestar intelectual y social que causó el golpe de Estado dado por los hermanos Carlos y Antonio Ezeta al Gral. Francisco Menéndez, Aberle retornó a Guatemala. Allí, el presidente de turno, el general Barillas, lo contrató para que se hiciera cargo de la dirección de la Banda Militar de la capital, que ejecutaba conciertos en la Plaza de Armas y la Plazuela de La Concordia.

En esas presentaciones públicas, Aberle tuvo ocasión de dar a conocer sus fantasías *Baile de máscaras*, *Juramento*, *Ruy Blas*, *Luisa*

Miller, Traviata, las series de valsos *Ensueños y Vértigos*, el paso doble *¡A la victoria!* y las grandes variaciones para concierto de *La Marsellesa*.

El sucesor de Barillas en la jefatura del gobierno guatemalteco, el general Reina Barrios, nombró a Aberle director del Conservatorio Nacional, el mismo centro educativo que el compositor italiano había fundado años atrás. Por su parte, la Sociedad Económica del vecino país lo acogió como socio y la Filarmónica Nacional lo designó su presidente, director, benemérito del arte y protector.

Como secuela del golpe ezetista, el "himno de los Juanes" fue sustituido por un acuerdo gubernamental del 3 de junio de 1891, que dejaba establecido como canto patrio a *El Salvador libre*, escrito y musicalizado por el italiano Cesare Giorgi-Velez.

Esa composición estaba dedicada al ejército salvadoreño y solo fue interpretada mientras duró el gobierno de los hermanos Carlos y Antonio Ezeta, derrocado en 1894 por la revolución "de los 44" que —desde Guatemala y Santa Ana— fue encabezada por el general Rafael Antonio Gutiérrez, bajo cuyo régimen presidencial se volvieron a entonar —de hecho, mas no por derecho— las notas del himno de Cañas y Aberle.

Ya de cuarenta y cuatro años, y sin haber abandonado sus ocupaciones en la capital chapina, el maestro napolitano decidió casarse con Gertrudis (Tula) Pérez Cáceres, de 34 años y originaria de Ahuachapán. La ceremonia de enlace tuvo lugar en la Catedral de Santa Ana, pero las múltiples faenas y la distancia impidieron que el novio estuviera presente en la nave central del templo, por lo que tuvo que ser representado por Manuel Pacas, su amigo y padrino.

Una vez reintegrado al suelo salvadoreño, Aberle y su esposa establecieron sus lugares de residencia conjunta en las ciudades de Santa Ana y San Salvador. En esta última, su asiento familiar estaba ubicado en la Quinta Aberle, predio hoy ocupado por la Embotelladora La Cascada.

Aberle y doña Tula procrearon cuatro hijos y una hija: el subteniente Ricardo —aviador que murió en las pistas del aeropuerto (entonces aeródromo) de Ilopango en 1926—, el coronel Juan Enrique (jefe de la Maestranza e Inspector General del Ejército, fue fusilado el 7 de junio de 1928, tras la fallida intentona golpista contra el presidente Dr. Pío Romero Bosque), mayor Humberto (que llegó a ser director de la Aviación Nacional), Miguel Ángel y Virginia.

Para esos momentos, los ingresos de Aberle provenían de las labores de director que desempeñaba en la Escuela de Música y Canto —fundada en el inconcluso segundo Teatro Nacional— y de las clases particulares de piano que proporcionaba a señoras y señoritas de lata y media sociedad capitalinas.

Dado que ni Cañas ni Aberle habían recibido ningún tipo de pago por la letra y música del Himno Nacional, la Asamblea Nacional emitió un decreto el 9 de abril de 1902, por medio del cual se les otorgaba una medalla de oro a cada uno. Esta recompensa se hizo efectiva el venidero 15 de septiembre, cuando el presidente de la república, general Tomás Regalado, les hizo entrega de las preseas, en las que también se incluyó al maestro Drews, que por 25 años había dirigido la Banda de los Altos Poderes.

Invitado a las festividades del centenario de la Sociedad Musical de Guatemala, escribió y donó para esa ocasión una *Misa de gloria*, interpretada el 21 de julio de 1913 en la *Fiesta de los músicos* desarrollada en la plazuela del templo de La Merced. Al día siguiente, la pluma de Víctor Miguel Díaz hizo aparecer un artículo laudatorio —“Juan Aberle”— en el *Diario de Centro América*, de la capital guatemalteca.

A este homenaje se sumaron el concierto que le fue ofrecido en la casa del Lic. Salvador Falla el día 23 —cuando Julia Falla y los maestros A. Donis y D. Gaytán ejecutaron el *Gran trío para piano, violín y cello*, de Aberle— y la degustación de piezas ligeras y de baile que se llevó a cabo en el Hotel España el día 25.

Poco tiempo antes de la muerte de Drews (San Salvador, 11 de febrero de 1916), su compatriota Karl Malhmann se hizo cargo de la jefatura de la citada banda, aunque pronto tuvo que abandonar el puesto, pues se marchó a combatir a la Primera Guerra Mundial. Así las cosas, el gobierno contrató al Maestro Aberle para que dirigiera dicho cuerpo musical —conocida varios años después como Orquesta Sinfónica de los Supremos Poderes—, batuta que ostentó entre 1915 y mayo de 1922, cuando fue sustituido por Paul Müller, subsargento mayor alemán y maestro director graduado de la Academia de Música de Berlín.

En alusión a ese nombramiento, los editores de *El libro azul de El Salvador* (1916) le dedicaron a Aberle la página 163 de esa obra bilingüe, en la que puede leerse: “No han bastado luengos años de

*Ni Aberle ni Cañas
habían recibido
ningún tipo de pago
por la letra y música
del Himno Nacional.*

existencia a apagar en ese espíritu superior el divino fuego del arte, y allí tenéis al insigne maestro dirigiendo la Banda de los Altos Poderes de El Salvador, con el mismo entusiasmo de los tiempos en que se iniciaron sus éxitos, conduciendo al selecto cuerpo de banda a él encomendado, por la senda de la perfección, amparado por su talento y estimulado eficazmente por el público”.

Con ocasión del cincuentenario de su graduación como músico y director, el gobierno y la sociedad salvadoreña le tributaron una apoteosis el lunes 21 de agosto de 1916.

Esa noche, una parte del comité organizador del acto pasó por él y su esposa a su casa, a fin de llevarlos al céntrico Teatro Colón, donde se desarrolló la velada conmemorativa. Este sitio de conciertos estaba situado en la manzana oriental del Parque Bolívar —hoy Parque Barrios o Plaza Cívica— y era muy utilizado debido a la carencia del antiguo Teatro Nacional de madera y lámina, devastado por las llamas en 1910.

El discurso de estilo de esa jornada estuvo a cargo del literato y orador Dr. David J. Guzmán, trabajo que fue reproducido en su totalidad por el *Diario del Salvador*, de Román Mayorga Rivas, en su edición dominical del 27 de agosto siguiente.

Tal y como lo consignan los periódicos y revistas del momento, el homenaje se vio concretizado cuando el presidente Carlos Meléndez y su esposa, Sara Meza de Meléndez (unidos en matrimonio en la ciudad de Santa Ana el 12 de mayo de 1896), le entregaron a Aberle una medalla de oro y ciñeron sus sienes con una corona de laurel, mientras la cúpula del teatro vibraba con una diana ejecutada por la Banda de los Supremos Poderes.

A continuación, una selecta orquesta, compuesta por la crema y nata de los músicos nacionales, ejecutó *Amoris Dea*, de Aberle, bajo la dirección del maestro italiano Antonio Gianoli, interpretación que fue seguida por la de la Banda del Primer Regimiento de Infantería (institución castrense que estaba asentada en el actual Mercado Ex-Cuartel o de Artesanías), dirigida por el español Pedro Ferrer Rodrigo, que ejecutó *El trovador* (1853), de Verdi.

De nuevo, la orquesta lanzó a la acústica del Colón el tema de La coronación (obertura sobre motivos del *Himno Nacional de El Salvador*), que fue dirigido por su autor, el maestro Alas, quien tam-

En el homenaje de su cincuentenario de su graduación como músico fue orador el Dr. David J. Guzmán.

bién tuvo bajo su batuta a las Bandas de los Supremos Poderes y de Sonsonate para la ejecución de *El poeta*, de Aberle.

Trío, composición del músico napolitano para piano, violín y celo, fue interpretada por Ángel Esquivel de López, Francisco López y Rafael Olmedo h. Acto seguido, un *Salve Regina*, de Aberle, fue cantado por Carolina Gianoli-Galletti, con acompañamiento orquestal dirigido por su padre, quien también guió a la Banda de los Supremos Poderes en la ejecución de Don Carlos, gran fantasía de Aberle inspirada en el tema de Verdi (1867).

Como el acto no terminaba y ya estaba entrada la madrugada del día martes 22, los organizadores de la fiesta del anciano napolitano se vieron en la necesidad de suprimir los dos últimos números del programa musical.

Con todo, la actividad y energía de Aberle no claudicaban ni decaían, lo que lo llevó, incluso, a presidir la primera junta directiva de la Liga Nacional de Tenis, instalada el 18 de mayo de 1924.

En 1927, murió su esposa Tula. En la noche del 27 de mayo de ese mismo año, el cuarteto de la radioemisora oficial A. Q. M. (siglas del presidente Alfonso Quiñónez Molina) dedicó un programa especial para la divulgación del poema musical *Recordando a mi hijo*, escrito por Aberle en el primer aniversario de la muerte de su vástago aviador, Ricardo.

El 22 de julio siguiente, la municipalidad capitalina y varias entidades cívico-culturales realizaron la convocatoria a la justa literaria de los Juegos Florales Femeninos, que —en ocasión de las fiestas libertarias de septiembre de 1927— tuvieron la finalidad de honrar a Cañas y Aberle, creadores de la letra y música del himno patrio.

A las 8: 30 p. m. del viernes 16 de septiembre de 1916, se levantó el telón del Teatro Principal (actual predio de la Lotería Nacional de Beneficencia) y apareció el músico napolitano acompañado por el general José Tomás Calderón y por la reina de los Juegos Florales y su corte de honor. Los discursos de ocasión estuvieron a cargo de la ejecutante y musicóloga María Mendoza de Baratta (1890-1978) y de la mantenedora de la justa literaria, doña María A. de Guillén Rivas.

Durante esa oportunidad, las interpretaciones musicales de piezas de Aberle como la sinfonía *Amoris Dea*, *Lucia di Lamermoor*, la barcarola *Amor en góndola*, *Una pequeña leyenda*, *Trío No. 2 para piano, violín y violoncelo*, *Nocturno No. 3 para piano* y otras más estuvo a cargo de la Banda de los Supremos Poderes y de José

López, María de Baratta, J. Chávez Rico, Francisco López N. y Natalia Ramos.

En su discurso de “Elogio del maestro don Juan Aberle” (*La Prensa*, año XVI, No. 4759, sábado 17 de septiembre de 1927 y revista *Para Todos*, San Salvador, año I, No. 3, octubre de 1927, págs. 32 y 40-43), la señora de Baratta afirmaba que las “composiciones del Maestro Aberle tienen gran fuerza de emoción, y si bien es verdad que contienen el delicioso atractivo de la música italiana, se destaca en ellas el sello de su fuerte personalidad. El espíritu musical de este noble artista podría compararse con el de un scherzo: tal se ve en sus composiciones, donde su alma se diluye en melodía, arpeggios y variaciones. He aquí cómo el gesto se convirtió en material constructivo. Su obra tiene volumen, tiene peso, tiene forma y, sobre todo, tiene corazón, mucho corazón.”

Acorde con esa fuerza reseñada y pese a que ya pasaba de los ochenta años, Aberle aún se levantaba desde las 4 de la mañana a componer música, bajo la tenue luz de las velas. Este singular hecho —ya en pleno siglo de la tecnología— no era impedimento para que él realizara sus labores sin perder las pautas de las mismas y dejara claramente establecidos los pasajes de sus obras.

En la primera hora del amanecer del viernes 28 de febrero de 1930 —y tras una fructífera labor humana y artística que le mereció la cruz de los Santos Mauricio y Lázaro, otorgada por el rey italiano Víctor Manuel—, falleció Giovanni Aberle en su residencia de la ciudad de Santa Ana. Sus restos mortales fueron traídos ese mismo día a la capital, para ser velados y sepultados en la sección de los Ilustres del Cementerio General de San Salvador.

Al tratar la muerte del Maestro Aberle, el periodista Miguel Pinto padre, en la edición de *Diario Latino* del 1 de marzo de 1930, escribió: “Se fue el Maestro en una estela de luz, en la soñación de un último acorde sonoro, pleno de la armonía más doliente de sus creaciones, en la postrera abstracción de su ser, con sus manos y su corazón puros, sin mancha, dejando, a su paso, riego fecundo de dulces enseñanzas, nimbado de bienes, precedido por un heraldo que le abre el sendero de la eternidad, con una antorcha radiante de gloria y amor...”

En efecto, al momento de su deceso, Aberle dejaba tras de sí una buena cantidad de óperas (*Eloísa, Ivanhoe, Due Vendette*), de composiciones para música sacra (diez grandes misas a cuatro voces, coro y gran orquesta; cinco grandes misas de réquiem, salves y

varias misas pequeñas a dos voces) y mundana (grandes fantasías sobre óperas célebres; tríos para piano, violín y violoncelo, pasodobles, polcas —*Pieds Mignons*, entre ellas—, valsos, boleros, tarantelas, mazurcas, oberturas y minuetos), al igual que varias obras didácticas publicadas (*La composición musical, Tratado de armonía, contrapunto y fuga, Métodos de violín y piano y Elementos de declamación* —libro dedicado al doctor Benjamín de Céspedes, director del colegio de San Agustín, Heredia (Costa Rica), fue impreso en 1901 por la capitalina Tipografía Salvadoreña—).

El 4 de marzo de 1930, la Sociedad Orquestal Salvadoreña fue a depositar una ofrenda floral a la casa capitalina de los Aberle, donde recibieron los pésames de rigor la hija del músico, Virginia Aberle de Battle, y su nuera, Elia Jiménez viuda de Aberle.

A instancias del aquel entonces director del Museo Nacional “David J. Guzmán” —Prof. Jorge Lardé y Larín— y de la Academia Salvadoreña de la Historia, la Asamblea Legislativa emitió un decreto el 13 de noviembre de 1953, merced al cual se adoptó, de forma oficial, como Himno Nacional de la República de El Salvador a aquel compuesto en 1879 por Juan José Cañas y Giovanni Aberle.

Como lo afirma el historiador Gilberto Aguilar Avilés en uno de los capítulos de su libro *De tiempos y hombres* (1996), con su trabajo musical Aberle se convirtió en parte de la historia y civismo de todos los salvadoreños, esos mismos elementos que no deben pasar como el humo en el aire —al decir de Leonardo Da Vinci—, sino que es urgente y necesario que todos los salvadoreños, hombres y mujeres, estudiemos y analicemos con profundidad. Pero, ¿cómo vamos a criticar un desarrollo histórico cuyos puntos, por dispersos, desconocemos e ideologizamos?

Por otra parte y sin ánimo de caer en un patriotismo vano, creo que después de casi dos décadas de escuchar el mismo arreglo disquero de treintitrés revoluciones, lleno de interferencias y “scratch”, el país requiere una nueva grabación del Himno Nacional que combata a tanta versión creada por los grupos musicales y los canales televisivos locales para sus señales de apertura y cierre de transmisión.

No planteo esto porque nuestro himno sea el mejor o más original canto patrio del planeta —puesto que ya está más que comprobada el infantilismo y falsedad de un supuesto tercer lugar en un

El viernes 28 de febrero de 1930 falleció Aberle en su residencia en la ciudad de Santa Ana.

concurso musical mundial diz que organizado por el Kaiser Wilhelm—, ni para que algunos lloren por él en otras latitudes del sur o del norte planetario. Simplemente, es necesario que nuestros símbolos cívicos principales deban convertirse, a mediano plazo, en signos de identificación y representación en todos los actos públicos desarrollados al interior o exterior del territorio salvadoreño.

Con la disponibilidad actual de las tecnologías computarizadas y digitales y como tributo a sus creadores, las autoridades educativas y culturales de El Salvador bien pueden gestionar la grabación y distribución de una casete o un disco compacto que contenga la versión completa del *Himno “de los Juanes”* —ejecutado por la Orquesta y Coro Nacionales—, así como algunas piezas musicales de Aberle y de otros destacados compositores locales, acompañadas por datos biográficos, retratos y letras de las composiciones.

Pero, sin lugar a dudas, esto conlleva efectuar una intensa labor de búsqueda y rescate de partituras y datos sueltos, a fin de que sus contenidos figuren en el repertorio musical de nuestras oficinas gubernamentales, escuelas, colegios, universidades, embajadas, círculos académicos y asociaciones profesionales.

En esa línea de pensamiento y como un pequeño aporte a nuestra historia musical, con este trabajo de investigación —todavía susceptible de ampliaciones futuras— no he pretendido más que honrar la memoria del multicitado maestro napolitano Giovanni Aberle, pues creo que es un acto de justicia histórica darle vida al lema que consignó Homero en su *Odisea*: “El hombre, más que una tumba conocida, anhela un recuerdo”. ♦

“Entre la Monarquía y la República ¡supremo instante!”¹

Una polémica de la Independencia

Mario R. Vázquez

Las pugnas entre los anexionistas y los partidarios de la independencia absoluta de Centroamérica nos ayudan a ver bajo una nueva luz los movimientos independentistas de la región. Este trabajo del historiador salvadoreño Mario Vázquez nos aporta información pormenorizada de estas disputas.

Resplandecía la idea de Independencia; permanecían, si bien un tanto borrosas y gastadas, la idea de un imperio mexicano, el antiguo imperio azteca, el imperio de Moctezuma, que después, en 1821, unido a la tradición monárquica de España, producirá en el Plan de Iguala, el proyecto de una monarquía azteca y gótica, que tendría por rey a un príncipe de la misma dinastía de los Borbones, contra quienes se combatía; y en fin, bajo Iturbide, un imperio azteca constitucional, a la inglesa, en que se conciliarían los modos de pensar de Netzahualcoyotl y Montesquieu².

Francisco Gavidia

¹ Hexámetro inicial del poema de Francisco Gavidia, “A la victoria del Espinal” en *Obras completas* v 1, p. 258.

² *Historia moderna de El Salvador*, p. 281.

Hacia mediados de 1821, el avance exitoso del movimiento encabezado por Agustín de Iturbide en la Nueva España colocó a las autoridades coloniales de Guatemala entre la espada y la pared. No era un secreto que carecían de recursos militares apropiados para intentar resistir una posible ofensiva de las armas trigarantes. Nada podían hacer tampoco para contener la creciente simpatía

por la independencia que se extendía por las provincias de aquella capitanía. El inevitable desenlace era cosa de tiempo.

Inspirados en los postulados del Plan de Iguala, en la capital guatemalteca un grupo de notables elementos de la oligarquía local encabezado por los jóvenes líderes de la familia Aycinena, Mariano y su sobrino Juan José, buscaron un acuerdo con el Jefe Político Gabino Gaínza en aras de lograr una transición pacífica. Los Aycinena y su grupo habían simpatizado desde el principio con el pronunciamiento de Iturbide, y no tardaron en adherirse al proyecto imperial, buscando constituir con el virreinato novohispano una sola entidad soberana.

Para Iturbide y los demás fundadores del Imperio, el requerimiento de extender la jurisdicción mexicana a las provincias guatemaltecas respondía más que otra cosa a una previsión de las exigencias estratégicas de la naciente soberanía. Militar y políticamente había necesidad de cuidarse las espaldas. Por su parte la oligarquía “chapina” buscaba mediante esta alianza con el gobierno imperial extender y consolidar su predominio económico y político sobre el conjunto de las provincias centroamericanas. Sus gestiones y artilugios habrían de conducir, primero, a la declaración de la independencia de Guatemala, el 15 de septiembre de 1821, y luego, en enero del año 22, a sancionar oficialmente la agregación a México. Desde muy temprano, sin embargo, la iniciativa de los anexionistas “chapines” enfrentaría importantes contratiempos. La adhesión al Plan de Iguala les había costado el repudio inmediato de los publicistas radicales de la capital (Pedro Molina, José Francisco Barrundia y José Francisco Córdova entre otros) con quienes habían mantenido una estrecha alianza desde el restablecimiento del sistema constitucional, a mediados de 1820. Este activo núcleo, aunque relativamente reducido, ejercía no poca influencia entre el público guatemalteco y mantenía relaciones con los simpatizantes republicanos de las distintas provincias. Su oposición al proyecto anexionista-monárquico resultó decisiva para impedir que en la capital guatemalteca la independencia fuera proclamada de acuerdo al Plan de Iguala (es decir, aceptando la integración inmediata al Imperio Mexicano), en cambio se estipuló la realización de un Congreso con la representación de todas las provincias, el cual habría de adoptar una resolución definitiva al respecto. Entretanto, hasta que dicho Congreso no determinara otra cosa, las autoridades establecidas permanecerían en sus cargos, conformando, de hecho, un incipiente gobierno republicano¹.

Pese a ocupar importantes posiciones en el gobierno provisional, los Aycinena y su grupo tardaron varios meses en concretar sus planes anexionistas. Antes debieron ganarse al recalcitrante Arzobispo Fr. Ramón Casaus, adversario de la independencia, otorgar garantías a las vacilantes autoridades españolas y doblegar por la fuerza a los partidarios de la independencia absoluta. La tardanza de las autoridades centrales de la Capitanía en adherirse oficialmente al Imperio fue aprovechada por las autoridades de ciertas provincias que desde tiempo atrás adversaban las pretensiones hegemónicas de Guatemala, dando inicio una oleada de disensiones separatistas que, al amparo del Plan de Iguala, fraccionaron irremediablemente la de por sí maltrecha unidad política del antiguo Reino. El primer pronunciamiento separatista fue el del ayuntamiento de Comitán, el 28 de agosto de 1821. Una semana después las autoridades de la Intendencia de Chiapas habían adoptado una resolución similar. Y tras la proclamación del 15 de septiembre, a todo lo largo de la Capitanía se iban a suceder indistintamente proclamaciones encontradas de ayuntamientos y provincias, unas siguiendo la pauta de Chiapas, otras adhiriéndose al acuerdo guatemalteco.

Para finales de 1821 se habían definido ya las principales tendencias que habrían de protagonizar el inminente conflicto de la Capitanía: a) el gobierno imperial mexicano; b) las autoridades centrales guatemaltecas, es decir, el bloque integrado por las más poderosas familias de la élite criolla capitalina, sus clientelas provincianas y los funcionarios civiles y eclesiásticas peninsulares sumados al Plan de Iguala; c) la oposición republicana dirigida por elementos dispersos de la élite criolla guatemalteca, intelectuales y funcionarios menores de la administración central y algunos sectores de las élites provincianas, en particular los dirigentes de San Salvador; y d) las élites de ciertas provincias, ciudades o regiones (v.g. Chiapas, Quezaltenango, Comayagua) opuestas a Guatemala pero partidarias del proyecto imperial.

Pocas fueron las voces que se opusieron directamente a la independencia. Algunos peninsulares como el Arzobispo Casaus manifestaron su oposición hasta el último momento antes de ser proclamada la separación de España, pero luego optaron por callar, al menos en público, ya fuera por temor o por considerar inviable la perpetuación del dominio español en el Istmo toda vez que al sur y al norte del continente americano se constituían grandes estados independientes. Así, lejos de discutirse la pertinencia de aquella medida, el enconado

3 "Acto de la Independencia", *Boletín del Archivo General de Gobierno (BAGG)*, enero de 1939, p. 127; Alejandro Manure, *Basquejo histórico de las revoluciones...* pp. 64-66.

debate que sostuvieron las diferentes tendencias durante los últimos meses de 1821, previo al estallido de la guerra civil, discurrió en torno a las opciones de reorganización política de la Capitanía, y en particular la disyuntiva de aceptar las bases del Plan de Iguala, proclamando de inmediato la unión al Imperio, o bien intentar constituir un estado independiente adoptando el modelo republicano. En el trasfondo, sin embargo, gravitaba el problema de la hegemonía regional, expresada en una complicada serie de disputas internas de las élites de las distintas provincias, y a la vez de éstas con las autoridades centrales de la Capitanía y la oligarquía guatemalteca. Pero esto no significa que fuera cosa de menor importancia la discusión acerca de los principios abstractos que justificaban una u otra forma de gobierno, los argumentos esgrimidos a favor o en contra del régimen monárquico, ni la disputa respecto a la legalidad de los procedimientos adoptados para decidir el destino de cada provincia o de la Capitanía en su conjunto. Por el contrario, las opiniones vertidas por uno u otro bando, mezcla de dogmas de la Ilustración, axiomas jurídicos y contundentes elementos de análisis pragmático, ofrecen un panorama característico de los proyectos y principios políticos puestos en juego durante la coyuntura de la independencia.

La idea de establecer una monárquica-constitucional gozó inicialmente (¿momentáneamente?) del respaldo de las élites criollas, el alto clero, y los ricos comerciantes y funcionarios peninsulares de la Nueva España. A la vez, capitalizó en favor del nuevo orden el “monarquismo ingenuo” de amplios sectores derivado de la tradición paternalista del imperio español y que, según sostiene Timothy Anna, “culminó naturalmente... en una adoración sin paralelos a Iturbide, sobre quien se colocó el manto de salvador, rey y gobernante”. “Se trataba, sin duda, de una fórmula ideal que buscaba establecer un sólido consenso en torno a la independencia. Como opción moderada de transición política, apuntaba a conciliar las modernas bondades del sistema representativo con la arraigada tradición autoritaria de la Corona española, proponiendo que en la ruptura con la Metrópoli fuera rescatado el referente de estabilidad que había significado el *status* colonial a lo largo de los siglos, en el contexto de un nuevo sistema en el que los hilos del poder estaban ya en otras manos”⁴.

Un poco en son de burla, pero con mucho tino, Lucas Alamán apuntó que el título de Imperio Mexicano adoptado tras la independencia procedía de “la grande idea que los mejicanos tenían del poder

⁴ Cfr. T. Anna, *El imperio de Iturbide* pp. 29-30 y Bobbio et. al., *Diccionario de política* v. 2 p. 1002

y la riqueza de su país, para el cual muy poco les parecía el título de reino y era menester tomar otro que significase mayor grandeza y dignidad”⁵. Pero la palabra misma, *imperio*, no sólo denotaba grandeza sino también cohesión interna, poder centralizado y pretensiones de expansión territorial⁶. En el caso de Centroamérica, el interés mexicano iba a ser definido en términos precisos por una comisión del Congreso Constituyente en julio de 1822:

“Conviene al imperio mexicano dilatar su extensión hasta el último de Panamá, para de este modo poner sus fronteras á cubierto del cálculo siempre activo de la ambición extranjera, y poseer al mismo tiempo todo el litoral de ambos mares oriental y occidental con los territorios feraces, puertos, ríos y ensenadas que se contienen en esta vasta extensión. De otro modo, no solo los extranjeros se prevaldrían de la debilidad y desunión de aquellos pueblos para dominarlos, sino que los mismos pueblos serían una rémora incesante á la quietud y seguridad del imperio.”⁷

Desde luego, al comunicarse por primera vez de manera oficial con las autoridades de Guatemala, en octubre de 1821, Iturbide había planteado la necesidad de aquella unión como una consecuencia natural y benéfica de la instauración del Imperio, cuyos fundadores habían comprendido de inmediato la necesidad de estrechar sus vínculos con la lejana Guatemala para “asociarla a su gloria y llamarla a la participación de la dicha que va a ser indefectiblemente el resultado de la Independencia.”⁸ Argumentos más definidos iba a esgrimir poco después, al impugnar directamente los términos del Acta de Independencia guatemalteca. Entonces propuso a las autoridades de la Capitanía rectificar dicho documento en los puntos concernientes al establecimiento del gobierno, “cuyas bases”, advertía, “no quedarían sólidamente afirmadas, si no se apoyasen en el centro común, que debe reunir todas las partes de este vasto continente, para su mutua defensa y protección.” Unidos por un interés común, México y Guatemala no podían erigirse en naciones separadas, expuestas como estaban “á las convulsiones intestinas... y á las agresiones de potencias marítimas, que acechan la coyuntura favorable de dividirse nuestros despojos.” Además, expresaba su temor ante la posibilidad de que la Capitanía cayese presa de aquella “manía de las innovaciones republicanas” que tan graves estragos había causado en

⁵ L. Alamán, *Historia de México* v. 5 p. 83

⁶ En la historia europea no hubo modelo de administración del poder político más complejo y desarrollado que el imperio. Este representó “una sugestión permanente para todos aquellos regímenes y ordenamientos que, habiendo llegado a un determinado momento crítico de su desarrollo, se dedicaron a buscar y a definir sus superpoder legal y centralizador dentro de ellos mismos, con el objeto de superar sus dificultades. [...] El i. se convirtió poco a poco en un instrumento para conciliar realidades políticas en oposición creciente y divergente dentro del estado, en medio para definir un momento superior de cohesión y unificación respecto de las entidades regias o principescas que no estaban dispuestas a fusionarse, en organización de poder absoluto en un aglomerado social para la conquista de espacios territoriales. [...] Una tendencia común típica de todos los modelos de i en Europa... fue ciertamente la de desarrollar progresivamente el poder del *imperator* en su interior y las impulsos expansionistas hacia el exterior...” N. Bobbio et. al., op. cit. v. 1 p. 779

⁷ “Dictamen de la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso Constituyente sobre la anexión al Imperio de las provincias centroamericanas, México, 10 de julio de 1822” en R. H. Valle, *La anexión de Centroamérica a México* v. 2, p. 242

⁸ “Oficio del Gral. Agustín de Iturbide, al Jefe Político Superior de Guatemala...”, México, 1^a. de octubre de 1821 BAGG, abril de 1939, p. 267.

El Imperio garantizaba a los dos pueblos el mejor régimen de libertad bajo una monarquía moderada.

Europa. El Imperio, en cambio, garantizaba a los dos pueblos el mejor régimen de libertad bajo una monarquía moderada, ofreciendo a las provincias de Guatemala una representación justa en el Congreso, así como el envío de tropas y dinero en caso de verse amenazadas desde el extranjero, contemplando inclusive la posibilidad, a largo plazo, de pasar a convertirse en dos estados independientes, “capaces de existir por sí á merced del aumento de su población y del desarrollo de los gérmenes de prosperidad que encierran en su seno.” Y por si ni bastaran tales argumentos, Iturbide insinuaba también, sin mucha sutileza, la posibilidad de recurrir a las armas con tal de forzar la incorporación de Centroamérica.⁹

La difusión del Plan de Iguala dio pie a que se produjeran hondas divisiones en la Capitanía. Aún antes de ser recibidas las cartas de Iturbide el Imperio ya contaba con un buen número de simpatizantes tanto en la capital guatemalteca como en las más alejadas provincias. “Imperial es el distintivo de los que como yo opinaron por el establecimiento de una monarquía constitucional al proclamarse la independencia de Méjico y Guatemala” recordaría tiempo después el Marqués de Aycinena, uno de los más prominentes anexionistas “chapines”.¹⁰ En el otro extremo se alineaban los partidarios de la tesis nacional-republicana, defensores de la independencia absoluta. Aunque, como hemos señalado, no era el tema de las fórmulas genéricas de organización política, república o imperio, el elemento central de esta disputa, sino el de la remodelación de los vínculos políticos regionales y la conformación de una nueva hegemonía, como demostró fehacientemente la posición proimperial y a la vez secesionista de las autoridades de las provincias que adversaban el predominio guatemalteco.

“Chiapas en ningún tiempo podrá volver a estar bajo el Gobierno de Guatemala, aun cuando estas Provincias o Provincia llegue á poner Rey o República...”, aseguraban el Ayuntamiento y “el vecindario honrado” de Ciudad Real, Chiapas, pues “jamás ha proporcionado a esta provincia, ni ciencias, ni industria, ni ninguna otra utilidad, y sí la ha mirado con mucha indiferencia.”¹¹ En el mismo tenor, la Diputación Provincial de Nicaragua ponderó las ventajas que a su juicio ofrecía la anexión a México sobre los inevitables perjuicios que se sufrirían en el caso de permanecer bajo el

⁹ Ibid. pp. 279-281

¹⁰ J. J. Aycinena, “Otras reflexiones sobre reforma política en Centro América”, en *Boletín del Archivo General de Centroamérica*, v. 4, Guatemala, 1968, p. 119

¹¹ “Instrucciones del Ayuntamiento al comisionado Pedro Solórzano, Ciudad Real, 29 de octubre de 1821” en Matías Romero, *Bosquejo histórico de la agregación a México de Chiapas y Soconusco*, pp 59-61

dominio de Guatemala, descartando por completo la viabilidad del modelo nacional-republicano:

“El Reino todo de Guatemala, por su situación topográfica, por la inmensidad del terreno que ocupan sus poblaciones, por la dispersión de éstas, por la falta de seguridad de sus puertos en ambos mares y la imposibilidad de pronta fortificación y por su pobreza, no puede emprender el grandioso proyecto de erigirse soberana independiente; porque si se ha de hablar con sinceridad á las provincias todas unidas de este Reino, no les es dable representar otro papel, en caso de la independencia, á que aspira la América Septentrional, que el de ser partes integrantes del imperio mexicano. Este se halla en contacto con el de Guatemala, cuyos límites tienen paso franco para ser invadidos de los mexicanos.”¹²

Todo lo contrario, en la capital guatemalteca los publicistas republicanos venían cuestionando desde antes de la independencia la posibilidad de que la separación de España no condujera directamente a la constitución de un estado nacional, “...todo lo que no sea disponer omnímodamente de sí mismo un pueblo, es esclavitud”, había sentenciado Pedro Molina en repudio de aquella iniciativa de autonomía americana presentada en las Cortes españolas por Alamán y Michelena, en la cual se proponía dividir la América española en tres secciones, quedando supeditada Guatemala al gobierno de la sección septentrional con sede en México.¹³ Más tarde, la presión de los “corifeos” republicanos había sido decisiva para evitar que en la capital guatemalteca fueran proclamadas simultáneamente la independencia y la adhesión al Imperio.

Durante breve tiempo los republicanos mantuvieron cierta influencia en el gobierno provisional de la Capitanía, que si bien parecía dominado por simpatizantes de Iturbide contaba entre sus miembros al salvadoreño José Matías Delgado, republicano radical, y a escépticos de la anexión como José Antonio Alvarado, costarricense, y al hondureño José Cecilio del Valle. Acaso este último no haya sido ajeno a la redacción de la nota enviada en octubre por el Capitán General a las autoridades secesionistas de Nicaragua, cuestionando su apresurada afiliación al Imperio en los términos siguientes:

“Cuando Guatemala proclamó su independencia, no se tenía noticia de haberse instalado en México ningún gobierno. Posteriormente se recibió

¹² “Oficio de la Diputación Provincial al Jefe Político Miguel González Saravia, León, 29 de septiembre de 1821” en R. H. Valle op. cit. v. 1 p. 18

¹³ *El Genio de la Libertad* No. 14, 27 de agosto de 1821, en P. Molina, *Escritos...* p. 747.

la capitulación celebrada en Córdoba entre el jefe del ejército imperial y el señor O'Donojú. No sabemos si se ha cumplido este tratado y si se ha instalado el gobierno de que en él se habla. Mal podía reconocerse una autoridad que aún no sabemos que existía y cuya instalación está pendiente de las vicisitudes de los tiempos. En ninguno de los diez y siete artículos de que se compone el expresado tratado se hace la más ligera mención de estas provincias, ni se les ofrece la más pequeña parte en el gobierno provisional de México. Lo mismo sucede con el Plan de Iguala. Advierta V. E. que éste está ya modificado por la última capitulación, la que no da derecho en ningún caso al goce de la Corona del Imperio al archiduque Carlos de Austria. Variación muy notable y que debe llamar nuestra atención, para no adoptar (inmatura) y ciegamente una resolución cuya existencia es imposible asegurar. Sean los mismos pueblos quienes por medio de legítimos representantes elijan el partido que les parezca más adecuado al goce de la felicidad a que aspiran: reúnanse en Guatemala, como centro de unidad, un congreso facultado con poderes amplios para deliberar sobre la suerte futura de estas provincias. Unanse los mejores talentos y con presencia de las circunstancias acuerden lo más útil y benéfico. He aquí el verdadero sentido de la acta del 15 de septiembre".¹⁴

Poco después, cuando la facción anexionista de los Aycinena cobró mayor fuerza, los republicanos se volcaron de lleno a la defensa de la independencia absoluta. Las páginas de *El Genio de la Libertad* guardan testimonio de su vehemente alegato. Escritor de pluma acalorada y prolija, Pedro Molina dejó sentados los fundamentos de su postura radical en un par de textos publicados hacia mediados de octubre.

Con la jura de la independencia, afirmaba el publicista, Guatemala había adquirido en definitiva el rango de nación. Aquellos pueblos del interior que habían sufrido largamente el yugo de la capital nada tenían que temer; en adelante cada provincia iba a ser "señora de sí misma": libertad e igualdad serían principios inamovibles que habrían de regir la existencia futura de las provincias del antiguo Reino, reunidas en una confederación y constituyendo un solo estado soberano, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos. Guatemala no estaba en deuda con México; ninguna ayuda externa había recibido para obtener su independencia y nada bueno cabía esperar de aquella nación convertida en Imperio. ¿Quién le garantizaba a las lejanas provincias una representación justa en las

¹⁴ "G. Gainza a la Diputación Provincial de León, Guatemala, 23 de octubre de 1821" en *Boletín del Archivo General del Gobierno* No. 2, enero de 1939, p. 162

Cortes mexicanas? ¿Qué poder, qué voluntad podría tener la pacífica Guatemala para resistir las acechanzas de la tiranía? Formar “una nación respetable, aunque pobre”, no existía otra alternativa para las provincias de Guatemala. Y para hacer realidad ese sueño Molina confiaba sin reservas en el respaldo de los poderosos amigos que a decir suyo tenía la libertad en el norte y en el sur del continente americano; amigos que según sus previsiones no vacilarían en intervenir “si la ambición de un imperio inmediato intentase arrebatarnos nuestra libertad, y hacernos provincia de un monarca mexicano.”¹⁵

Más cauteloso que su entrañable adversario, José Cecilio del Valle externó veladamente sus opiniones respecto a la unión a México en *El Amigo de la Patria*, periódico que él mismo dirigía. Así, por ejemplo, a finales de noviembre, justo cuando el asunto alcanzaba su más álgido nivel, presentaba al público una retórica semblanza de la experiencia constitucional española frente a la tiranía napoleónica, filtrando en ella, con toda la intención, agudos comentarios:

*“Los representantes de los pueblos son los que deben formar su constitución: solo ellos tienen este derecho: solo ellos pueden decretar leyes. Un pueblo degradado por la tiranía puede ser protegido por un Gobierno sábio y bien-hechor. Pero no existe ahora ni ha habido jamas derecho alguno para destruir el despotismo que aqueja á una nacion y substituir otro despotismo, igual ó mas opresivo que el destruido”.*¹⁶

El temor a caer en manos de un renovado despotismo, así como la decidida defensa del Congreso convocado el 15 de septiembre, única instancia de representación nacional legítima con suficiente autoridad para resolver tan grave asunto, fueron los temas favoritos del hondureño en esta controversia. Cabe señalar que como miembro del gobierno provisional de la Capitanía, Valle se manifestó consecuente con sus planteamientos, abogando hasta el final por la reunión del Congreso.¹⁷

La beligerancia de los publicistas guatemaltecos no pasó inadvertida en el centro del Imperio, donde inclusive circularon reimpresiones locales de *El Genio*... “Los Mexicanos ciertamente no intentarán arrebatar la libertad de los Goatemaltecos aunque les sobran fuerzas y recursos para hacerlo...” replicaba de inmediato un misterioso “J. B.” desde la capital mexicana, en un folleto destinado a refutar las obje-

¹⁵ “Ciudadanos de las Provincias de Goatemala” publicado en “El Genio de la Libertad” No. 22, 15 de octubre de 1821 (P Molina, *Escritos*...), y “Goatemala Libre”, folleto publicado por encargo de la Junta Provisional Consultiva, (BAGG, abril de 1939, pp. 272-278). Este último texto perfila claramente el proyecto federal que el partido de Molina impulsaría con denuedo una vez obtenida la independencia absoluta de las provincias centroamericanas.

¹⁶ *El Amigo de la Patria*, Nos. 18-19, 30 de nov. de 1821, en *Escritos del Licenciado José Cecilio del Valle*, v. 2 p. 175

¹⁷ Más tarde, sin embargo, se incorporó como diputado en el Congreso Constituyente mexicano, llegando a ocupar en el año 23 la cartera de Relaciones Interiores y Exteriores del Imperio.

ciones “tan peligrosas como brillantes” de Pedro Molina.¹⁸ El 8 de diciembre, al comentar la situación de la Capitanía, la *Gaceta Imperial* también aprovechaba para arremeter contra el guatemalteco:

“Los papeles públicos que allí se redactan no son del Gobierno, ni la expresión de la voluntad general: son la obra de dos ó tres alucinados, que no conocen los recursos ni el interés de su propio suelo, y que por teorías desean un exceso de perfección difícil de adquirir aun en Provincias de mayor población riqueza y luces”.¹⁹

Para contrarrestar la ofensiva propagandística de los republicanos el gobierno imperial se empeñó en reforzar su propuesta con elementos de mayor altura y más convincentes. Si bien las primeras misivas a las autoridades de Guatemala eran una mezcla de zalamería diplomática y llanos argumentos pragmáticos, poco después la prédica del Generalísimo se vería respaldada con la de mejor petrechados retóricos. “J. B.”, en su folleto *La República de Goatemala*, hacía una extensa semblanza del sistema monárquico-constitucional, fundamentando con explícitos principios liberales la conveniencia de su instauración en México.

“...una monarquía moderada es la que conviene a un país tan grande como el nuestro, y de unas partes tan eterogeneas que es necesario reunir a un comun cetro de beneficencia y justicia.”

[...]

“La Aguila mexicana, más circunspecta para dejarse arrastrar de un espíritu de imitación que es la peor servidumbre de los pueblos incautos, tiene la satisfacción noble y generosa de elegir para sus hijos aquella forma de gobierno que ha sido hoy el resultado de las luces de un mundo feliz, entregada poco ha alternadamente al embrutecimiento del despotismo, ó los uracanes de la anarquía.”

[...]

“Saben los Mexicanos que la monarquía absoluta y el republicanismo, son los dos escollos en que han naufragado siempre las naves de los estados, y que solo un medio prudente... pudiera algun dia equilibrar la suerte del género humano, al grado de felicidad que es permitido al hombre bajo del cielo. Saben que en las grandes revoluciones provocadas por el acaso y la corrupción de costumbres como las que hoy inundan nuestro globo, se invoca generalmente el nombre de la libertad; pero que los mas de los sacrificios ó por ignorancia ó por

¹⁸ J. B. *La República de Goatemala. Observación sobre la proclama inserta en el número 22 del Genio de la Libertad*, (México, Imprenta Imperial de D. Alejandro Valdés, 1821) en R. H. Valle op. cit. v. 1 pp. 27-36. Las reimpresiones de El Genio... fueron hechas en Puebla por la Oficina de Moreno, y en México por la Imprenta Americana de José María Betancourt. Cfr. R. H. Valle, op. cit. v. 1 p. 27

¹⁹ Cit. en R. H. Valle op. cit. v. 1 p. 121

malicia, son dirigidos á la ambicion, á la licencia, á la avaricia, y aun á la venganza, y saben por último que la única diferencia que hay entre el poder de un Monarca, y el de una República es, que aquel puede ser limitado, y este nunca puede serlo en el despotismo republicano por mas brillantes que se nos pinten sus teorías”.²⁰

También bajo supuestos principios liberales el Ministro de Guerra y Marina del Imperio iba a exigir, en junio de 1822, el sometimiento de San Salvador, cuyas autoridades, de abierta inclinación republicana, se negaban a aceptar la agregación a México. “Una pequeña República enclavada en una Nación poderosa”, aseguraba el Ministro, “no puede prosperar ni contar con el porvenir que asegure a sus generaciones futuras la libertad y la paz, objetos que reunieron al hombre en sociedad.” En consecuencia instaba al general Filísola, recién nombrado Capitán General de Guatemala, a hacerles ver a aquellos disidentes

“que tratan con una Nacion poderosa; que si sus proposiciones no son racionales, así como hay disposiciones para acceder á lo justo, tambien las hay para hacer entrar en su deber á un pueblo díscolo ó seducido, que, desconociendo sus intereses, se abandona á su capricho, teniendo la temeridad de singularizarse, creyendo en opinión mas arreglada que la del mayor número, con quien chocan, y que el Imperio no podrá permitir nunca se olviden y aun desprecien los principios de la política, del derecho de gentes y aun del natural, que exigen que un pueblo se una a otro que lo puede proteger cuando carece de fuerzas, que le puede auxiliar cuando carece de recursos, que puede hacer su felicidad cuando por sí no tiene medios de conseguirla”.

“Estas son teorías que enseña el liberalismo ilustrado”, dictaminaba el funcionario en tono implacable, “las demás son teorías impracticables”.²¹

Ante la creciente desbandada de provincias, distritos y ayuntamientos que semana a semana proclamaban libremente su anexión a México, los imperiales “chapines” buscaron apresurar el pronunciamiento de las autoridades provisionales en favor del Imperio. Abandonando la idea de convocar un Congreso centroamericano se dispuso hacer una consulta general por medio de Cabildos Abiertos, dando un mes de plazo para que los ayuntamientos hicieran llegar su voto a la Ciudad de Guatemala. Los Cabildos debían tomar

²⁰ “J. B.”, loc. cit. pp. 28-30

²¹ “Antonio Medina, Ministro de Guerra, a Vicente Filísola, México, 17 de junio de 1822” en R. H. Valle, op. cit. v.2 p. 205

La consulta funcionó eficazmente como un amplio referendo entre las autoridades municipales.

como base para sus deliberaciones la carta de Iturbide anteriormente referida así como una circular en la que expresamente se les instaba a manifestarse por el Imperio, exhibiendo el desigual contraste entre la opción de constituir un gobierno soberano y “la superioridad indudable de Nueva España en población, fuerza y riqueza”, sin omitir señalar la crisis provocada en el Reino por las disidencias provincianas.²²

Por supuesto, era difícil que los ayuntamientos pudieran emitir un dictamen ponderado sobre este asunto en el perentorio plazo previsto. Además quienes se oponían a tal procedimiento argumentaron que dichos cuerpos no constituían una legítima representación nacional y que su función era otra muy distinta a la de tomar decisiones políticas de tal magnitud, señalando que además no se había

tomado en cuenta la diferente población que cada ayuntamiento representaba al asignarles por igual un solo voto a cada uno. Cor todo, la consulta funcionó eficazmente como un amplio referendo entre las autoridades municipales de la Capitanía, y su resultado desde luego, fue consecuente con el deseo generalizado de ver restablecida la autoridad política y moral perdida tras la separación de España. De alguna manera las concisas declaraciones de numerosos ayuntamientos razonando su voto vinieron a constituir una tosca pero contundente réplica a los exaltados alegatos republicanos de los cultos prohombres avecindados en la capital.

“Para q(u) una nación sea enteramente independiente son de todo necesarias la ilustracion, la riqueza, la union, la pericia militar y la marina, en tanto grado, q(u) si una sola cosa de estas falta ya no se puede subsistir la Nacion. ¿Como podrá pues Guatemala sostenerse sola si todo esto le falta?”, se preguntaba el Alcalde del pueblo de Santiago Patzicia, jurisdicción de Chimaltenango, para luego dictaminar sin rodeos: “Guatemala aun no es mayor de edad, Mejico si pongamonos pues bajo su tutela y no compremos cobre con oro...” En su argumentación este funcionario pintaba un panorama verdaderamente desolador del Reino luego de la independencia:

“Marina no la hai, y casi no se conoce en Guatema(la). Gente aguerrida excepto uno ú otro q(u) se han hallado en faccion, y nuestras tropas no son mas q(u) un puñado respecto de las q(u) devian ser... pa(ra) defendernos en los dibersos puntos p(o)r donde podemos ser

²² Circular de Gaínza a los Ayuntamientos de Guatemala, 30 de noviembre de 1821” ACAM v. 1 doc. 34 p. 101-102. Sesiones 60 y 61 de la Junta Provisional Consultiva celebrada del 27 y 28 de noviembre de 1821 respectivamente. *Boletín del Archivo General de Gobierno*, abril de 1939, pp. 304, 307.

imbadidos... De union hai menos, pues estan desunidas... las provincias de Leon, Comayagua, Quesaltenango y Ciudad Real, y dentro de mui poco se harán al partido mejor otras provincias [...] Ilustracion solo hai en los blancos, y no en todos, y el resto de los havitantes de este Reino solo es bueno pa(r)a labrar los campos... La Religion Sagrada y amable... se bé con harto dolor mui decaida respecto de años pasados. Se dice haber muchos francmasones en Guatemala(la) lo q(u)e no dudo y q(u) quieren la libertad de culto q(u)e es en lo q(u)e paran los gobiernos republicanos..."²³

En términos igualmente decididos manifestaba su opinión el Ayuntamiento de Usulután, de la provincia de San Salvador:

El Reyno de Guatemala(la) en su estado actual carese de fuersas moral y fisica: Las Pro(vinci)as lla dicidentes son prueba de la falta de la primera; de la divicion nace la desolacion, y de la Guerra sibil intestina fraticida detestable y horrible, q(u)e clamaria al cielo contra nosotros, como la sangre de Abel. Supongamos que la mitad del Reyno se declara por Mejico y la otra mitad por Guatemala(la) Si V. E. nos pregunta a q(u) partido nos ariamos diriamos q(u)e la prud(enci)a nos dicta al que tubiera las dos fuerzas unidas la fisica, y la moral, en cullas potencias estriva la ereccion o formacion de un basto, y respetable Reyno.

Y aunque se reservaba el derecho de recobrar su independencia en caso de no resultar afortunada la unión, dicho cuerpo exortaba a los demás ayuntamientos a que por lo pronto probaran sin temor "el convite regalado y sabroso del Sor. Yturbide."²⁴

De manera semejante a lo expresado por el Cabildo usuluteco, una buena parte de los ayuntamientos consultados aceptaron unirse al Imperio bajo la condición de garantizar la futura independencia de las provincias centroamericanas en cuanto éstas alcanzaran la suficiente prosperidad. En otros casos se manifestaron ideas un tanto peregrinas y aún contradictorias. Así, mientras el Ayuntamiento de Mita (Chiquimula) urgía la pronta presencia de Fernando VII en el territorio del Imperio, el de Apaneca (Sonsonate), clamaba "con ansias del corazón" que fuese justamente Iturbide "el primero que a sus cienes adorne la Corona de nuestro Ymperio."²⁵

Teniendo como base los resultados de aquella consulta entre los ayuntamientos, el 5 de enero de 1822 fue sancionada oficialmente la

23 "Acta del Ayuntamiento de Santiago de Patzún (Guatemala) adhiriéndose al Imperio Mexicano", 9 de diciembre de 1821, R. H. Valle, op. cit. v. 1 pp. 123-125.

24 "Oficio del Ayuntamiento de Usulután a Iturbide, 10 de diciembre de 1821" R. H. Valle, op. cit. v. 3 pp. 40-41

25 "Sinópsis de las condiciones planteadas por ciertos Ayuntamientos para unirse al Imperio, Guatemala, 12 de enero de 1822" R. H. Valle, op. cit. v. 3 pp. 128-131.

agregación de la Capitanía de Guatemala al Imperio Mexicano. Esta unión, sin embargo, no sería afortunada. En poco tiempo los esfuerzos por reorganizar los vínculos políticos regionales bajo la tutoría de aquel lejano referente de autoridad dejaron sentada su ineficacia. Un año después, la caída de Iturbide vendría a precipitar la ruptura del pacto entre las provincias de Centroamérica y el naciente estado mexicano. De un día para otro, todo lo dicho acerca de las ventajas de la monarquía constitucional y la inviabilidad de la opción nacional quedaba en el pasado. También de un día para otro aquellos que habían respaldado la agregación al Imperio se vieron empujados a la construcción de las nuevas instituciones republicanas. Las expresiones en favor del modelo monárquico manifestadas durante aquella fugaz coyuntura quedarían como un irrefutable testimonio de su inicial inclinación por actualizar los antiguos vínculos de solidaridad coloniales antes que intentar ese salto al vacío que significaba la vía de la independencia absoluta.

En lo sucesivo el reto seguiría siendo el mismo, construir una nueva lealtad interna sobre la base de conciliar los encontrados intereses locales y desarrollar los inéditos vínculos de solidaridad nacional que esto implicaba, convenciendo a los atónitos ciudadanos de la naciente república de que, en efecto, las provincias centroamericanas contaban con recursos, población e inteligencia suficientes para conformar un solo estado unido y soberano. ●

FUENTES CITADAS

Aycinena, Juan José.

- "Otras reflexiones sobre reforma política en Centro América", en *Boletín del Archivo General de Centroamérica*, v. 4, Guatemala, 1968.

Alemán, Lucas:

- *Historia de Méjico*. México, JUS, 1942, 5 v.

Anna, Timothy:

- *El Imperio de Iturbide*. México, CONACULTA - Alianza Editorial, 1991.

Bobbio, Norberto et. al. (coords.):

- *Diccionario de política*. 8a. ed. México, Siglo XXI Editores, 1994.

- *Boletín del Archivo General del Gobierno*. Guatemala, Secretaría de Gobernación y Justicia, año IV, Nos. 1-4, octubre de 1938 - julio de 1939.

Gavidia, Francisco:

- *Historia moderna de El Salvador*. San Salvador, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958.

- *Obras completas v. 1*, San Salvador, Ministerio de Educación, 1976.

Marure, Alejandro:

- *Bosquejo histórico de las Revoluciones de Centroamérica. Desde 1811 hasta 1834*. Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1960, 2 v. [Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular No. 36]

Molina, Pedro:

- "El Editor Constitucional y El Genio de la Libertad, Guatemala, 1820-1821" en *Escritos del Doctor Pedro Molina*. Guatemala, Ministerio de Educación, 1954-1969, 3 v.

Romero, Matías:

- *Bosquejo histórico de la agregación a México de Chiapas y Soconusco, y de las negociaciones sobre límites entabladas por México con Centro América y Guatemala*. México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1877, 798 p.

Valle, José Cecilio del:

- *El Amigo de la Patria*. Guatemala, 1820-1822, en *Escritos del licenciado José Cecilio del Valle*. Guatemala, Ministerio de Educación, 1969.

Valle, Rafael Heliodoro, comp. :

- *La Anexión de Centroamérica a México. Documentos y escritos*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1924-1949, 6 v. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1a. serie 11, 24, 40; 2a. serie, 2, 4, 7).

Carlos Martínez Rivas: “Yo escribo cosas que todavía no se han pensado”

Por: Luis Alvarenga

Desde que leí por primera vez *La insurrección solitaria*, me di cuenta de que estaba ante un poeta que tenía mucho que enseñar. De dicho escritor, Carlos Martínez Rivas, iba teniendo referencias que lo convertían ante mis ojos en un personaje casi de leyenda. Poeta exigente, de carácter muy severo, dador de bellas imágenes, Martínez Rivas es, como decía Armijo de T. S. Eliot, “el poeta más solitario”.

Pude conocer a este gran solitario en agosto de 1997. Sabía que no le gustan las intromisiones en su lugar de retiro, la mítica casa número 8 de Altamira d’Este, cercana a la lotería de Managua. Y sin embargo, el poeta me recibió de manera muy cordial. Efectivamente, su casa merece el nombre de Altamira. El poeta ha dibujado gatos de pesadilla y arañas de delirio, y ha escrito en sus

paredes. En una de esas paredes se dice, más o menos, que un libro malo es un veneno para el alma. Y Martínez Rivas nos ha dado, con *La insurrección solitaria*, un libro que es un remanso para el corazón.

El poeta vive retirado del mundo. Se siente enfermo. Con un vaso dorado por el ron y los rayos de sol que iluminan su mecedora, recuerda a sus amigos vivos: Octavio Paz, Ricardo Lindo, José Roberto Cea, Tania Montenegro. Y luego, a sus amistades que partieron para siempre: Eunice Odio —a quien le dedica un poema en *La insurrección solitaria*—, Julio Cortázar, Hugo Lindo, Clementina Suárez, escritores de su misma edad. “Ya se murieron todos ellos” —dice—. “Ahora sólo faltó yo”.

Martínez Rivas nació el 12 de octubre de 1924 en Puerto de Ocoz, Guatemala.

Luis Alvarenga, poeta salvadoreño nacido en 1969. Ha publicado en diversos periódicos y revistas. Ha publicado el volumen de poesía titulado *Otras Guerras* (1996).

Después regresaría a la Nicaragua de sus padres. En Granada, estudió con los jesuitas, en el Colegio Centroamericano, donde también fue alumno otro gran poeta: Ernesto Mejía Sánchez. Más tarde, Carlos viajó a Europa. Vivió en Francia y España. En la capital española, durante el tiempo comprendido entre 1964 y 1975, se desempeñó como Agregado Cultural de la legación nicaragüense.

El viaje a Europa lo marcó definitivamente. También, según la escritora Daisy Zamora, la trágica muerte de su madre, hecho que, en su opinión, constituye una de las claves de *La insurrección solitaria*.

Con mucha cautela, le pido una entrevista al poeta. Le digo que estoy conciente de que odia dar declaraciones públicas, y que no quiero perturbarlo con mi petición. Martínez Rivas acepta. De esa plática, guardada ahora en una pequeñísima cinta magnetofónica, queda su voz reposada, que hace muchas pausas para hablar, como si supiera que cada palabra es una tremenda responsabilidad, un mágico conjuro que permanece para siempre, como los bisontes eternos de las cuevas de Altamira: más allá del aire que traspasaron.

***La insurrección solitaria*, uno de sus primeros libros publicados, ¿en qué circunstancias fue escrita?**

Fue escrita en 1950, en París, y no tuvo publicación sino en México, en la Editorial Guaranía. Antes, Pablo Antonio Cuadra, cuando yo era niño —tenía unos diecisiete años—, insistió en publicar un poema mío, que luego se convirtió en libro: *El paraíso recobrado*, en 1943.

Conociendo lo exigente que es usted en materia de publicación, ¿estaba de acuerdo con la idea de publicarlo?

Pablo Antonio, muy buen amigo, casi me obligó, debido a la calidad —según él— del poema, y habló con mi madre. Ella, que entonces vivía, le ayudó para conseguir el papel y la pasta del libro, porque él era pobre. Pablo Antonio hizo una edición muy linda, de cien ejemplares, que ahora no existe. Esto pasó en 1953.

Después pasaron los años. Fui a Francia, donde escribí *La insurrección solitaria*, que ha sido recibida como un gran libro. Tiene una quinta edición. Fue editado, como le dije antes, en México, en 1953; la segunda edición fue en EDUCA. Hay una tercera edición, aquí en Nicaragua, y hay una cuarta edición, de Vuelta, al cuidado de Octavio Paz, en México. Una quinta edición, también fue hecha en España, en una prestigiosa editorial, exclusiva, dedicada a la poesía, que se llama Visor.

He recibido propuestas para una sexta edición, pero yo les pedí a las personas de la editorial, que me dejaran descansar hasta octubre, cuando cumpla 73 años.

Una de las cosas que se le admira a usted es su falta de apresuramiento en las publicaciones. ¿Cómo ha concebido usted el hecho de publicar?

Cuando publiqué mi libro, yo sabía que hasta cuarenta años después iba a ser comprendido. Si publico ahora otras cosas, tardarán otros cuarenta años en ser entendidas, y yo voy a estar muerto. Yo escribo cosas que todavía no son pensadas.

Supé que en algún momento usted dijo que se retiró de escribir.

Me he retirado de escribir, no porque no tenga más que decir, sino porque ya no tengo fuerzas físicas en la mano, debido a enfermedades de la edad. Ernest Hemingway afirmaba que si todos los deportistas tenían tiempo de jubilarse, ¿por qué no podían hacerlo también los escritores? Yo decidí jubilarme a los 72 años. Así que ahora voy a dedicarme a escribir muchas lecciones para la cátedra que tengo en la UNAN —la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua—, acerca de Fedor Dostoievsky. Lo que tengo escrito sobre él, voy a publicarlo, para que no se pierda. Tengo

verdaderos deseos de publicar mis estudios sobre este autor. Quiero escribir sobre *Pobres gentes*, *Crimen y castigo*, *El idiota* y *Los hermanos Karamazov*.

¿Qué es lo que aprecia de Dostoievsky?

Vengo leyendo a Dostoievsky desde que tenía 20 años. Ahora tengo setenta. He pasado cincuenta años leyéndolo. Me parece un enorme escritor. Trabajó en situaciones tan difíciles: en pobreza de medios, con problemas de salud. Su primera mujer lo dejó. Cuando leo su obra, tan extraordinaria, no sé cómo pudo lograr esa potencia de escribir, un hombre que era completamente degenerado. ◆

Carlos Martínez Rivas

TRES GLOSAS

1. GLOSA A:

"...en toda ofrenda ofrecerás sal". Levítico 2, 14
"Tened sal en vosotros mismos...". Marcos 9, 50

SENSUALIDAD Y SESOS REBOZADOS

*Poetisa, si tienes dieciocho años
y estás en perfecta salud, dona
tu cuerpo al Instituto de Ciencias.*

*Poeta, si no puedes usar tus
sesos escribiendo, véndelos
en el Mercado Oriental.
Aun rebozados sabrán sosos.
Les faltará la sal de la tierra.*

2. GLOSA A:

“¡Ay de aquél que escandalizare!”. Lucas 17, 1

*Una de estas noches, en reunión, leí
dos poemas míos recientes. Y disgustaron.
Sentí el choque vivificante. Algo así
como: ¡te estás pasando de la raya!
Satisfacción inundó mi alma.*

*Me preocupo cuando gusto –o no disgusto.
La poesía hoy en día no debe gustar.
No está supuesta gustar, sino disgustar.
Porque si gusta, rondando en derredor el Mal,
quiere decir que está dentro del Bien.
Dentro del Bien del Establishmén.*

*No “Ay de aquél que escandalizare”,
sino: Ay de aquél que NO escandalizare.*

3. GLOSA A:

“No os dejaré huérfanos”.
Juan 14, 18

“Quédate con nosotros,
porque se hace tarde...”
Lucas 24, 29

*La vista del hogar del Rey David niño, Jerusalén.
El paso lento por las calles del madero a cuestras.
El aburrimiento en la cruz. La rendición final.*

*Las posteriores apariciones en su magnética
distancia, propia de los disidentes.
¿No ardían, acaso, nuestros corazones cuando
se nos unió en el sandaliado sendero polvoriento
a esa hora, la de regresar como de un crimen
con una hoz o una guadaña; cuando
el horizonte sangra, y nubarrones
de humo, incandescentes, arden desde su centro?*

*Los llegados después, no tarde, a tiempo nuestro;
entre las Pinturas, en las bien encaradas
Antiguas Pinacotecas, hemos sido testigos
de la íntima cena en Emaús (Su halo, el pasmo
de los discípulos, la fracción del pan) que transmite
en su idioma de lienzo aceite almagre, la promesa
de que no nos dejará solos. Que
desde ese anochecer se quedó con nosotros.*

CAFÉ NEGRO

*No se inquiete el Doctor cuando su esposa
codicia un rincón en la mesa
de los poetas y los lúidos pintores.
Suéltela y no tema esos rivales el Doctor.*

*Si ella detuviera entre ellos
un instante su ansioso paso,
bostezaría mortalmente ante los rígidos
estatutos y las austeras respuestas.*

GONGORA Y ARGOTE EN SU TORRE

—*Don Luis, ¿en negra noche el trabajo?*

—*No tan negra como lo tachado.*

Mi escritorio es incómodo, bajo,

hecho de un ataúd descartado.

Uso pluma funérea, de grajo.

Queda Febo, a mi luz, deslumbrado.

EL BURLADOR DE SEVILLA

Se alza el telón. La escena en tinieblas. La voz de una mujer deshonrada pregunta a quien va a huir por el bal-cón: "Ah, Cielo! ¿Quién eres, hombre?" "Quien soy? Un hombre sin nombre"./ Acota José Bergamín: Don Juan es ya un nombre sin hombre.

OPERA PARVA, 1951

Luis Alberto Cabrales

*Aquella incomodidad teologal,
reducida a este puñado de hojas. Tal
fue su idea de la Obra; ¡tan frugal!*

INVOCACION

*Si no subí tan alto si no salgo
de mí mismo al abismo que no toco
si de nada de nada soy más poco
válgame tu valor si algo te valgo
nadie que cual nadie tuyo te invoco.*

*ENVÍO: A Santa Teresa de Jesús, muerta un
4 de Octubre, a las nueve de la noche, en
Alba de Tormes; desprovista de Dios, y de
cualquier bien terreno que se llamara vida.*

ESPIRITU DE GREMIO
y Defensa de la Poesía

*El Doctor León Pallais Godoy me espeta:
—“Para mí, un borracho es una bestia”—.*

*Yo, nunca he podido ver un borracho
como a una bestia. Siempre, trasexpósita
niña del ojo, arde luz vulnerable.*

*Pero el insensible, y el agresivo,
hacia, y contra la Poesía, a ése
sí que lo veo como a una bestia.*

Aun si estando borracho, ¡siempre bestia!

*HOSPITAL OCCIDENTAL,
lunes 2 de abril 1979.*

DAMA LLAGA DAMA

*Condenados serán los menesterosos
 Bienaventurados los ricos
 Porque los pobres aman el dinero
 Sueñan con el dinero que no tienen
 No son "pobres en el espíritu"
 Como los ricos
 Que se olvidan del dinero porque lo tienen.*

*La plebe de la Literatura Chatterton Poe
 Nerval Alfred Jarry Georg Trakl Malcolm Lowry
 desahuciados de sus apartamentos
 "enlevés de tout espoir"
 arrebatados de toda esperanza
 "les maquereaux" los chulos
 de la desventura
 los que como Amoy Blaine
 sostuvieron un serio diálogo con el Diablo
 en el cuartito de la prostituta*

*Ellos codiciaron
 (retuvieron en sueños)
 esa rica de empuñadura Daga
 El Éxito*

*Pero ¿acaso puede el infeliz
hallar su paz con una daga?
¿Hallar al fin reposo en la tiniebla de su sueño
alumbrándose
guiándose
con la luz de una llama de daga dama de llaga?*

PATAFISICA

Hommage à Alfred Jarry

*Cuando vuelvo exhausto y veo el bulto de un par de zapatos
negros, y creo que es mi gato negro POE ovillado,
no me engaño.*

Lo que veo es otro y uno; son los zapatos y es mi gato.

(Para Octavio Robleto)

GLOSA A:

"Sabba dukka sabba anatta sabba anikka"

(No hay realidad permanente en las cosas.
No hay entidad permanente en el hombre.
Sólo dolor por donde quiera)

-Canto Budista

CREMA DE ALMENDRAS

Propongamos que a lo que aspira el vulgo burgués es:

*no ver la nada del todo
no ver del todo la nada
saber de todo
menos de nada
que es de lo que hay que saber*

Yo sí

*Yo me interné en laberintos de intestinos
morunos Ojo de Velo Cielo de Miedo*

¡Crema de Almendras!

TARDE EL MISMO DIA

Tarde el mismo día cuando era demasiado temprano llegaste. Cuando yo no había envejecido lo suficiente para ser joven como tú me querías. Agostada la vida porque no apercibí a dónde arrojarla certeramente, como el discóbolo etrusco. Pero sólo aquél que pierde su vida la ganará.

RELACION SUCINTA DE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

al deceso de uno de sus indios:

—“Supo desde el principio que no serviría
de nada. Que de nada iba a servir todo.
En el desbarajuste integral de su espíritu
una obsesión de exactitud en la fábula.

(Forma Abstracción Imagen Certeza Sueño)

*La mujer surgida del pueblo. La que pudo
amarlo, pero que jamás lo admitiera suyo.
Sandras Chávez Marías Vanegas Endrinas
Amargas. Y ahora va a retornar al polvo”.—*

Homenaje a Toño Salazar

Este 1 de julio se cumplieron cien años del nacimiento de Toño Salazar (1897-1986), Premio Nacional de Cultura 1978 y uno de los talentos artísticos salvadoreños que lograra mayor internacional. Cultura se une a las distintas expresiones de reconocimiento al genio de Toño Salazar presentando dos facetas de su trabajo aún insuficientemente difundidas entre nosotros. La primera, es la de Toño Salazar escritor. Como evidencia de ello presentamos el singular discurso de presentación del poeta cubano Nicolás Guillén ante la Casa de España de Montevideo el año de 1948 y una pequeña muestra de una gran cantidad de las Crónicas Intemporales que aparecieran con cierta regularidad entre 1971 y 1979 en un matutino nacional. La obra escrita de Toño Salazar todavía espera ser recogida y reconocida como el testimonio de un participante en el desarrollo del arte del siglo XX en las principales capitales de Occidente. También entregamos al lector otra faceta de Toño Salazar como artista plástico: la del caricaturista político que participara activamente en el combate contra el fascismo en uno medio de uno de los periodos más oscuros de la historia de la Humanidad.

Palabras de Toño Salazar para presentar al poeta Nicolás Guillén en la Casa de España

Autor

Es paradójico, es difícil para un dibujante, ser elocuente y decir la palabra justa a un poeta. El dibujo se oye con la mirada, la poesía se ve con los oídos. La voz no es lineal, y, no puedo colgar en el espacio, en los huecos de las palabras, las curvas perezosas para amortiguar la bilis de la caricatura; no puedo colgar esas nubecitas largas que van en el cielo blanco del papel, esos panes humorísticos que ayudan a olvidar el mal persistente de aquí abajo.

Yo no estoy aquí, sino, para marcar un instante de esperanza y justicia, palabras que aún pueden decirse en esta Isla de libertad, que es el Uruguay.

Los dibujantes debemos empezar a hablar, porque ya no podemos dibujar. La caricatura hace de Sansón, extremece las columnas de los diarios. Pero no estamos decididos a callar de *indiferencia...* que los indios del altiplano americano dicen, cuando alguien muere: "Se quedó *indiferente*"!

Sea ejemplo el pueblo español, protestando en todos los ángulos del mundo; ejemplo —Nicolás Guillén— cantando por América su Cuba codiciada, gritando, que debe decirse SÍ, y no YES.

presente discurso fue pronunciado por Toño Salazar en el acto de presentación del poeta cubano Nicolás Guillén ante la Casa de España —institución cultural internacional del exilio republicano español— de Montevideo en el año de 1947.

Aquí donde el paisaje se adormece y dulcifica, es donde se acentúa el dolor geográfico de América ... entre las palmeras, el tabaco y las banderas verdes del cañaveral, vuela un casi-son:

“Los yanquis vienen volando
 urracas azucareras,
 urracas que urraqueando
 hasta nos están llevando
 el aire de las palmeras.”

Un amargo mar, mece la lenta desventura del Trópico.

Aquí está Guillén, él se presenta solo, su poesía lo trae, lo viene salvando, empujando, en este largo viaje laberíntico que es andar por América, con sus cancerberos en las fronteras y los ojos policiales del Norte, abiertos y sedientos y seguidores. Bagaje peligroso el de un viajero lírico, que pide Libertad y Justicia y Paz, para su Isla y su Poesía.

Los hombres del Caribe, del Istmo Central nos hemos alimentado de azarosos venenos, de persecución, y de sombra, de protesta y de fuerza, pero los inacabables días inútiles y de olvido, que desmayados maduran al sol, nos dieron también un José Martí y unos “cantos de vida y esperanza...”

Aquí está la poesía viva de la Isla y el SON del pueblo. Su voz de madera, su verso modelado en onda —con su hervorosa espuma de protesta— espuma recia y dura, de escupitajo lírico; su vaivén rítmico de amor y su dolor cívico empecinado; voz que va bien al horizonte isleño de caña y pesadumbre, al volcán y al altiplano continental; advertencia para “el Pan de Azúcar” —pan de hiel— y para la pampa del sur. Voz que va bien a los 4 vientos —a las bocacalles del mundo—, donde ya están instalados los hijos del “mal-vecino” de la Isla y del Istmo retorcido que muere, agoniza, en ese Panamá —cortado, roto— para que se escurran allí, a paso de culebra, los barcos con banana, oil, perfidia, policía y negocios, “ayuda” y “Coca-cola” ...

Hoy, este dolor americano que nos anda por dentro —por la entraña española— se une al dolor de los errantes españoles republicanos, heridos, en la piel ensangrentada de su geografía y de su Poesía. La poesía popular, cantó con su garganta estremecida la primera República Española del 73, y, después de un silencio angustioso, —tiempo callado de 57 años— enciende nuevamente sus ritmos, el 14 de Abril del 31. Pero, así como la Libertad tiene sus gargantas anónimas:

“Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicano es el aire,
republicano soy yo”...

también tiene sus voces eternas. La Poesía acompaña siempre a la República Española. La del 73 tuvo sus gritos cantadores, pero también recibió el saludo de un extraño americano —Santo de la Democracia— Walt Whitman:

“De las grávidas sombras de las nubes,
de los esqueletos feudales,
de los huesos amontonados de los reyes,
[...]
de las momias pulverizadas,
de las ruinas de las catedrales,
de los palacios derruídos,
de las tumbas de los prelados...”
Mirad!
El rostro de la Libertad!
Avanza hacia nosotros y nos mira”.

La República Española del 14 de Abril viene ceñida también con la corona libertaria del canto, la voz ilustre de sus poetas es el latido vivo del corazón de la República. Las mismas manos de Antonio Machado, tiraron, temblorosamente, el delgado cordel, para hacer ondear en el viento nuevo, la bandera republicana. Y, Juan de Mairena, escribe:

“Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia! Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra república

de la mano. La Naturaleza y la Historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada, o en un romance infantil:

La primavera ha venido
del brazo de un capitán
Cantad niños, en coro:
¡Viva Fermín Galán!”

¡Pero ya en 1931, no hubo saludo en verso inglés, para la República traicionada!

Después vino la desventura y el engaño; el crimen de Granada; la muerte ejemplar en Colliure, y, la voz de “viento del Pueblo” calla en un penal de Alicante.

Esas voces asesinadas —Nicolás Guillén— las extenderá como crespones dramáticos —como túmulo— en esta Casa de España y, en su voz, sentiremos el hondo pesar español, unido al mecido dolor cubano, luchando también por la vida de su Isla sojuzgada, entre el cielo, el mar y la rapiña. ♦

Toño Salazar.
1947.

Crónicas Intemporales

La coronación de Picasso

Al llegar a París, cuando el escritor Pierre Mac Orlan me abrió las puertas de la Nueva Sociedad de Humoristas que se llamaba “La Araña”, expuse una caricatura de Picasso de un metro de alto, con los atributos de un papá, los pies sobre un cojín amarillo como un sol y un callado, con piedras preciosas y estrambóticas. Era el Pastor de la Pintura, los ojos de su pincel eran todopoderosos.

La escritora Gertrude Stein le llamaba: “Mi Napoleón”. Hoy Gertrude Stein es recordada por el retrato hecho por Picasso. Colgada en un museo de Nueva York, ya es inmortal. “¿Me parezco?” le preguntaba. —“Te parecerás”, le respondía el pintor.

Paris le ha dado todo a Picasso: hambre, millones, comprensión, amor y la gloria que, solamente ostentaron en vida Víctor Hugo, Voltaire!...

En 1966, la ciudad de París le ofrece el Grand y el Petit Palais, como homenaje, donde Picasso expuso varios kilómetros de pintura, desde el momento Toulouse Lautrec hasta la desintegración del cubo y de la figura humana. Fascinados por el mito Picasso llegaron 600 mil visitantes. Hoy el Louvre abre sus galerías consagradorias a este español de mirada de fuego que ha incendiado la Pintura.

El 25 de octubre, Pablo Picasso cumple noventa años. El 21, cuatro días antes del onomástico, el presidente de Francia, señor Georges Pompidou, inaugura en El Louvre la exposición temporal del pintor. Es magnífico el gesto de Francia al darle a este “hijo pródigo” una nueva corona. Picasso entra al cielo de la inmortalidad

Crónicas Intemporales fue el título que Toño Salazar dio a una columna periodística publicada en *La Prensa Gráfica* que de 1971 a 1979 fue recogiendo una serie de sus memorias y reflexiones sobre distintos aspectos de la vida artística nacional e internacional.

pictórica por la puerta de la Basílica de la pintura. Sorpresa para quien nunca comprendió el esfuerzo de este genio español.

El "Gilles" de Watteau, simbólicamente invita al "Arlequín" de Picasso a iluminar la Galería ilustre, con una luz nueva.

Las telas de la Epoca Azul, vendrán de Moscú, para festejar al español y recordarle la época doloridad del hambre, cuando él escogió para mostrar su dolor, un color glacial: el azul.

El gobierno francés proyecta hacer un museo-Picasso.

El océano de la pintura del artista no tiene riberas. Según el catálogo Zervos, había ejecutado entre 1892 y 1962, más o menos, 11,094 pinturas y dibujos. Si se

La obra de Picasso es el espejo de nuestro mundo, dramático y profundamente inteligente

agrega la producción de los nueve últimos años (200 obras por año) se llega a la cifra inimaginable de 13 mil pinturas y dibujos. Sin recoger la cifra fabulosa de 100 mil estampas, 300 esculturas y cerámicas ... En total más o menos 200 mil obras.

Esta obra tumultuosa ha tenido una importancia capital en el siglo XX, es el espejo de nuestro mundo, dramático y profundamente inteligente. Se ha podido vivir una paz atómica, como si el átomo aún no se hubiera impuesto: pero los ojos de los hombre no pueden ver las cosas sin la deformación que Picasso imprimió a la realidad. Hoy cumple noventa años de trabajo, de cambiar la faz de todas las cosas. El "humor" de Picasso ha sido azul, rosa, cubista ... las dificultades de su alma, la ocupación nazi, las enfermedades ... han desembocado en "épocas negras".

El sueño de la razón crea monstruos, decía Goya. Los fusilamientos, la injusticia humana hizo decir al mejor periodista francés, François Mauriac: "...el rostro humano se rompe, se apacha, finalmente se disuelve en pesadilla en la tela del pintor". La pintura de Picasso es la hoja de temperatura de este mundo miserable y esperpéntico.

Picasso dice la verdad y la verdad es temida como revolucionaria. Se va a la Luna pero la guerra humana se queda en la Tierra, esto también lo han dicho los pinceles de Picasso en "Guernica", "La Guerra y la Paz", que son el termómetro de la belleza y del infierno del mundo. ¡Noventa años de una vida incendiada que no se apaga!

(La Prensa Gráfica, 25 de octubre de 1971)

Asturias, Hombre de Maíz

Mi amigo Miguel Ángel, que tanto he dibujado, es un sujeto magnífico para un “deformador”. Físicamente está en Códice, en piedra antigua, en relieve maya, en vasija china, en raíz despierta, en hoja verde, en bejuco enrollado, en árbol quemado ... en ídolo pintado de sangre, en tecomate lleno de sueño.

El telar de su prosa es un río lleno de peces, pájaros, espinas de cangrejo, tiene un temblor primaveral que despierta el verde eléctrico del quetzal, luz verde vegetal y mineral, jade prendido al cuello de nubes caminadoras, lo mismo que los pericos gritadores con ojos de oro y las iguanas que se iluminan al beber el sol ... Sonoridad de consonantes, de sílabas en temblor, de frases epilépticas. Prosa con blanco de aspirina, de luna, de sal, y al final las ramas moradas del esqueleto de la retórica, ahogado en la tiniebla del tintero o ahorcado en la culebra azul de la máquina de escribir ... Así es este elefante cachiquel, callado y ruidoso, percutante en su prosa. Espejo roto del Popol-Vuh.

Su maíz prosódico estalla en dientes lucientes ... No tiene reloj como América. Los cocoteros dan mangos, los naranjos cocos. Los que van a caballo montan gusanos, los jefes burócratas no tienen ojos, los escribientes no tienen manos ... Todo está a la vuelta, allí cerca, mañana ... Su atmósfera es de catástrofe, temporal, terremoto ... Un maya que mete los pies en el Sena y en la nieve de Oslo.

Guatemala es su leyenda, el volcán lo lleva en la valija, lo mismo que el “Hombre de la Pampa” del Supervielle de París.

Como una legión de alas de fuego, ha aparecido en Europa y en algunos barrios de París, la novela latinoamericana, especie de “letra comprometida”, haciendo “del lodo, oro reluciente”, según la afirmación de Baudelaire. “La literatura americana es una bella Anaconda desconocida ...” decía Rubén. Esa “Anaconda” es Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Cortázar, Borges, Octavio Paz, Rulfo ... Los premios Nobel de Gabriela, Asturias, Neruda ... han terminado con el silencio de los editores. Ya Darío, en aquel entonces, tenía un latido social,

“Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,

millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos,
y, dolor, dolor, dolor ...”

Al mismo tiempo, el tildado de “frívolo”, Gómez Carrillo, a su regreso de Rusia, después de ver a Tolstoi, transcribe esta proclama: “...nosotros, los infrascritos, declaramos que toda tentativa de reforma será inútil si ella no tiene como base la supresión de los privilegios y la influencia de los grandes duques...”. Lugones, en la Argentina, tiraba bombas literarias anarquistas.

Nuestra novela es posiblemente la más viviente, quizás ese sea su éxito de librería. El poeta, el novelista es el “aguafiestas”, quien dice lo que no se debe. América dice hoy su “dolor social”, mientras que Europa ostenta un refinamiento racional y formal.

En nuestra búsqueda de vocación universal, prendidos de la raíz eterna del Siglo de Oro, se ha estructurado una nueva voz escrita de Latinoamérica, con su lenguaje y temas vivos, mostrando que la literatura hispanoamericana es una sola, un decir común, no un folklore de región, es un “dolor continental”.

Con su “Señor Presidente” hasta el “Maladrón”, Asturias denuncia la indignidad del ambiente, suelta su trabalenguas, su propio ser cosmogónico: convive con los animales del Popol-Vuh, el Piojo, las Hormigas comedoras de flores, el Puercoespín, el Conejo que forma la cara de la luna ... es hombre del Popol-Vuh con los “sonidos negros” que decía Lorca. Escribe un nuevo español con letras de sangre. La lengua española nace entre selva y dioses mayas. Verdadero nuevo mundo literario, mitad “esperpento” y mitad “espantajo” ...

Asturias es un visionario; ha juntado la materia inerte y la materia espiritual. Su tintero es un perico de clorofila o un cangrejo azul, una iguana o una orquídea, un hombre de maíz o de martirio.

En todo este enredo poético está siempre la “condición humana”. El dice que yo aprendí “a todo gracia, la poesía gráfica de los manuscritos indígenas, donde parece nacer, encantadoramente, el alfabeto de la flor, el lago y el volcán”.

Yo diría: Miguel Angel es el vocero íntimo, el cantor de un apocalipsis cotidiano ...

(*La Prensa Gráfica*, 18 de abril de 1972)

Los ojos de un pueblo. Vasconcelos

El tesoro del hombre es el recuerdo. Estas crónicas son el testimonio de un momento vivido en la Revolución Mexicana, asistiendo así al nacimiento de la Pintura de México. Los personajes que evoco son los Cuatro Pintores del movimiento pic- [error y laguna en el texto original] ...celes en las entrañas nacionales. Las palabras llegan temblorosas para traerlos a su verdadera presencia. Entonces, viene a mi mente la dolorida lamentación del clásico español, don Francisco de Cascales, que lloraba así: “¡Oh letras! Oh infierno, oh carnicería, oh muerte de los sentidos humanos ... Seais rojas iniciales o negras; por lo rojo sois sangrientas, por lo negro sois símbolo de la tristeza, del luto, del trabajo, de la desdicha, de lo pasado ... ¿Quién me metió a mí con vosotras?”

Pero no es la hora de arrepentirse, y, mis maestros y compañeros siempre fueron los pintores y los poetas, es a ellos que va mi deseo de hacerlos vivir en lo más duradero de ellos, su obra.

El México de la Revolución era clima propicio para un alma encandilada, pólvora prometedora de esperanzas y ensueños. México fue en la aventura de mi existencia, el umbral del mundo y el principio del encantamiento de la vida.

Pasada la destrucción y suavizados los dolores políticos, comienza la reconstrucción del país. Intelectuales, estudiosos, escritores, artistas, trabajan para alcanzar los ideales de una nueva organización política, una educación y una cultura mexicana. Al vislumbrarse el primer oasis de paz, entre obstáculos y decisiones, aparecen los nuevos frutos. El país miró siempre su brújula valerosa indicadora de la senda a seguir.

Al avanzar desde el mundo colonial al moderno, ya Hidalgo y Morelos, han comenzado a decapitar la esclavitud, después viene la revelación de Juárez, entre truenos y relámpagos. Apasionante el zapoteca de naturaleza impávida e incansable, con su destino de privilegio, especie de Santo Cívico, dominador de toda dificultad, porque, debía entregar al pueblo su verdadera alma liberal.

En el año 1910 las fuerzas políticas se enfrentan ante la dictadura, con la promesa liberadora de Francisco I. Madero. La “Inteligencia” de México, representada por el “Ateneo de la Juventud”, enciende un nuevo fuego cultural con el coro de José Vasconcelos, Antonio

Caso y Alfonso Reyes. Caso es el fuego sagrado de una filosofía social; Alfonso Reyes, trae su obra humanitaria de Ensayos y erudición; de lo universal a lo mexicano, desde los oscuros enredos verbales de Góngora hasta la "Visión del Anáhuac". Su preocupación escogerá como centro, el nopal habitado por el águila impercedera, y llevará en la frente, la bella cicatriz de la X mexicana.

José Vasconcelos, Ministro de Educación, es el Apóstol del Alfabeto, editor de los griegos, creador de imprentas, escuelas y estadios; atrae a los poetas y a los pintores; rompe la "torre de marfil" y agita, verdadero soldado del pensamiento, "La Cultura para Todos". Esta obra colectiva no se resuelve "solamente" en libros y escritos, sino también en acción política. José Vasconcelos es el promotor del nuevo sistema de educación fundado según sus palabras, en "la sangre, la lengua y el pueblo".

Sobre la devastación y la muerte renace la vida, el progreso y la cultura, esta vez, la preocupación es expresar "lo mexicano".

El presidente Obregón creía que la educación era algo "abstracto". Vasconcelos decide practicar métodos usados por los misioneros durante la conquista; convivencia con los indígenas, en la plaza del pueblo un profesor leía en alta voz páginas de historia, de geografía, y, algunas prosas imaginativas... Obregón dio un presupuesto a Vasconcelos "tres veces mayor" que el del "Porfiriato" derrocado.

Vasconcelos con amor para su México revivió inteligentemente las artes tradicionales e impulsó las artesanías, la cerámica, los tejidos, la música, la danza. Soñaba con construir al "mexicano". Pronto llega a las artes mayores. Llama a Diego Rivera y Siqueiros que están en Europa; atrae a Orozco, al Dr. Atl, a Tamayo, aún promesa del futuro pintor actual. Vasconcelos, un día, da los muros, los colores y nace "la Pintura de México". Ese movimiento pictórico es como un milagro en la vida plástica de América.

Hablando de los mexicanos, escribe Sahagún: "...fueron tan atropellados y destruidos, ellos y sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes".

José Vasconcelos artífice, juntó el polvo de oro del tiempo, que la historia había dispersado; fue el "pararrayos celeste" entre los ritmos, arpegios, colores, esculturas, alfarería, alfabeto, libros ... En una especie de inmersión de su mismo corazón mexicano, gritaba: "Por mi raza hablará el espíritu". Toma la iniciativa para que el Estado, por primera vez, en la Historia de Mesoamérica, intervenga

económicamente y sistemáticamente, entre los artistas y el pueblo, borrando los “cascarones espirituales” de magnífica ignorancia, tan amados en nuestra América, consejeros de todo, sin ser capaces, siquiera, de mostrar las “cartas plenipotenciarias” de su absoluto limbo mental.

(*La Prensa Gráfica*, 3 de noviembre de 1972)

Arturo Ambrogi —Cien años de florecencia

El tiempo se enreda en las agujas del reloj del pasado que no vuelve como el río del filósofo. Es difícil tocar esa encantadora, vaga realidad, sin levantar un rumor de melancolías y despertar la golondrina del recuerdo ...

Se cumplen cien años del nacimiento de nuestro Arturo Ambrogi. Casi niño toqué su puerta, su persiana verde. Lo encontré flaco, nervioso; se le veía la anatomía debajo del saco de piel pálida; vivía en cierta soledad, en cierto vacío; su única preocupación era pulir las palabras. El me señaló los caminos del mundo y me dio el laberinto de la aventura. Hoy lo evoco con veneración y lo contemplo en el mejor patio de mi gratitud.

En estos días de bruma salgamos a ver el color de Ambrogi. “El libro del Trópico” es la cara del país. Es él quien vio primero las espinas y las mieles del territorio. Su libro es el microscopio nacional, ilumina desde el enlutado zopilote, al gusano de lodo; el fruto jugoso y la hoja enredada, la serpiente del camino y el habitante dolorido. Le veo la chaqueta llena de polvo y clorofila, entre la colina y el añil del cielo. En sus páginas, como en los cuadros de Brueghel, hay siempre un pájaro. Usó la pluma como pincel, la luz como color. Escritor, describió nuestra geografía como un bordador hace un tapiz sentimental. Es el Francisco de Asís del cenizote y del grito de la chicharra ... Toma el antejo al revés y mira lo mínimo con amor minucioso. En su tintero, como en los brazos de Pomona, lucen todos los frutos: “Allí está la rama de laurel, en gajos de hojas coriáceas, anchas y lustrosos, de un verde sombrío. Allí las ramas de ‘paraíso’, las hojas menudas, en forma de jinetas, consteladas de corimbos de menudas florecillas de un lila agonizante...” “El carmín y la laca de los mangos contrastan con el oro encendido de las naranjas, el esmalte verde de las limas y el rojo del cardenal de las

sabrosas pitahayas... Las granadas rajan su cáscara, como estuches de cuero gualda que dejasen adivinar, sobre la seda del fondo, prendidos y ordenados en ringla, los rubíes de sus pepitas. Las puntiaguadas sincuyas, y los granulentos zapotes funden sus aromas mielosos en la fuerte, picante y obstinada de los melones de Castilla”...

Hay “superrealismo” en su afán de detalle; todo lo existente es tan “exagerado” que cobra una nueva realidad.

El arte no es copiar; se llamó “copiador”, “fotógrafo” ... El tiempo ha barrido las incomprensiones. ¿Y el amor, la embriaguez y el oficio del escritor? ¿Y el gozo descriptivo? ¿Y su misma melancolía tullida?

Hay una ecuanimidad en su decir, nunca es solemne o pedante. Supo callar la tempestad interior. A su palabra culta agregó “salvadorenismos” graciosos. El espejo de su ojo y de su pluma reflejaron nuestro mundo verde e irisado.

Rodó por los caminos terrosos, sistema venenoso del país, donde corría la sangre de la agricultura. Siguió las rutas en el brinco hasta el barranco y en la subida elástica al volcán. Las nubes rosas del maquilishuat lo acompañaron como el incendio de la flor de fuego ...

Le dolieron las “mujerucas”, el hombre “hético”, el “rancho” desvencijado ... entonces se subía su escritura, se subía a los telones del cielo y describía desde el lila moribundo de la tarde hasta el hollín de la tormenta ... Magnífico escritor nos regaló un preciso fichero de lo existente en nuestra casa.

En esta pobre crónica no puedo recogerlo!

Al llegar a París, Gómez Carillo me preguntó por él, y, en Buenos Aires, Lugones le recordó admirativamente. Ambrogi estuvo en el principio de la batalla modernista, poniéndole nuevos acentos y elásticos a la prosa del movimiento renovador castellano iniciado en América.

¡Oh, mañana de oro de nuestro encuentro providencial! yo no sabía del tesoro de la amistad, yo no sabía que debía guardar mi mejor lágrima para dársela al final de la vida, cuando ya han cuajado todas las sales de la existencia, y, decirle en nuestra tierra maternal este recuerdo trémulo ...

¡Cien años! y usted, maestro, siga viviente y fresco en su palabra, como en aquella mañana inolvidable y definitiva...

(*La Prensa Gráfica*, 26 de mayo de 1975)

Salarrué —maestro zenzontle

Se me encarama la pena como una enredadera de mil espinas, al recordar que en la infancia lejana, Salarrué venía a casa de nuestros tíos en las mañanas de luz cuando ya consumía retazos de horas, tratando de aprender a dibujar, para sacar de mi mente las curvas que cosquilleaban la inventina tullida.

En ese entonces lo llamábamos Efraín.

Yo era pequeño, bajo, corto ... En mi casa se rezaban tiernos novenarios para cambiar mi estatura de enano ... Efraín era largo, alto, con un cabello ondulante color de naranja y miel ... Lo miraba por la rendija del ojo, mientras escuchaba temeroso, con la oreja pegada a la pata redonda de la mesa antigua, cómo el comején devoraba la madera! ¡Era ya la clepsidra, señalando que todo se acaba y que existe un comején fatal para destruir la vida!

A Salazar Arrué le miraba algo de arcángel, un aura rara lo ponía en soledad, aislado del contorno. Tenía algo del aire de la palma de Sonsonate y algo de infancia retenida; la mía, se había perdido en la incertidumbre cotidiana.

Los caminos no eran paralelos, aunque había un crucero en nuestra brújula de la vida. Salarrué debía encontrar en Brentano's (Nueva York) "El libro del Trópico"; en la línea de la fortuna de mis manos, había un aparencia inesperada: Arturo Ambroggi.

Es entonces que entramos en la alcoba verde del trópico, con los ojos deslumbrados. En nuestro árbol genealógico crecían mil ramas. Ya en el otoño del tiempo volvimos a tropezarnos, y, en el árbol venoso de la sangre encontramos columpios secretos, escaleras que llevan a la ternura, al goce de cantar y mirar.

El mar de la vida en sus aguas revueltas nos detuvo en el volcán, lo mismo que el Arca en el monte bíblico.

Entre tanto Salarrué sacó del Arca a "la Chole", a "Cosme", a la cucaracha, al tacuacín, al zope ... una estrella, un celaje ... el harapo ... Navegó por "el Uluán" y guardó su mejor vino verbal en nuestro barro, en la luz y el habla...

Salarrué estalla en sentimientos vírgenes, es adánico, con cultura suya, con gramática inédita que lleva en su bolsillo, entre las costillas, en su voz. No existe Fray Luis, Gracián, Quevedo, Cervantes, San Juan de la Cruz, Góngora ... Escribe lo que le da la gana, escucha a su zenzontle "interior". No tiene "ruiseñor" como Ambroggi.

No dice "soy escritor" de tal manera, anda fuera de la cultura de tradición. Tiene una inocente libertad ...

En los días de París, Don Miguel de Unamuno solía decirnos: "la lengua es poesía, y agregaba: es el espíritu de la carne, el sentimiento de la vida directa, inmediata, terrenal... La raza espiritual humana se está siempre haciendo". En ese momento la novela, el cuento latinoamericano, aún no había hundido las fronteras. Don Miguel soñaba con un lenguaje "conversacional" como el que ensaya Salarrué en la palabra de Ulogio Isho, José Pashaca o la Ulalia ...

Que nuestro gran escritor tenga siempre un trópico verde como el Paraíso; que su colina de los Planes, donde ha escrito tanto sea iluminada con la corona de celajes del crepúsculo, y, las noches siderales señalen rumbos a este navegador de sueños ... En el camino incierto, lo acompaña nuestro corazón.

(*La Prensa Gráfica*, 18 de agosto de 1975)

El surrealismo

Saludo. —Saludemos la llegada de José Luis Cuevas y de José Gómez Sicre por su presencia en San Salvador. El pintor mexicano lleno de ingenio como su obra: vértigo de cardiogramas, sismos y caligrafía de laberinto; dolor de toda herida, pena de lo humano retorcido... Sicre, el catador de pintura desde la Unidad de Artes Visuales de la OEA. Toda arena de oro, toda expresión pictórica nueva, auténtica, ha sido recogida por el crítico. Finalmente, el Curso de Pintura Latinoamericana, dicho de la manera más inteligente por Marta Traba, que expuso el panorama de la actual pintura sud-americana. Su voz aún está viva, debemos recordar especialmente su exaltación del "Surrealismo". Marta es el clarín de la batalla de nueva vida del arte pictórico.

"El Movimiento". —Ahora que aún vive el recuerdo del "Surrealismo", debemos insistir en que es un "movimiento" fundamental, y, sin él, no florecería la nueva pintura. Recojamos la brisa, la tormenta surrealista que agita las brasas de las visiones de los sueños. El público gozó de cierta fiebre de lo imaginario. "Sueño, luego existo", se decía en París, en 1924. André Bretón el pontífice del

surrealismo, proclamaba con una vehemencia desaforada, la soberanía del “ensueño” y de lo “maravilloso”. Adrienne Monnier, le conoció joven, antes de la celebridad, nos cuenta: “Era hermoso, de una belleza no angélica, pero arcangélica (los ángeles son graciosos y los arcángeles fuertes). Su rostro serio, bien dibujado: los cabellos largos y echados hacia atrás con nobleza; su mirada ausente, hacia el interior, tenía el color de jade... A Bretón la violencia lo ataba en inquietud. Tenía la diligencia inmóvil de los mediums ... Breton contagiaba de alta temperatura, de exasperación y de una nueva visión de la poesía ... incendiaba las ‘sensaciones interiores’, enriquecía las ideas, los objetos, el gesto o calambre de un sentimiento...”

De los años enfermos de la primera post-guerra, nace esta nueva poesía que volaba por la vía real del inconsciente, poseedor de un poder desconocido. Umbral de un mundo más libre y más puro, del que el espíritu se opondría a la materia, el sueño a la realidad. “No logramos tocar de un ser sino algunos filamentos”, había dicho Víctor Hugo.

La palabra “surrealismo” fue inventada por Guillaume Apollinaire, cuando presentó el drama “Les mamelles de Tirésias”, el vocablo quedó viviente como su recuerdo.

“No existe modelo para quien busca lo que jamás ha visto”, cantaba desconsolado Paul Eluard. “Sólo el sueño tiene la llave de todos los caminos, no quedaremos dentro de un torre de marfil”, decía Breton. A Max Ernst se le oye repetir el axioma de Descartes: “Mundus est fabula”.

Al descubrir Freud los misterios del subconsciente, la razón sufre un deslizamiento hacia la oscuridad de la lógica... Quedamos en un semi-sueño en la manera de percibir los objetos y los sentimientos; quedamos en el borde de la locura, como le aconteció a Poe, a Baudelaire... Se llegó al “más allá” de la pintura y del canto. El arte adquirió nuevas cicatrices estéticas.

Arnim ya había presentado aquel personaje que expresaba: “Discierno con pena lo que veo con los ojos de la realidad, de lo que veo con los ojos de la imaginación”. Es decir, se sabe que la vida no es sueño, sino pesadilla.

Desde horizontes lejanos de la pintura, se ve el misterio (Chirico, Ernst) rotura de la perspectiva que conocían nuestros ojos: Ahora vemos una atmósfera de la locura domesticada. El surrealismo en su “manifiesto” no trata “Violencia”, acarrea cierta poesía y predicaba una “batalla poética”. La pintura anterior quedaba como

inconsciente, lejos de la inquietud de la verdad interior de los seres y las cosas. El acento de la vida parecía candoroso, el ala romántica abanicaba la existencia. La pintura pasada fue "un lecho de rosas" como clamaba el emperador inolvidable.

El pintor tiene y expresa su universo lo mismo que el poeta, sus ojos son nuevos y distintos, solamente la pereza del público y el crítico ciego de convenciones no ven la nueva belleza inteligente. El sabor del peligro, el salto mortal de los sentidos nos llevan a un mundo desconocido.

Entre el alma y el mundo, existe un paisaje sin lógica aparente, que la desnuda noche de la oscura psiquis ... La angustia de la belleza más intensa que la expresión cotidiana; es una especie de mundo "suspendido", únicamente visto por el ojo mental ... Solamente existen Rêve et réalité, ...

Bretón. Días esplendorosos de una juventud que creíamos más durable y plena de futuros inacabables. Una noche en Montparnasse, la luna redonda y amarilla, también joven, extendía el estandarte de su luz. El poeta surrealista Robert Desnos, me llevó a conocer a Bretón al "Café Cyrano", en Montmartre. Allí estaba el joven Júpiter, gritando y gimiendo su esfuerzo surrealista entre nuevos pintores y poetas. Otra noche ruidosa estuvimos en la rue Blois, sucursal capitaneada por Miró.

Una tarde crepuscular, el día se apagaba en la preciosa calle Bonaparte, frente al fantasma de la Imprenta que tuviera Balzac, (rue Visconti) pasaba André Bretón, ya la nube gris de su cabellera dormía sobre su cabeza... Lo vi solitario, desapareció ... ya no recordaba a Júpiter. ♦

(*La Prensa Gráfica*, 9 de marzo de 1976)

Ocho Caricaturas Antifascistas

Durante los años de su estancia en Suramérica, Toño Salazar elaboró abundantes cartones políticos sobre acontecimientos de actualidad y los publicó en los principales periódicos. Esta faceta de su obra es extensa y se encuentra hasta ahora insuficientemente documentada. Dentro de esta vasta obra, destaca una serie de caricaturas en las cuales Salazar pone a funcionar su ingenio para reírse de los ídolos que el fascismo internacional estaba entronizando. Hitler, Mussolini, Hirohito y, sobre todo, Francisco Franco, el caudillo triunfante de la aún reciente Guerra Civil Española se convierten en los principales objetos del fino humor de Toño Salazar. Estos cartones políticos no constituyen solamente una muestra de la fecunda imaginación del autor, sino también son un testimonio de la valentía y del compromiso ineludible de Toño Salazar con la causa de la libertad.

Debemos recordar que la derrota de las potencias del Eje todavía no estaba asegurada y que las simpatías hacia los fascismos eran enormes a lo largo y ancho de América Latina, especialmente en el Cono Sur, donde el autor residía.

Para el presente número de CULTURA hemos elegido ocho caricaturas y las hemos reproducido tomando como base los bocetos originales que Toño Salazar entregaba a los periódicos. Por lo general, aparecían varias caricaturas juntas en una plana entera dedicada a satirizar algún aspecto de la política nacional e internacional de ese entonces. Queda pendiente pues una labor de rescate e inventariado de esa lograda y paciente faceta de la obra de Toño Salazar.



EL ARIO



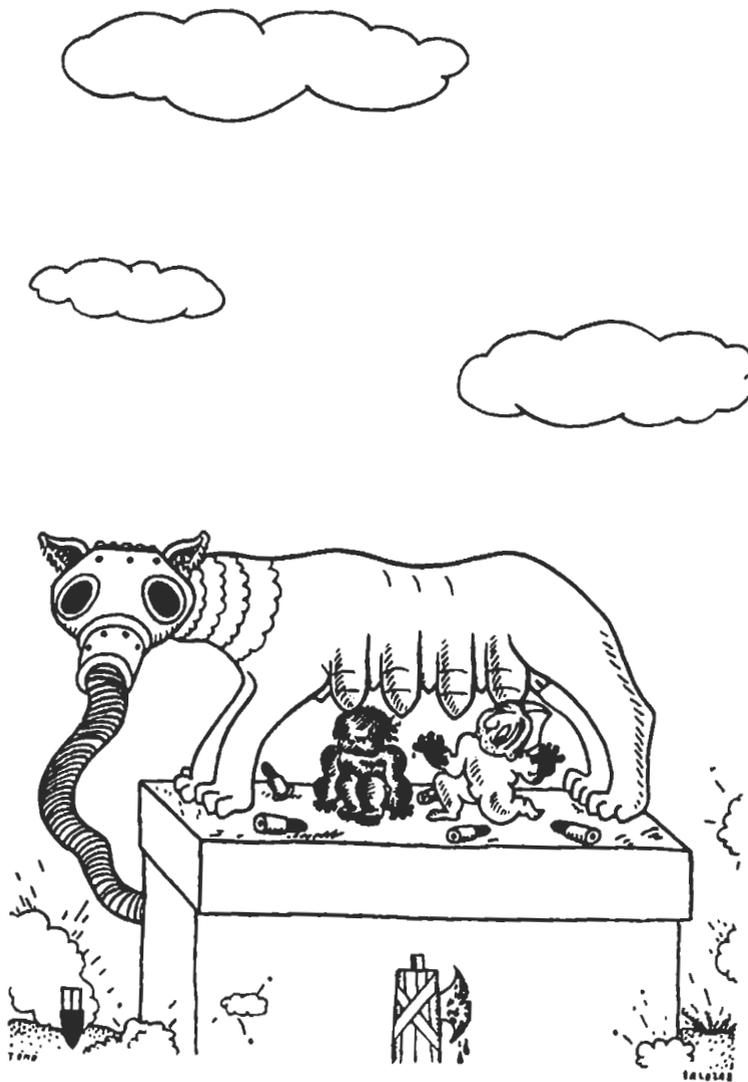
HITLERODOPUS



HITLER PIDE APOYO MORAL
HIROHITO: SÍ, DALEMOS MUCHO APOYO MOLAL
AL TELMINAL EL BAÑO.



DE LA ESPAÑA AUTÉNTICA



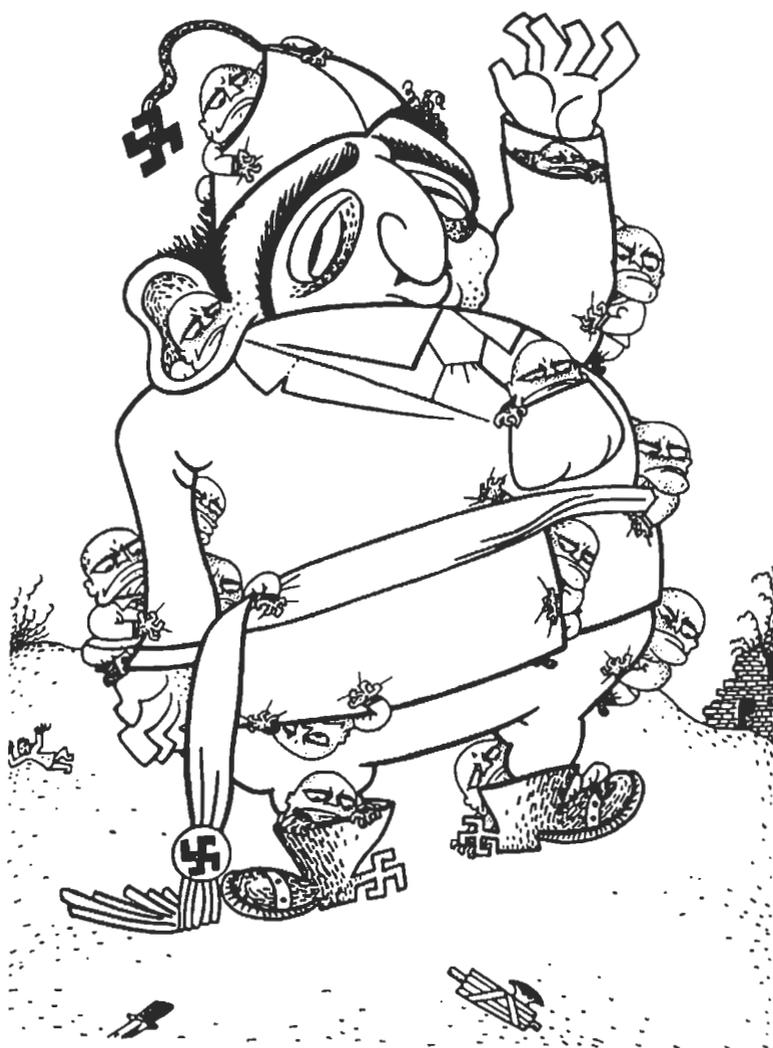
LA LOBA ROMANA



EL CABALLO DE TROYA

ToRo

SALAZAR .31



EL INFECTADO



Sangre en el Codo del Diablo

José Ricardo Chaves

A Manuel Picado

Sin ninguna duda corrían buenos tiempos en el país. Aunque la guerra civil ya había cesado, eso no significaba que las armas fueran a estar sin hacer nada, herrumbándose en los cuarteles por la humedad tropical. A decir verdad, ni siquiera había tiempo para oxidarse. El bando opuesto y perdedor, de los calderocomunistas, ahora invadía el norte del país, apoyado por Anastasio Somoza. Un movimiento que eventualmente fracasaría y que los historiadores de hoy conocen como la “Contrarrevolución de 1948”.

Ajeno a todo este ajetreo político se encontraba Alvaro Aguilar en su habitación del “Park Hotel”, amplia y algo más fresca que afuera, donde el sol de mediodía se mostraba robusto y tropical. El hotel de dos plantas estaba ubicado junto al malecón y no hacía mucho que Alvaro se había fumado un cigarrillo en la galería exterior, con su vista perdida en el mar. Durante sus primeros días en el puerto de Limón se había hospedado en el hotel “Siglo XXI”, más grande, de tres niveles. pero resultó demasiado

José Ricardo Chaves, escritor costarricense nacido en 1958. Ha publicado un volumen de relatos y una novela. Desde hace años radica en México, donde se desempeña como investigador.

ruidoso por el continuo movimiento de los trenes con su cargamentos de plátano y cacao al exterior y de mercancías suntuarias para el interior del país, y entonces se cambió al Park Hotel.

Oyó unos tiros a lo lejos pero no les dio mucha importancia. Tal vez fueran simples cohetes infantiles. Siguió con su mente quieta, en reposo, sin punto de comparación con las olas del Caribe que, a lo lejos, reventaban en la playa, móviles y cambiantes. Alvaro descansaba al tiempo que hacía sus ejercicios mentales, y uno de estos era justamente escuchar el mar de afuera para nadar en el mar de adentro. Los balazos que afuera hubiere, los muertos, la sangre, el nuevo o el viejo gobierno, todo eso quedaba muy lejano en el alma errante y nadadora del soñador.

Había nacido en San José pero a los siete años sus padres emigraron a México, donde concluyó la secundaria. Su papá era ingeniero y fue contratado por una empresa mexicana de construcción. Tras algunos años en la ciudad de México, y en parte por la presión de la esposa, decidió volver a Costa Rica. El adolescente se adaptó pronto a las costumbres de su propio país. Alvaro terminó sus estudios del colegio y entró a la universidad, donde estudió Derecho sin muchas ganas, apenas para tranquilizar a sus padres, que se espantaban ante la naturaleza abúlica de su hijo. Quizá más que abulia, lo que había en Alvaro era un espíritu contemplativo, lo que no se lleva nada bien con la acción, y prefería usar sus tiempos de ocio en leer o en caminar por los parques, cuando estaba en la ciudad, o salir de ella y vagabundear por los bosques fríos al norte de Heredia.

Había algo de visionario en el muchacho que lo había llevado de niño a jugar con los duendes, y cuando ya su ojo no fue capaz de verlos por haberse tornado demasiado rígido, entonces se le desarrolló una cierta visión, una capacidad de predecir sucesos futuros, que al principio fue tomada por los padres como una curiosidad, pero después el asunto se vio con temor y se ocultaron ante los extraños las dotes sibilina de Alvaro. Estas se habían manifestado al entrar en la dolescencia, cuando vivía en México. El padre pretendía no hacer mucho caso de los poderes de su hijo y gustaba decir que se trataba de “curiosas coincidencias”, pero la madre se asustaba más y temía que, de alguna forma, esa videncia fuera, no para bien, sino para mal de su hijo, que estuviera inspirada más por Luzbel que por Jehová.

Tres años atrás Alvaro había predicho la muerte de su padre. Un día el señor había anunciado un viaje de trabajo a Panamá. En

el momento en que el joven se enteró del plan, vio a su padre bañado en sangre y al poco tiempo envuelto en llamas. Sin embargo, en su visión el hombre no se quejaba, parecía no sufrir la sangre que lo envolvía y las llamas que lo quemaban, como si estuviera sedado o sonámbulo. Alvaro interpretó la visión como una clara advertencia contra el viaje paterno. Le contó lo visto a su madre, para consultar su opinión. Ella respondió con un ataque de nervios al principio, pero no sabe de dónde sacó fuerzas en medio de su temor, y fue a advertirle a su esposo, acompañada del adolescente. El padre respondió con ira, le dio un bofetón al hijo por andar diciendo mentiras, que ya estaba muy grande para andar con ensoñaciones. La madre se puso a llorar y el padre la consoló. El hijo se retiró adolorido, física y afectivamente. Al día siguiente, la avioneta en que viajaba el ingeniero se perdió en la tormenta que azotaba la alta cordillera del Sur. No se supo del lugar específico donde cayó la nave con sus tres tripulantes. Nunca llegó a su destino en territorio panameño. Simplemente desapareció en las profundidades verdes de un tupido *rain forest*.

La respuesta de la religión tradicional, la católica, a sus visiones, no le satisfizo. Leyó algunas obras teosóficas y espiritistas, que tampoco lo convencieron mucho, aunque tuvieron la ventaja de ampliar el panorama de la vida del espíritu, con un acento más interior, más gnóstico, de la experiencia del misterio divino, menos institucional. Tras cumplir los veintiún años, Alvaro no volvió a tener visiones. Los tiempo de ángeles luminosos y padres sangrantes ya habían pasado. Eso creyó durante tres años en los que se le secaron sus ojos espirituales, según decía, es decir, en los que llevó una vida sin arrebatos y desvanecimiento celestes e infernales. Fueron años más bien gratos, en los que, a pesar de cierta nostalgia mística, se dio a la tarea de conocer el mundo más cotidiano, el de las diversiones del mundo, en especial el sexo y el alcohol.

Una mañana despertó y la luz dibujó un paisaje costero. En la playa onírica Alvaro se vio a sí mismo caminando, disfrutando de la brisa marina al mismo tiempo que concentrado en una llama que ardía en su bajvientre. Una nuez ígnea se quemaba sin consumirse a la altura de su coxis. Su energía estaba en total consonancia con la brisa que corría y con el sol que alumbraba en lo alto. De pronto su cuerpo comenzó a deshacerse en minúsculos fragmentos que se mezclaban con la arena de la playa y ya no se supo qué era agua, qué era arena o qué era hombre.

Tras su visión, Alvaro supo que tenía que migrar, cambiar de sitio, buscar la playa de sus sueños donde sin duda tendría la respuesta a sus inquietudes. El litoral que buscaba no era el del Pacífico, más seco. La playa soñada destilaba más humedad. Sin duda su rumbo era al Atlántico, y hacia allí se fue, tras un viaje de ocho horas por tren que lo internó en un mundo desconocido hasta ahora, una geografía más selvática y calurosa. La etnografía también variaba y en vez de las pieles blancas y cobrizas del Valle Central, ahora predominaba el color negro.

Su corazonada de viajar al Caribe se vio confirmada cuando recorrió algunas playas del lugar, como las de Puerto Viejo y Playa Negra. Ninguna de ellas era la playa soñada, pero algo había en ellas y en todo el litoral que lo remitían a *la otra* playa. Sabía que debía permanecer en Limón, sí, ese sería el punto central por ahora, aunque se desplazara a otros lugares. Ahí permanecería en espera de no sabía qué cosa exactamente, pero si sus sueños lo habían llevado hasta ahí, también ellos le dirían por dónde seguir. No tenía por qué preocuparse. No poseía mucho dinero, pero podría aguantar unos tres meses sin trabajar y seguramente que en este tiempo algo pasaría o... alguien aparecería. Sí. Su intuición lo llevaba por estas extrañas certezas sin fundamento, esto es, al ejercicio de saltar del avión sin paracaídas con la confianza de que un águila o un ángel se interpondrá en la caída.

Un mediodía especialmente caluroso y brillante hizo que Alvaro quisiera salir del hotel. Las calles estaban más bien vacías, tal la pesadez canicular. Alvaro caminó por las calles arenosas de Limón, entre sus casas de madera, y, con su cabeza hirviente, sudando, se dirigió al arbolado parque Vargas. Caminó entre sus sendas vegetales y sombreadas por los altos árboles, helechos y palmeras. El calor exterior hacía del parque una isla de frescor. No corría la brisa marina. El mundo parecía congelado en su movimiento. La quietud se acompañaba con el golpe de las olas y los barcos anchos. Las mercancías yacían abandonadas en el muelle, esperando ser llevadas a los barcos o a los trenes. Pero esto sería después, porque ahora los hombres que las cargarán, unos robustos, otros enclenque, pero todos fuertes, están descansando, guarecidos en sus casas.

Alvaro se sentó en una de las bancas del parque. Le llamó la atención el canto aislado de un pájaro negro, cuyo grajeo le causó cierto escalofrío. El ave se alejó y sólo quedó el sonido de las olas

y su propia respiración, que de alguna manera funcionaba al unísono con la del mar. Había una extraña continuidad entre la entrada y salida del aire en sus pulmones y el vaivén de las olas.

Sus ejercicios respiratorios fueron interrumpidos por un hombre que se sentó en la misma banca. No lo había visto acercarse por el sendero arenoso, tampoco lo había oído. El caso es que ahí, junto a Alvaro, estaba ese hombre negro vestido de blanco, camisa, saco y pantalón blancos, sombrero de paja, corbata de color vino. Se saludaron.

—Veo que lleva un buen rato esperando —dijo el hombre de blanco—. ¿Cuánto tiempo más va a esperar?

—El que sea necesario —respondió Alvarado sin saber muy bien por qué decía lo que decía.

El parque seguía desierto, quieto, las palmeras lucían hieráticas, como de algún decorado teatral. El viento seguía sin correr. Si no fuera por unas iguanas que se deslizaban entre las hojas del suelo, todo habría parecido rígido y muerto. Sin embargo la sensación no era tétrica ni infundía temor. Mas bien se trataba de una gran tranquilidad, mucha lucidez, eso sí, sin movimiento, anclado en un único punto, pero no de una manera pasiva sino alerta, cada vez más incisiva, royendo hondo y más hondo el silencio, como una ardilla empecinada en su nuez, como una gallina empollando su huevo.

El hombre de blanco infundía mucha de esa serenidad y placidez que lo invadía. Entonces se pusieron a hablar de cosas domésticas, del hotel donde se hospedaba Alvaro, algo de política, tan candente en esos momentos. El hombre mayor tendría unos sesenta años y hablaba con acento francés. No provenía de Jamaica sino de Haití y había vivido algunos años en Panamá, según le contara, donde aprendió el español. De ahí había viajado a Limón por asuntos personales y ahora tenía planeado volver a Puerto Príncipe por una temporada. En tres días más pasaría el barco “Estrella del Oriente” que haría escala en Limón, después en Bocas del Toro, en Colón, en Cartagena, para finalmente arribar a Puerto Príncipe. Esas eran sus últimas horas en el puerto de Limón.

A Alvaro le llamó la atención el anillo del hombre, donde se apreciaban la escuadra y el compás cruzados, el símbolo masónico, entre otros signos. Sabía de ellos por algunos de los libros leídos en San José. Le preguntó al señor Pasqually, que era como

se apellidaba el hombre, por el anillo, a lo que respondió que se trataba de una pequeña ostentación de su pertenencia a una logia masónica algo especial, pues estaba vinculada a la corriente del martinismo. Al ideario masónico tradicional se añadía práctica teúrgica. Interrogado sobre ésta con más detalles, Pasqually dijo que no podía abundar sobre eso, pues debía guardar voto de silencio, a menos que se tratara de otro iniciado...

Animado por lo que el hombre le contara, a su vez Alvaro se sintió en confianza para narrarle sobre sus visiones desde niño, sus extraños raptos, su don profético, e incluso se animó a hablarle sobre su cambio a Limón, su espera de no sabía qué exactamente, pero que quizá ya estaba comenzando a entender. Después de todo, ¿no era ese encuentro entre ellos, esa plática que sostenían, señal de un destino que se manifestaba?

Pasqually no dejó de sentirse algo conmovido por la reacción de Alvaro. Entonces le propuso iniciarlo en su orden. Él tenía la capacidad para hacerlo, dado su alto rango en la masonería. Se trataría de una iniciación preliminar, mientras se formalizaba la oficial, pero esto tenía que hacerse en otras condiciones. Alvaro aceptó. Pasqually le dijo que a partir de ese momento no comiera más que un poco de fruta al día siguiente en la mañana y mucha agua. En la noche, se verían en el edificio abandonado de la Gran Logia Masónica, levantado fuera de límite del malecón. Se trataba de una construcción de fines del siglo pasado que tuvo que abandonarse por el deterioro causado por el oleaje del mar a los basamentos. A pesar de que ya no funcionara como templo, aún conservaba el magnetismo creado por los ritos de antaño.

Alvaro dejó el hotel a la diez de la noche del día siguiente. Dado su ayuno, había preferido guardar reposo esas horas preliminares a la ceremonia. Pasqually lo visitó al mediodía. Le dio de beber un líquido dulzón hecho de hierbas que lo había relajado mucho, sin causarle sueño. Le habló del tipo de ritual que harían y en el que el propio Alvaro debía ofrecerse como receptáculo de un poder superior, divino, luminoso, que le aseguraría la visión beatífica permanente, incluso y sobre todo después de la muerte física.

Alvaro llegó al edificio abandonado. El ruido de las olas, los olores del mar, lo reanimaron. Pasqually estaba junto a la puerta. En silencio, entraron a una habitación destartalada donde se pusieron un hábito blanco y sobre él, una cadena azul, un cordón

negro de hombro a hombro, un mandil dorado con la insignia de un pelicano sangrante que abre sus alas, no en un nido, sino entre los pétalos de una rosa en el centro de una cruz, todo esto provisto desde luego por Pasqually. Previamente se habían despojado de todo objeto metálico. Se descalzaron. Luego entraron a una sala silenciosa y casi oscura, apenas susurrada por las olas marinas, consagrada previamente por un rito mágico ejecutado por el propio Pasqually. En el suelo, con tiza, el hombre trazó un círculo y en él unos signos misteriosos y colocó unas velas encendidas según cierto diseño secreto. Tras quemar unas ramas aromáticas, en el centro del círculo, Pasqually sentó a Alvaro, puso las manos sobre su cabeza, presionó cierto puntos (el entrecejo, la coronilla), recitó salmodias ininteligibles para el muchacho pero que le proporcionaban una fuerza extraña o que, mejor, hacían que en su interior se despertara una nueva luz que, por ninguna razón, debía apagarse. Luego Pasqually se retiró a una esquina de la sala, mientras Alvaro continuaba en el centro del círculo, y ahora era él quien oraba, recitaba plegarias, salmodiaba invocaciones a la gran luz de la que provenía la suya propia, esa que anidaba en su vientre y que ardía como el pelicano-fénix en su rosa y que ahora había sido despertada por el conjuro de Pasqually.

Pasaron varias horas en ese estado de trance del que Alvaro comenzó a salir sólo con las primeras luces del alba. Tenía la carne de gallina en todo el cuerpo y oía confusos sonidos, como de ángeles balbucientes. Pasqually ya no estaba. Apagó las velas que no se habían acabado y cuya luz percibía refractada. Experimentaba al tiempo que una gran exaltación, una total languidez. Se sentía liviano, etéreo, lúcido aunque con algo de sueño, lleno de una luz que tornaba transparente al mundo. La levedad no era sólo suya sino general.

Tras ponerse su ropa de civil, se fue a su hotel y durmió hasta las tres de la tarde. Al día siguiente, temprano, zarparía el barco de Pasqually, rumbo a Haití, el lugar donde había muerto el fundador de la orden, un judío portugués nacido en Francia de apellido Martines. Pasqually le había dicho que si quería acompañarlo a Puerto Príncipe e iniciarse formalmente en la logia masónica y martinista, él podría arreglar las cosas con el capitán del “Estrella de Oriente”, así como en la aduana de Port-Au-Prince en lo que a trámites burocráticos se tratara. En aquel momento del ofrecimiento, Alvaro no supo qué contestar. Pero ahora, en

este momento, todo estaba claro para él, sin duda la luz había nacido en su interior, había brillado como un sol negro, y él estaba dispuesto a seguir en ese camino abierto por el negro Pasqually, el hombre de blanco. Sí ahora estaba claro para él que el siguiente paso era abordar el “Estrella de Oriente”.

Esa noche dio un paseo por el malecón, esperando encontrarse con Pasqually. No fue posible. No sabía dónde localizarlo para avisarle que sí, que sí quería irse con él a la isla iniciática, cruzar las aguas y arriesgarse, sacrificar todo a la serpiente de luz que crecía en sus entrañas, ínfima, apena un feto, pero radiante. Al día siguiente, estuvo muy temprano en el muelle. Al rato vio a Pasqually que venía con su equipaje. Alvaro le preguntó:

— ¿Es muy tarde para decir que sí al viaje? No tengo papeles, sólo un poco de dinero.

El negro canoso, con su discreta elegancia, afirmó: “Creo que tu viaje ya no será de la manera en que lo habíamos planeado” y, tras titubear, le dijo que en principio no había problema, pero que las condiciones para salir se habían vuelto más difíciles. La situación política del país estaba al rojo vivo. El poblado de la Cruz había caído en manos de contrarrevolucionarios y en la finca El Murciélagos habían matado a seis miembros de la Cruz Roja. Las autoridades estaban deteniendo a elementos de la oposición, por lo que las entradas y salidas del país estaban siendo altamente vigiladas. No había terminado de contar sobre estos asuntos cuando dos hombres se acercaron y pidieron papeles de viaje, agentes de seguridad del gobierno. Pasqually mostró los suyos y salió librado del asunto, no sin antes percibir un ambiente de hostilidad y grosería. Subió al barco escoltado sin poder hacer nada por su amigo.

Alvaro fue llevado por los agentes por carecer de identificación y por “actitud sospechosa”, según dijo uno de ellos. No opuso resistencia. Al principio se sintió atemorizado pero muy pronto se entregó a lo que las circunstancias depararan. Había comprendido que entre el barco y la cárcel no había gran diferencia si se adoptaba una cierta perspectiva, una que curiosamente consiste en ir más allá de todo punto de vista: no un punto de vista sino un plano de videncia.

En el cuartel de Limón los hombres revisaron una lista y vieron si el nombre dado por el detenido estaba en ella. Así era. Álvaro Aguilar Umaña. Afiliado al partido Vanguardia Popular.

De inmediato lo encerraron, no sin antes felicitarse por el golpe de suerte al detener a un enemigo político. De nada sirvieron los alegatos de Alvaro de que él no era ese otro Alvaro, que se llamaba igual que él, que llevaba sus mismos apellidos, pero era otro, no él, que a él no le interesaban los asuntos políticos. Como no podía explicar claramente las razones de su estancia en Limón se tornó todavía más sospechoso y fue así como, en una celda saturada de detenidos políticos, oyó sonar las sirenas del “Estrella de Oriente” rumbo a Haití.

Pasó el tiempo. Lo funesto de la situación no lograba amargar el ánimo de Álvaro, vital y animoso, después de la ceremonia de la noche anterior. Se soltó un rumor entre los presos hacinados de que se iba a hacer una purga, lo que disparó el temor y la incertidumbre. Si ello realmente ocurría, entonces sin duda los elegidos serían pasados por las armas. Al menos esas eran las palabras dichas por ese muchacho de tan solo dieciséis años, Eduardo se llamaba, encarcelado junto con su padre sindicalista.

En la noche del diecinueve de diciembre de 1948 se recibió en el cuartel de Limón un telegrama con la lista de los que debían ser ejecutados. Seis nombres. Eran seis nombres los que ahí se indicaba, cinco militantes comunistas y un antiguo miembro de la Legión del Caribe. Uno de los nombres era Álvaro Aguilar Umaña. Álvaro no entendía lo que estaba sucediendo, toda esa sucesión de acontecimientos encadenados que parecían no detenerse, la visión de la playa, el cambio a Limón, Pasqually, la iniciación, la luz, la detención, la cárcel, la casualidad y confusión de los nombres, el telegrama, las esposas que le habían puesto cuando lo sacaron de la celda y que le lastimaban las muñecas, junto con Tobías, Federico, Lucio, Octavio y Narciso, sus compañeros de celda y de lista. Con dos de ellos, Federico y Lucio, había conversado horas antes. Federico le cayó muy bien. Si lograban salir vivos de esa mazmorra, le gustaría que fueran amigos. Si no, quizás sería en otra vida cuando se trataran como tales.

Algunos de los elegidos para la muerte eran muy queridos y admirados por los que no habían sido nombrados, dirigentes sindicales de gran prestigio. Unos jóvenes fervorosos pidieron sustituir a los ilustres elegidos con sus propias vidas, pero esto no era posible. Sus vidas anónimas no interesaban. La idea era descabezar a la dirigencia sindical de la zona y nada mejor que matar a los jefes y voceros.

Sacaron a los prisionero del cuartel y los subieron a un motocar, a un aparato rojo de la Northern Railway Company, con el número 156 pintado de blanco. Eran las ocho y media de la noche cuando el motocar salió rumbo a San José. El aparato iba lentamente. Álvaro estaba tranquilo. Había comprendido que lo suyo no tenía que ver con el barco sino con ese motocar, su viaje de seguro va a ser por aire y no por agua. La noche tropical, pese a las circunstancias siniestras, era hermosa, llena de estrellas y con una luna creciente. Así le parecía a Álvaro, quien, después de contemplar el firmamento y la selva que se insinuaba con la tenue luz lunar y de oír los aullidos de unos monos en los árboles, miraba los rostros tristes y angustiados de sus compañeros de fatalidad y trataba de alentarlos con su actitud ecuánime, con esa calma que se asentaba en la luz que en su interior brillaba, no menos refulgente que la de las estrellas y la luna, y que le daba la fortaleza para sobrellevar todo eso que le estaba pasando. No sabía si esta experiencia era la máxima gracia del cielo o la más terrible maldición. Prefería pensar que se acercaba su iniciación definitiva, pero no en una logia con altares, cubos, columnas y hermanos con sus mandiles y sus palabras de pase. No, su iniciación iba a ser como las antiguas, con real descenso a los infiernos, pero no a un hades cristiano lleno de diablos, sino a unas dimensiones de la mente hasta ahora olvidadas y con la muerte recuperadas. Al fin podría desprenderse de ese cuerpo tan pesado, tan denso, tan lleno de necesidades y de vicios; al fin podría volar por los cielos y los avernos con las alas de luz, en la serpiente alada sobre la que montará para explorar los espacios de la muerte, esa otra forma de la vida.

Desde su incómodo puesto en el motocar, Alvaro miraba las estrellas, escrutaba los espacios por los que muy pronto volaría. El aparato pasó por Siquirres y, al llegar a la milla 41, en un lugar al que llamaban el Codo del Diablo, se detuvo. Ahí la línea férrea pasaba por lo alto de una curva, que de un lado se abría en un precipicio al fondo del cual corría el río Reventazón, y del otro, lo que había era una montaña inaccesible.

Entonces el capitán y el subteniente que custodiaban a los prisioneros con violencia hicieron que se bajaran del motocar. Las seis personas esposadas se juntaron como para protegerse unos a otros, en una suerte de comportamiento instintivo. Ahí, entre los seis apuntados por las ametralladoras del capitán y del subte-

niente estaba Alvaro, que al tiempo que experimentaba el susto de la inminente muerte, gozaba la certeza de que lo que pasaba en esos momentos era tan sólo un rito de paso a otra esfera iluminada por esa luz vista en sus trances y ensoñaciones.

Alvaro se separó un poco del grupo y, después de mirar la luna y sonreír —acción que desconcertó por un instante tanto a militares como a presos—, se concentró en un punto de luz en la frente y cerró los ojos. Desde ese núcleo de fuerza esperó las balas, que no se hicieron esperar y llovieron sobre ellos, sobre Alvaro y los otros cinco muertos del Codo del Diablo, donde la parca luminosa hizo correr sangre una noche de diciembre de 1948. Los cuerpos cayeron al suelo pero no todos estaban muertos. Alvaro todavía respiraba, abrió sus ojos y sus labios dibujaron una mueca de dolor, pensó en el “Estrella de Oriente” que surcaba el Caribe, vio el rostro del militar, el capitán Zúñiga, que se acercó para darle el tiro de gracia, pero antes contempló la cara de Pasqually sobrepuesta al rostro de Zúñiga, que le sonreía beatíficamente. Alvaro esperaba ansioso, tirado en un charco de sangre, esa última chispa que incendiaría su conciencia. ●

El pozo en el pecho

Horacio Castellanos Moya

La conocí en el bar del hotel. Yo iba todos los días, de martes a viernes: a las siete y media, luego de salir del bufete, me instalaba en la mesa del rincón, a leer alguna novela, a escribir versos que nunca publicaría o simplemente a pasar el rato. Las meseras me saludaban con respeto, me llamaban “doctor” y me servían el brandy sin siquiera preguntar.

Su primer día de trabajo fue esquiva, huraña; pero luego las otras meseras le deben haber contado que yo era un viejo cliente, de costumbres fijas y humor solitario. Se llamaba Ema; era espigada, de piel trigüeña y ojos verdes.

El bar del hotel me gustaba por esto: no había música, ni videos, ni clientes enfadosos que se creen con derecho de intentar plática con uno. Me aflojaba el nudo de la corbata, sorbía mi brandy y pasaba ese par de horas sin pensar en los líos del día.

Yo flirteaba con las meseras por el viejo rito, sin intención, aunque más de alguna me despertara ilusiones; pero con Ema desde un principio fue distinto: tenía algo que imponía distancia, quizás un porte ajeno a su atuendo.

Un día pregunté por sus anteriores trabajos. Otra vez me contó que estaba casada, tenía dos hijos. Quién sabe cuántos días pasaron

Horacio Castellanos Moya (1957) es autor de tres novelas; un volumen de ensayos y cuatro volúmenes de cuentos. Su obra más reciente es la novela *El Asco, Thomas Bernhard en San Salvador* (1997). Fue director de la Revista *Cultura* de 1996 a 1997.

para que me confesara que cuando adolescente estudió para ser bailarina, luego le dio por el teatro, pero pronto salió embarazada. Al hablar era suave, delicada, casi tímida.

Le regalé versos desde la primera noche, versos sencillos, escritos al calor del brandy desde mi rincón solitario. Al principio mencionaba su forma de deslizarse entre las mesas, casi flotando; en seguida me referí a la dulzura intuída tras la coraza de su indiferencia. Y acabé escribiendo sobre pulsiones extrañas en las cavidades de un corazón curtido.

Semanas después descubrí que ya no iba al bar con el mismo sosiego, que desde media tarde empezaba a pensar en Ema, en lo que le preguntaría, en sus profundos ojos verdes. Para entonces ya le había confesado que yo era un abogado triste, que en mi juventud también quise ser escritor, pero vinieron el matrimonio, los hijos, los compromisos.

La primera vez que la invité a comer ella me miró con algo como desconsuelo. Imposible: durante el día se dedicaba a atender a los niños y su marido llegaba a mediodía a la casa. Riposté, decepcionado, que me gustaría conversar largo y tranquilo con ella; en el bar hablábamos a retazos, sobre todo los jueves y viernes, cuando desde temprano se llenaba de clientes.

A esa altura ya no permanecía en el bar sólo un par de horas, sino que seguía bebiendo brandy hasta casi la medianoche, contemplándola, aunque ella me había advertido que no había manera de que yo la llevara a su casa al final de la jornada, porque viajaba junto a sus compañeras en el busito del hotel. Lo bueno era que, pese a su permanente negativa a reunirse conmigo fuera del bar, Ema aprovechaba cualquier intersticio en su bregar para acercarse a mi mesa: ya sabía que yo vivía sólo, divorciado desde hacía un par de años, que mis tres hijos —a punto de entrar a la adolescencia— pasaban con su madre de lunes a viernes, y el fin de semana se quedaban conmigo.

Yo era quince años mayor que ella, un hombre que se había prometido a sí mismo no volverse a involucrar con pecho y entrañas, demasiadas lastimaduras, desgarres; un hombre que prefería la soledad de un acostón eventual al amor que se volvía rutina. Pero ahora Ema —quizás sin proponérselo— había roto mis propósitos, se me había metido quedito, cada vez más, hasta que en un desayuno me descubrí pensando en ella, y en seguida el deseo de posesión empezó a inundarme, a tiranizarme, de manera tal que su presencia se me hizo casi permanente.

Se lo dije, una noche, cuando apenas comenzaba el primer brandy, para que no interpretara mi confesión como locuacidad de beodo. Se lo dije, así de plano, que estaba confundido porque ese sentimiento era nuevo en mí después de tanto tiempo, pero que no podía dejar de pensar en ella, que la deseaba a las horas más insólitas, era algo más allá de mi voluntad, se me había metido en el cuerpo. Su sonrisa espléndida sólo sirvió para atizar mi desasosiego, porque entonces comprendí que a Ema también se le estaba moviendo el piso, más allá de su reticencia, de sus pocas palabras. Y lo reconoció, esa misma noche, ante mi interrogar insistente, al decir que ella también pensaba en mí de vez en cuando. Quise que dijera más, que reconociera sentir lo mismo que yo, pero se escabulló entre los clientes. Salí del bar completamente encendido. Llegué a mi casa y la deseé como nunca, tiempo de pasión solitaria entre las sábanas, de invocación lúbrica y espasmos de feliz sucedáneo.

Mi vida cambió: la ansiedad se había instalado a sus anchas. Y era cuando profesionalmente me iba mejor; entre escrituras y asesorías, el dinero entraba con generosidad a mi cuenta. Pero ahora yo sólo pensaba en ella, consciente de que no podía comprarla, desesperado porque no encontraba el resquicio que me permitiera entrar de lleno a su vida, porque fuera del bar del hotel para ella yo no existía.

Insistí tanto que finalmente terminó dándome su número telefónico, bajo la promesa, eso sí, de que no empezaría a fastidiarla diariamente, que si la llamaba lo hiciera entre once de la mañana y una de la tarde, y que si respondía su madre —lo sabría por la voz— yo debía colgar, pues por nada del mundo quería levantar ninguna sospecha, ella amaba a su marido y su matrimonio estaba por encima de todo.

La siguiente mañana esperé con especial desasosiego a que dieran las once. Marqué con el alma en vilo, como si fuera mozalbete y ésta mi primera experiencia, como si la vida no me hubiera dado ya suficientemente de patadas y mis 45 años sirvieran para un carajo.

—Hola —dijo ella.

No le pude explicar que la felicidad era ese instante, oír su voz fuera de las penumbras, la posibilidad de revelarme sin que ella me interrumpiera porque a un cliente le urgía un trago; apenas alcancé a preguntarle lo que estaba haciendo. Dijo que se acababa de levantar, ni siquiera se había bañado: siempre dormía más o menos hasta las once; su mamá —que vivía con ellos— se encargaba de llevar a los niños al colegio y ella, Ema, iba a recogerlos a la una. En ese

momento sólo vestía una camiseta larga, que usaba como camisón, y estaba tirada en el sofá de la sala. No esperaba que yo fuera a llamarla; había pensado que mi necedad era la de aquel bebedor que al despertarse olvida sus propósitos nocturnos. Le repetí mi ardor, la urgencia de tenerla a solas, la quebradura en el pecho.

Entonces mi vida empezó a girar alrededor de Ema. Me costaba contenerme para no telefonarle todos los días. Cuando contestaba su madre y yo tenía que colgar abruptamente, me revolvía en el desasosiego, no podía concentrarme más en el trabajo, me paseaba por el bufete como un desesperado, ansioso por intentar nuevamente la llamada. Y si no lograba hablar con ella, la tarde se me hacía insoportablemente larga, las horas lentas, y todas mis energías se ponían en función de que dieran las siete para irme al bar del hotel, el primer cliente, el abogado respetable que tenía que disimular rigurosamente su pasión por esa mesera de perfil delicado.

Le insistí una y otra vez que no era suficiente poder hablarle por teléfono o mirarla en el bar del hotel, necesitaba estar a solas con ella, si no era posible para comer, podíamos encontrarnos para tomar un café antes de su hora de entrada al trabajo. Cuando por fin aceptó me advirtió que debía ser en una cafetería ubicada lejos del hotel: no quería la mínima posibilidad de una coincidencia con alguna amiga o conocida que iniciara murmuraciones. Y no fue fácil, pues a todas mis propuestas les encontraba reparo. Le dije que lo más seguro, entonces, era que ella viniera a mi casa, yo podía pasarla recogiendo en mi auto en el sitio que ella me indicara. Rechazó la idea de entrada, pero intuí en su tono, en su manera de decir “cómo se le ocurre”, un dejo de picardía, una aceptación oculta, porque yo ya había incursionado en casi todos sus flancos, le había prometido el derretimiento, la miel, el terciopelo de la ternura.

Por eso no hubo cafetería: ella aceptó llegar a mi casa, pero solamente a tomar un café, sin más compromiso. Para entonces yo sabía de los gatos tiernos arañando su estómago, de la correntada que estaba a punto de desmoronar sus mejores defensas; aunque ella dijera que no podía explicar lo que sentía, que no era amor ni pasión, quizás curiosidad.

Fue un jueves en la tarde. Yo debía recogerla en el estacionamiento de un centro comercial cercano a mi casa. Mi excitación fue creciente a medida que se acercaba la hora convenida. Sólo tendríamos una hora, de cinco a seis, antes de que ella tuviera que salir

hacia el bar del hotel. No pude contenerme: llegué veinte minutos antes. Caminé por los pasillos, viendo vitrinas, atento a mi reloj de pulsera. Luego volví al auto, estacionado en el lugar convenido. Pero dieron las cinco y ella no llegó. Segundo a segundo, pasaron quince minutos sin que ella apareciera. Ya no aguanté: salí del auto, porque de seguro andaba perdida, buscando en otro sector del estacionamiento. Caminé casi a la carrera. Pero las señas habían sido demasiado claras; no existía posibilidad de que se hubiera confundido. Ema no había llegado. Yo estaba plantado, como un idiota, aunque no me resignaba a partir; quizás había tenido un contra-tiempo, un atraso. A las cinco y media, una alarmante gastritis se hizo presente. Estuve hasta las seis, exasperado.

Fui a casa. Telefoneé a Ema. Contestó un niño: dijo que su mamá no estaba, ya había salido para el trabajo. Entonces conduje hacia el hotel. Me senté en el rincón, a esperarla. Pero vino Marta, otra mesera, con mi brandy. Pregunté por Ema; en un rato saldría, dijo Marta, estaba poniéndose el uniforme, su turno comenzaba hasta las siete. Pronto apareció, con la bandeja en que traía mi segundo brandy. Dijo que lo sentía, no había llegado, al final se había arrepentido, no quería meterse en problemas, mejor nos olvidábamos de todo. Le dije que me había hecho pedazos, la había esperado con el corazón en la mano, no debió engañarme de esa manera. Repitió que prefería que olvidáramos lo que había pasado, que por favor ya no la volviera a llamar por teléfono. Y se retiró hacia la barra.

Quedé colgado de un hilo. Apuré el brandy compulsivamente. No era posible que ahora se echara para atrás. Pero antes que nada yo guardaría la compostura. Le diría que ella tenía que superar sus temores, asumir sus sentimientos hacia mí. Debíamos arreglar otra cita, para mañana, a la misma hora y en el mismo lugar. Yo necesitaba estar con ella a solas, contemplar sus ojos verdes en otro ambiente, hablar sin presiones, sin la impersonalidad del teléfono. Se lo dije cuando me trajo el tercer brandy. Me pidió que no la presionara: desde su casamiento, ella sólo había estado con su marido y no le parecía correcto irse a meter a la casa de un hombre divorciado a tomar un café.

Al día siguiente la llamé a las once en punto. Me contestó su madre. Entonces fui más allá: no colgué, sino que le dije que hablaba del hotel donde Ema trabajaba, que me urgía comunicarme con ella. Y ahí estuvo, al otro lado de la línea, con molestia en la voz. Me dejó hablar un rato y luego dijo:

—No, señor, es imposible que asuma un turno de la tarde. Lo siento; yo ya le había explicado. Pídaselo a Marta.

Y colgó.

Fue un fin de semana horrible. La desolación me arrolló. Fui al lago con los muchachos, pero no pude dejar de pensar en Ema. Intenté responderme con la mayor sinceridad: ¿de verás la quería o era la pura necesidad de acostarme con una mujer que me encantaba?, ¿no se trataba más bien de otra treta de mi víscera, si se consideraba el hecho de que ella aseguraba amar a su marido y que cualquier relación conmigo resultaba inviable?

La semana siguiente no la llamé; tampoco fui al bar. Me costó un mundo; apelé al roñoso orgullo, porque creí que era la única manera de volverla a ganar. Y cuando aparecí, antes de que inquiriera por mi ausencia, le pregunté si le estaba gustando el libro de García Márquez que le había prestado. Ese había sido un viejo recurso para la seducción: prestarle mis novelas favoritas, luego comentarlas como ejercicio de placer. Pero lo más importante fue la satisfacción en su rostro, la alegría apenas disimulada de quien reencuentra a alguien querido. Por eso al día siguiente retorné a su teléfono, para explicarle que ni verla ni oírla durante tanto tiempo sólo había hecho crecer su presencia dentro de mí, que semejante silencio había servido para reafirmar mis sentimientos, la amaba, así, con todo, hasta donde ella me dejara.

Y volví a mi anterior petición, despacito, como quien reinicia la construcción del castillo en la arena, consciente de la traición del oleaje, de la fragilidad del material. Ahora estaba seguro que ella quería, pero las convenciones, los prejuicios, y sobre todo el miedo, le impedían el encuentro. Tenía que decidirse, insistía yo, porque la vida no podía transmitirse a través de esa bocina. Y al fin, bregando contra su reticencia, terminó accediendo, con más énfasis que la vez anterior en que se trataba única y exclusivamente de tomar un café, que lo haría porque me tenía aprecio, no debía yo imaginar que se abriría algo más.

Me estacioné en el mismo sitio, con la ansiedad rebalsando. Pero este viernes ella llegaría, como nunca yo la había visto, sin el uniforme del bar del hotel, sino que con alpargatas, un corto vestido primaveral, el porte gallardo a sus anchas, el color tostado en su punto y aquel verde profundo en sus ojos —como para matarme.

Entró al auto y dijo “vámonos”. Inútil intento describir mi emoción. Olía a baño reciente, a piel exquisita, belleza en su jugo.

Llegamos a casa; me sentía a saltar, como niño con el juguete siempre deseado. Le dije que se pusiera cómoda; pregunté qué quería beber, si café, té, refresco o algún trago fuerte. La llevé al estudio, al patio, a la terraza, para que se hiciera una idea. Preparé dos cafés. Fuimos a la sala, donde no pude contenerme, porque a los pocos minutos ya estaba a su lado, besando unos labios que no me rechazaban, pero tampoco me respondían, como si estuviera con un maniquí. Ema pedía que me quedara quieto; yo imploraba, ofrecía. Besé su nuca, sus párpados. Ella permanecía impasible, sin ceder, deseo congelado en el sillón; repitió que no había ninguna posibilidad para una relación entre nosotros. No me importó: estuve besándola, susurrando a su oído, saboreando, poniendo mi corazón como la galletita que acompañaba a su café. Y la hora se fue sin que ella se abriera, hasta que nos pusimos de pie, para que la condujera de regreso al centro comercial, cuando finalmente soltó un poco de su aliento, liberó sus labios. Fueron apenas unos segundos, suficientes para atizar mi ansiedad, mis ilusiones.

En el auto le pregunté cuándo nos veríamos de nuevo. Ema sonrió; dijo que hasta la otra semana. No quería separarme de ella: en una hora la encontraría en el bar del hotel. Antes de que bajara del auto, volví a besarla y ahora ella sí respondió, breve pero intensamente. Quedé anonadado, feliz, rebosante. Había pasado el umbral. Y, efectivamente, en la noche, en el bar, ella fue de otra manera, como si ya hubiera aceptado que yo era su pareja reservada, su amante prohibido.

Un entusiasmo desmedido se metió en mi vida. El fin de semana me pareció larguísimo. El lunes la llamé a las once en punto: le dije que mi corazón era suyo, quería pasar todo el tiempo con ella, la necesitaba a mi lado, para siempre, como mi mujer. Ella dijo que también me quería, pero estaban su matrimonio, sus hijos. Yo estaba dispuesto a vivir para ella en las condiciones que dispusiera, ya fuera como amante o como esposo la recibiría con sus hijos y todo. Me dijo que era una locura. Acordamos vernos esa misma tarde. Y cuando colgué supe que en esta ocasión sería mía.

Y así fue. Entró al auto y en sus ojos había otra decisión. No la toqué hasta que estuvimos en casa. Fuimos a la cocina a preparar algo para beber. Pero de pronto hubo un largo beso. Luego caí de rodillas, bajé su minifalda, su calzoncito estampado y me comí con gula su dulzura, sus aromas. Rodamos entre los cojines de la sala, la cabalgué sobre una mesa, nos contemplamos jadeando frente al

espejo del comedor; después la cargué hacia la habitación. La felicidad era aquello: momentos por los que cambiaría lo que me queda de vida. Cuando llegó el sosiego, la placidez, con los cuerpos sudorosos tendidos sobre la cama y la plenitud en la piel, Ema lanzó una risita enigmática —de alegría dijo ella— parecida a la que una vez le había visto en el bar.

Cuando la llevaba de regreso, le expliqué que esa noche debía asistir al matrimonio de una sobrina —como me hubiera gustado que Ema me acompañara, espléndida, de mi brazo, con las mejores galas que yo me encargaría de comprarle— por lo que no iría al bar del hotel. El fin de semana viajé al lago con los muchachos; me la pasé escribiéndole versos, en el ensueño, imaginando el doloroso proceso de ruptura que ella estaría iniciando, porque Ema ya era mía, con toda certeza.

El lunes por la mañana llamé a su casa. Contestó su madre. Osado, pedí hablar con ella. No estaba, dijo la señora sin preguntar siquiera quién era yo. La ansiedad regresó rotunda, porque esa tarde quería hacerla mía nuevamente. A las siete en punto estuve en el bar del hotel, pero los minutos pasaban y ella no aparecía. Marta me trajo otro brandy; le pregunté si Ema ya había llegado. Respondió que ésta había renunciado. Quedé estupefacto. No era posible, algo raro estaba pasando. Diversas y confusas explicaciones pasaron por mi mente: ansié que su renuncia obedeciera a la voluntad de romper con el pasado y prepararse para la nueva vida que comenzaría conmigo. Tuve que hacer un esfuerzo grande para no llamarla, para no encontrarme con la voz del marido y violentar el ritmo que ella imprimía a sus decisiones. Pero dormí a sobresaltos.

A la mañana siguiente volví a llamarla. Pasó lo mismo: la señora me dijo que Ema no estaba. Pregunté a qué horas podía encontrarla. No sabía; me pidió que dejara mis datos. No pude comer de la agitación: el estómago estaba a punto de reventarme. A las tres marqué de nuevo su teléfono. La historia fue la misma; pero ahora yo insistí, desesperado, rogué una manera de encontrarla, de comunicarme con ella. La señora aseguró que no sabía nada, con tono de fastidio. En la noche volví al bar del hotel, a que Marta me diera alguna referencia, una dirección, algo; pero dijo que se habían conocido en el bar, únicamente podía proporcionarme su teléfono. Pensé en hablar con el administrador del hotel, para que me dijera dónde vivía Ema exactamente; a aquella hora, me explicaron, la oficina de personal

estaba cerrada. Desde el lobby telefoneé de nuevo. Contestó su marido. Guardé silencio un momento y luego colgué.

Esa noche me emborraché como nunca en los últimos años. Traté de convencerme de que ella estaba reorganizando su vida, que en el momento menos esperado aparecería otra vez para entregarse enterita. A la mañana siguiente me despertó un timbrado. Era Ema. Primera vez que me llamaba, aunque desde hacía varias semanas le había dado mi número. Sólo quería decirme que por favor dejara de buscarla, lo que había pasado entre nosotros había sido lindo, pero no volvería a suceder, no quería verme ni oírme de nuevo, su matrimonio estaba por sobre todas las cosas, que no intentara nada porque la metería en problemas. Colgó, sin que yo pudiera reaccionar. Un intenso dolor me fulminó la cabeza. Permanecí tirado en la cama, inmóvil, con un pozo en el pecho. ♦

Novela, arraigo y nihilismo

Por: Carlos Molina Velásquez

Separadas por siete años, las novelas de los salvadoreños Armando Mauricio Molina y Carlos Castro tienen mucho más en común que la nacionalidad de sus autores. Del primero tenemos *El amanecer de los tontos*, una novela de ritmo cadencioso, con una trama en apariencia trivial y un final ausente. *El Libro de los desvaríos*, la novela de Carlos Castro, cuenta las aventuras y desventuras de los antepasados de un personaje importante en la historia y la mitología salvadoreñas: el General Gerardo Barrios. Dejando claro que la función de estas líneas no es simplemente resumir los escritos mencionados, como si se tratase de dos reseñas separadas, sino de una comparación entre los mismos que justifique el rimbombante título escogido, pasemos al detalle de lo que es, a nuestro juicio, un fenómeno interesante en la literatura salvadoreña: la recurrencia sobre el tema de la identidad salvadoreña; el arraigo necesario, ausente o buscado, que encontramos en las ficciones de autores como Salarrué o Dalton; y, en el

caso de los intentos recientes, los fracasos al pretender ficcionalizar la problemática apuntada. Desde esta perspectiva, las dos novelas que hemos escogido no sólo comparten tal idea fija, lo cual de por sí no tendría tanta relevancia, sino que, colocando una frente a la otra, podría decirse que realizan un diálogo, un intercambio de ideas, a saber, arraigo-desarraigo, búsqueda del sentido-nihilismo. Pasemos a las novelas mismas y veamos cómo se da esto.

Visión retrospectiva.

El héroe de la novela de Carlos Castro es el tipo aventurero, moderno y liberal, que a lo largo de la trama asume diferentes personalidades, diversos matices. Resulta que este aventurero romántico y polifacético cumple con dos requisitos fundamentales para captar nuestra “guanaca” atención: es un antepasado del General Gerardo Barrios, paladín histó-

Carlos Molina Velásquez (San Salvador, 1969) es licenciado en Filosofía.

antepasado del General Gerardo Barrios, paladín histórico-mítico en El Salvador y, por supuesto, es un espectador omnipresente de los hechos más importantes de la época que le tocó vivir. Es así que encontramos a unos Barrios liberales dentro de acontecimientos tan importantes como la guerra de Sucesión española, las andanzas de los masones en España y Francia, el debate de ideas en la Francia ilustrada, la Revolución Francesa, y siempre acompañados de los protagonistas de los mismos (Voltaire, Rousseau, Robespierre, para citar algunos). Imposible disimular el deseo de encontrar un pasado memorable que cree la ilusión de firmeza a un pueblo que no se reconoce en ninguna parte. Ahora bien, la combinación de unos personajes libertinos y nihilistas junto al apremio por encontrar ese pasado demuestra pronto sus fisuras. Veamos brevemente tres de ellas.

La máscara. ¿Podríamos culpar a Carlos Castro de ser un mentiroso o de haber errado en las fechas, los acontecimientos o los personajes? Retamos a cualquiera para que lo haga... si se atreve. De hecho tal cosa es totalmente imposible, ya que Castro posee una máscara, la herramienta perfecta para eludir cualquier acusación por ese estilo. ¿A qué nos referimos? Naturalmente, a un manuscrito.¹ Si hay algo que reclamar, habrá que recurrir a los muertos; a lo mucho podremos visitar la Biblioteca Ignacio Orosius. No hay nada que temer.² Pero el problema es que hay que ser coherente con la

máscara que se ha elegido. Tendríamos un lío si en una obra teatral representáramos el *Edipo Rey* y viéramos constantemente la hora en un rolex. Pues eso es lo que sucede precisamente al narrar la historia, supuestamente extraída de los “manuscritos”, pero introduciendo palabras como “mara” (v. gr. p. 142), en el sentido que los salvadoreños del siglo veinte le damos.

El poeta cubano. Una de las características más interesantes del *Libro de los desvaríos* es el manejo de datos históricos y citas de la época, lo cual es ejercitado con mucha maestría por el autor, por lo menos en la mayoría de los casos. No obstante, pareciera que en algunas ocasiones se extralimita, realizando extrapolaciones innecesarias y hasta heréticas. Me refiero al caso de la cita de Lezama Lima que encontramos en la página 73, la cual no sólo es ajena a lo que se desarrolla en ese momento, sino que José Lezama Lima ve de repente trocado su nombre en el poco inventivo de “Joel Meza Salima” y, por si fuera poco, la cita sufre modificaciones torpes aunque escasas (v. gr. la exclusión del nombre de uno de los personajes de *Paradiso*, Santurce).³

¿Raíces? El elemento más criticable es la continua referencia a los acontecimientos europeos que no dejan de sentirse ajenos a lo salvadoreño, a lo nacional. Más que hurgar en aquellos elementos que podrían esclarecer nuestra esencia se apresura a hacer partícipes

¹ Cfr. Eco, U., *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1985, pp. 7, 9-14.

² “¿Cómo decir ‘era una hermosa mañana de finales de noviembre’ sin sentirse Snoopy? Pero, ¿y si se lo hubiera hecho decir a Snoopy? Es decir, ¿si ‘era una hermosa mañana...’ lo dijese alguien autorizado a decirlo porque en su época eso podía decirse? Una máscara era lo que me hacía falta (...) volví a descubrir lo que los escritores siempre han sabido (y que tantas veces nos han dicho): los libros siempre hablan de otros libros (...) Ya no tenía nada que temer” (Eco, U., *Apostillas a “El nombre de la rosa”*, Barcelona, Lumen, 1987, pp. 25-26).

³ Cfr. Lezama Lima, J., *Paradiso*, México, Era, 1979, pp. 187-188.

estos se suceden siempre en Europa o, por lo menos, en “clave europea”. La conexión con la vida del General Gerardo Barrios es la gran ausencia, pues los guiños de las primeras páginas, que nos prometen un viaje hacia nuestros abuelos, desaparecen y pierden su valor bajo un cúmulo de batallas, discusiones eruditas, citas de la época, apologías del liberalismo y aventuras masónicas. Más que decirnos lo que de Barrios tenemos en El Salvador, Carlos Castro nos invita a descubrir lo que nunca hemos sido. Ante la pregunta de si con esta obra se pretende ir a las raíces, habría que decirse que, más bien, se trata de unir una rama más o menos mediocre a un tronco noble.

Con lo anterior podemos ver que nuestro novelista no sólo muestra desajustes narrativos al intentar construir un universo

verosímil, sin poder desprenderse del lenguaje coloquial de los salvadoreños del siglo veinte; tampoco se trata solamente de los resbalones en la siempre peligrosa aventura de la intertextualidad; el asunto más preocupante y que nos hace pensar en el fraude es la perenne tentativa de escape, la búsqueda afuera, lejos, en el extranjero, de lo que podría decirnos algo a nosotros, aquí dentro, en el país.

Vértigo y pesadilla

Las últimas líneas escritas nos llevan a esa otra novela que mencionábamos al principio, *El amanecer de los tontos*. Esta tiene como autor a Armando Mauricio Molina, un salvadoreño radicado en Estados Unidos desde la

década de los setentas. La novela cuenta la vida de un salvadoreño en San Francisco, sus andanzas y malandanzas, y las angustias existenciales que ponen la nota animada en un universo gris y soso. Si bien los personajes no se diferencian mayor cosa de cualquier latinoamericano viviendo en el país del Norte, rápidamente nos damos cuenta de la relación entre el vacío existencial que experimentan los “yuppies” salvadoreños de la trama y la ausencia de raíces, de una ligazón con lo propio; el sinsentido se va demostrando poco a poco como consecuencia del desarraigo. “Las ansias de vivir

son la desesperación de la vida”: la cita de Camus que encontramos antes de comenzar la narración nos prepara a un enfrentamiento con lo cotidiano como pesadilla. En efecto, la novela carece de una referencia a la realidad sal-

Más que decirnos lo que de Barrios tenemos, se nos invita a descubrir lo que nunca hemos sido.

vadoreña y nos hace preguntar por ella, protestar inclusive; a la vez, la trama transcurre en la superficie con una cadencia que la vuelve neutral: sin llegar a entusiasmar no es nauseabunda. Pero al hacer una lectura más reflexiva la angustia hace su aparición, no de la manera estereotipada a que nos ha acostumbrado el cine, sino en la dureza de lo cotidiano. Los protagonistas se diluyen en gestos, risas y licor; sus amores no son más que sus negocios; todo da lo mismo. Cada amanecer deja al descubierto la estupidez de la noche anterior y la inútil tranquilidad del “American Way of Life”. No hay nacionalidad, no hay identificación con nada que no sea lo que está al alcance de la billetera y los interminables juegos de seducción hollywoodenses que nos presenta Molina. No hay base, no hay raíces, lo cual nos deja una sensación de

artigo, de vacío que se traga lo humano que nos quedaba.

Ritos en el desierto

Hoy es más evidente la necesidad de una respuesta por los valores propios que enfrenten la avalancha homogeneizante que sopla desde el Norte. Hay suficiente consenso en cuanto a la reconstrucción de la historia salvadoreña, que nos permita comprender mejor nuestro presente turbulento. Se podría decir que el grito de angustia expresado por Armando Volina hace ocho años a encontrado respuesta en todas partes... o en casi todas partes: es el ámbito de la ficción el que se ha tornado mudo. Los intentos recientes de los escritores nacionales por contar lo salvadoreño oscilan entre una apología de la bayoneta (v. gr. *Amor de jade* de W. Raudales) y

la excusa modernista, erudita y liberal que encontramos en la novela de Carlos Castro, la cual, siendo *grosso modo* de buena calidad, expresa la confusión reinante en las esferas intelectuales cuando se trata de decir en qué consiste lo salvadoreño, cuál es la esencia de este pueblo que vive de fragmentos del pasado, en un presente defraudante y sin esperanza.

Al principio hablábamos de diálogo entre nuestras dos novelas. Y es que la percepción de la necesidad de ir a las raíces que encontramos en *El amanecer de los tontos* es un angustioso reclamo que obtiene una vaga respuesta en *El Libro de los desvaríos*. Los salvadoreños que están fuera necesitan el alma escondida que les devuelva a lo vivo; como respuesta sólo obtienen un pasaje de ida a las aventuras más interesantes pero inmensamente ajenas de las que es posible hablar. Y lo más grave, no hay boleto de regreso. ♦

Los compromisos de Mario Vargas Llosa

Por: Luis Armando González

En 1994, el escritor peruano Mario Vargas Llosa publicó una selección de textos bajo el título de *Desafíos a la libertad*, en los cuales deja constancia de sus convicciones y compromisos socio-políticos. Atrayente y provocador, este libro de Vargas Llosa llama la atención tanto por lo esclarecedor que es acerca de las posiciones políticas de su autor como por la pasión con las que éste expone sus juicios y valoraciones. Al leerlo, no pueden pasar desapercibidos tres aspectos que son recurrentes a

lo largo de los diversos artículos que lo integran: la simpatía sin límites de Vargas Llosa hacia Margaret Thatcher, un rechazo total al nacionalismo y una apuesta por el libre mercado como tabla de salvación para la humanidad.

De la ex primera ministra británica el autor de, entre otros clásicos de la literatura latinoamericana, *La casa verde*, *Los cachorros*, y *La*



Vargas Llosa, Mario
Desafíos a la libertad
Aguilar Nuevo Siglo
México, 1994. 328 pp

ciudad y los perros, tiene la mejor de las opiniones, sobre todo por la decisión con que la *Dama de hierro* enfrentó la desarticulación de *Welfare State* y promovió, durante su mandato, la vigencia del libre mercado, haciendo la guerra al proteccionismo y a los monopolios. La simpatía que le profesa lo lleva a presentar la salida de la Thatcher como resultado de una “sórdida intriga”, y no —como la ha puesto de manifiesto el profesor de economía del Massachusetts Institute of Technology (MIT), Leste

Thurrow— porque no estuviera dispuesta “jugar el juego económico del siglo XXI” pretendiera “preservar las atribuciones del Banco de Inglaterra para controlar la oferta monetaria y la fijación de las tasas de interés británicos”, so pretexto de que perder esos derechos implicaba, en palabras de la ex primera ministra, “la más grave abdicación de la soberanía nacional y parlamentaria de nuestro

Luis Armando González (San Salvador, 1961), licenciado en Filosofía y Maestro en Ciencias Sociales.

ús” [Lester Thurow, *La guerra del siglo XXI*. Buenos Aires, Vergara, 1992, pp. 31-32].

Si hemos de dar crédito al profesor del MIT —quien por lo demás es un defensor convencido de una economía de mercado fuerte y competitiva— resulta que la simpatía de Vargas Llosa por Margaret Thatcher —además de su escasa formación en las ciencias económicas— no le habría permitido hacerse un juicio más objetivo acerca de las razones que llevaron a que aquella “perdiera su empleo” (L. Thurow). Pero, como en estos tiempos de pluralismo ideológico, político y artístico, cada uno es libre de erigir un altar para sus propios fines, no hay razón para oponerse a que Vargas Llosa tenga en el suyo, ocupando el pedestal principal, a la *Dama de hielo*.

El nacionalismo parece quitarle el sueño, y sin razón, al autor de *Los cuadernos de don Rigoberto*. Tras el quiebre del bloque del Este se han producido, en varios de los territorios socialistas y bajo la bandera nacionalista, verdaderas sangrías humanas, en las que las principales víctimas han sido todos aquellos considerados ajenos a lo “nuestro”: nuestra religión, nuestro dialecto, nuestras tradiciones y nuestra raza. Como bien lo hace notar Vargas Llosa, pueblos que antes del colapso del socialismo real convivían sin mayores conflictos, ahora —bajo la tutela de líderes fanáticos y sin escrúpulos, varios de ellos ex comunistas convencidos— se exterminan entre sí utilizando los métodos más atroces e inhumanos. El nacionalismo, entendido como exterminio de todo lo “otro”, no puede ser aceptado por nadie que defienda los ideales de justicia, igualdad y solidaridad entre los seres humanos. Pero, ¿todo nacionalismo es o ha sido así? Vargas Llosa no duda en responder

afirmativamente, con lo que se entiende que su rechazo al nacionalismo sea total.

Sin embargo, en América Latina hemos tenido un tipo de nacionalismo —por ejemplo el de José Martí— que ni de lejos le apostaba al exterminio de lo no nacional, sino que más bien se nutría de un rechazo a las agresiones económicas y políticas a las que efectivamente estaba sometida la Isla —primero por España y luego por Estados Unidos— a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Defender lo propio cuando es avasallado, aunque sea en formas finas y sutiles, no es ilegítimo; lo ilegítimo es agredir (o excluir) en nombre de lo propio a quienes son distintos, sobre todo si esa agresión tiene como propósito sostener en el poder a determinados individuos o grupos. América Latina no ha sido ajena a los nacionalismos más abyectos, los cuales en nombre de la nación o de la patria sojuzgaron a quienes no estaban de acuerdo con los intereses que se ocultaban tras la defensa de la nación o de la patria.

Este tipo de nacionalismo —al igual que el que enfrentó a serbios, croatas y bosnios— no puede ser defendido, pero sí aquel que, asumiéndonos como parte de esa gran patria que es América Latina, nos permita a todos los latinoamericanos convivir pacíficamente sintiéndonos, en la diversidad de tradiciones, costumbres, etnias y religiones, hijos de una misma tierra. En un mundo de bloques económicos como el que se avecina, América Latina sólo podrá ocupar un lugar digno si se integra como una gran nación no para exterminar a los no latinoamericanos, sino para que éstos —especialmente anglosajones, alemanes y japoneses— no la releguen a un lugar de tercera o cuarta categoría en el mercado mundial.

Por supuesto, el peligro de que el nacionalismo degenera en rechazo y destrucción de lo otro siempre estará presente. Pero el riesgo de encaminarse hacia la perversión no es algo propio ni exclusivo del nacionalismo; el socialismo real lo demuestra fehacientemente, pero también el liberalismo, cuando ha servido para legitimar los intereses de empresarios voraces y sin escrúpulos. La disculpa de que éstos traicionaron los ideales liberales puede servir también para disculpar a los nacionalistas más abyectos, por lo que condenar brutalmente una ideología política determinada —el nacionalismo— sin advertir peligros similares en otras —el liberalismo— es un grave equívoco desmentido una y otra vez por la realidad.

El tercer tema recurrente en libro del autor de *La tía Julia y el escribidor* es su apuesta por la economía de mercado como mecanismo exclusivo para que la humanidad entera al fin pueda alcanzar niveles de bienestar verdaderamente humanos. Es por ello que Vargas Llosa, una y otra vez, rinde tributo a Hayek por su defensa denodada del mercado. No se trata, sin embargo, de cualquier mercado, sino del mercado “libre”, cuyo funcionamiento debe ser ajeno a cualquier intervención estatal. Es en nombre de este mercado libre que Vargas Llosa se deshace en elogios hacia las economías británica, estadounidense, taiwanesa y chilena, modelos de lo que se puede conseguir si se deja que el mercado opere sin interferencias. Pero lo que parece escapar al buen tino del autor peruano es que la *economía libre de mercado* no existe ni ha existido en parte alguna del planeta: los países

que tanto admira se consolidaron como economías poderosas o despegaron hacia el crecimiento gracias al intervencionismo estatal denostado por él, intervencionismo que sigue vigente —redefinido y con nuevos perfiles en la reestructuración del orden económico mundial actualmente en auge.

La economía libre de mercado es una utopía de las malas, es decir, de aquellas que sus portavoces no sólo pretenden hacer realidad sin nunca conseguir sino que consideran hecho ya consumado. Vargas Llosa posiblemente nunca se cansa de achacar los males de las economías atrasadas del planeta a la inexistencia de un mercado libre

El peligro de que el nacionalismo degenera en rechazo y destrucción siempre estará presente.

y competitivo y, por el contrario, no parará de alabar las conquistas de los países ricos a costa de la existencia de aquel. Mientras tanto, en el mundo en un proceso acelerado de globalización económica, social y cultural, los gobiernos de Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, especialmente de Alemania, diseñan y rediseñan aquellas políticas que darán protagonismo a sus industrias y que impedirán que el “enemigo económico” les gane espacios en el mercado mundial. Según los entendidos en el difícil tema de las relaciones económicas internacionales, la presencia activa de los gobiernos en el desarrollo de los bloques económicos es una realidad inobjetable. Y es muy a pesar de la utopía con la que se ha comprometido este brillante escritor peruano

Ahora bien, por lo dicho arriba y por las ideas que defiende en el libro que comentamos, ¿puede ser considerado Mario Vargas Llosa como un reaccionario o un intelectual

espreciable y sin convicciones? Pues francamente creemos que no. Es cierto que Vargas Llosa en su juventud simpatizó con la izquierda y también es cierto que ya en su madurez se volvió un crítico acérrimo del populismo, el socialismo y el comunismo. Esta "traición" la que muchos nunca le van a disculpar y, sin tomarse la molestia de leer o discutir sus ideas, siempre lo van a considerar un "vendido" al imperialismo. Sin embargo, ya a su tiempo de que quienes rechazan visceralmente las ideas de Vargas Llosa caigan en la cuenta de que renunciar a determinadas concepciones de la realidad, no importa cuál sea su procedencia, es un derecho legítimo de cualquier persona, que nadie en lo absoluto puede negar. Traicionan los que, haciendo alarde de principios y compromisos, obran de un modo que contradice lo que proclaman. Creer que se estaba equivocado y operar un cambio en la propia conducta e ideas es algo que sólo puede ser condenado por individuos fanáticos e intolerantes, que prefieren obrar negando lo que proclaman a embarcarse en un proceso de renovación personal e intelectual.

En las páginas de *Desafíos de la libertad* no sólo encontramos ideas cuestionables, sino también ideas dignas de proclamar y defender. Entre estas, una de las más importantes de la defensa que su autor hace de la *democracia política*, misma que debe ser antepuesta a cualquier pretensión autoritaria. Y para Vargas Llosa las reglas y valores de la democracia valen para todos y en todo momento, como lo demuestra su rechazo a cualquier práctica estatal encaminada a exterminar a grupos

armados de izquierda como Sendero Luminoso. Otra idea que merece ser rescatada es la que apunta al *compromiso ético* del intelectual, es decir, a la necesaria inmersión de los trabajadores culturales en la realidad social que les toca vivir, sin evasiones cómodas o narcisistas. Por último, Vargas Llosa es un convencido de que la humanización no es ajena al imperio de la razón por sobre la fuerza, por lo que se declara un enemigo frontal de toda forma de violencia física, de intolerancia y exclusión, todas ellas expresiones de la animalidad que todavía domina a los seres humanos.

En más de un estudio acerca de la coyuntura electoral en Perú, que llevó a Alberto Fujimori al poder y que dejó a Vargas Llosa desencantado con la militancia partidaria, se ha reconocido que éste trató de ser sincero sobre sus planes de neoliberalización de la economía peruana una vez que llegara a la presidencia, lo cual incidió decisivamente en su fracaso político. Su intención era convertirse en un político distinto, en un político que dijera la verdad a los ciudadanos que, en caso de votar por él, sabrían a que atenerse después. Podremos no estar de acuerdo con muchas ideas de Mario Vargas Llosa, pero no podemos negar que este escritor tiene sus convicciones bien cimentadas. Las proclama a viva voz y a quien quiera escucharlas. Además es un excelente escritor, del que muchos de sus detractores podrían aprender infinidad de recursos literarios para comenzar a superar la tosquedad que caracteriza a sus panfletos, diatribas y condenas. ♦

El ramito (apócrifo) en el pie (de página)

Por: Hernán Antonio Bermúdez

“Debe ser un dato falso”

(p. 12)

“...las lenguas más temibles...”

(p. 15)

“Pero, muy pronto, el murmullo de la ciudad lo supo todo y reconstruyó la historia, poniéndole algo de sabor local”.

(p. 37)

Se sabía que Roberto Castillo tenía asegurada la publicación de un libro de cuentos en la Editorial de la Universidad de Costa Rica, desde hace unos 3 ó 4 años. Tras una dilatada espera, por fin aparece *Traficante*



Castillo, Roberto. *Traficante de Angeles*
Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José, 1997

de ángeles obra que, según el prólogo del propio autor, “debió llamarse *Vidas, opiniones y sentencias de genios provisionales*”.

Este título que no prosperó, señala, sin embargo, la materia de que se nutre el libro: de doce relatos, diez giran alrededor de personajes extraordinarios (genios o no), excéntricos de sino trágico (casi todos ellos mueren de manera violenta). Las excepciones son “Verónica Weddigen, la del ramito en el pie”, a mi juicio el mejor del

conjunto, y “Narciso Torres Miral, alcalde mayor, anno domini MMCLXXVII”, ejercicio de ciencia ficción, ubicado en un futuro sombrío y aterrador.

La acción narrativa de todos los cuentos se sitúa en Centroamérica, menos “Verónica Weddigen...”, que transcurre en Nueva Orleans (con escapadas a Belice y Veracruz), y

Hernán Antonio Bermúdez (Honduras, 1949) crítico literario y diplomático. Parte de su labor crítica fue recopilada en el volumen *Retahíla* (1980). Actualmente se desempeña como embajador de Honduras en Colombia.

están fechados desde principios de siglo hasta comienzos de los años sesenta. El autor es el sedicente biógrafo de los diez protagonistas masculinos y si bien cada personalidad posee “exigencias propias”, todos los ensayos sobre sus vidas proceden por igual de “la bibliografía fantástica” (cf. el prólogo, p. 7).

Roberto Castillo brinda, de entrada, la llave para leer las “biografías” agrupadas en *Traficante de ángeles*: las citas y referencias que aparecen a pie de página son apócrifas (pertenecen a “la bibliografía fantástica”), pero forman parte sustancial del juego que busca otorgarle visos de autenticidad a las narraciones, y simular su metal de ensayos biográficos.

El autor, entonces, le toma el pelo al lector: la ficción pretende borrar su carácter de tal y asumir una guisa de verdad. Para ello se acude al expediente de mezclar el hilo ficticio con acontecimientos verdaderos y, así, teñirlo de real (la caída del dictador Estrada Cabrera en Guatemala, el antisemitismo que genera en el istmo la influencia del régimen de Hitler, el sitio de Tegucigalpa en 1924 y la presencia de *marines* estadounidenses en la ciudad, etc.).

Congruente con lo anterior, se deslizan nombres de personajes reales y, así, por ejemplo, Monseñor Federico Lunardi, Julio Lozano, Ramón Villeda Morales se rozan (o casi) con algunos de los caracteres, la United Fruit Company se codea con la “Cerro Tecuerenche New York Mining Company”, y Samuel Zemurray junto con los hermanos Vaccaro se enfrentan a la “Steamers & Tropical Fruits Co.”.

El mecanismo funciona bien, pese a algún chirrido ocasional, de manera que el autor recorre hechos históricos ocurridos en la Centroamérica de la primera mitad del siglo XX, y consigue no sólo fabricarle una faz

genuina a la ficción, sino también un aura literaria a la historia.

Ahora bien, las historias del libro se desarrollan dentro del contexto de sociedades rurales, “de intereses elementales” (p. 17, profundamente divididas en clases, autoritarias y verticales (lo cual incluso se proyecta —ahondado— hacia el futuro en las memorias del alcalde mayor Narciso Torres, crónica anacrónica).

En ese medio social primitivo, donde prima una “atmósfera de chisme y maledicencia” (p. 164), irrumpen “los raros” (para tomarle en préstamo el término a Darío), individuos con destrezas notables en virtud de las cuales se convierten en seres que concitan “un interés inusitado” (p. 44), la curiosidad o el estupor de los demás mortales. Pero paradójicamente son idilios fugaces: a menudo la admiración que provocan los personajes principales dura poco y le abre paso a “su reverso” (p. 44): rechazo, aborrecimiento, escarnio.

Si bien Thomas Jefferson sostenía que “cuando alguien asume un cargo público, debe considerarse a sí mismo como propiedad pública”, en *Traficante de ángeles* la vida privada de cualquier persona que llame-la-atención de sus congéneres también “debe considerarse a sí misma como propiedad pública”.

En efecto, a lo largo de la obra se vive en medio de gentes versadas en chismes y rumores, acuciosos escrutadores de la conducta ajena. Las miradas acosan, atentas a las excéntricas, a los vicios, a los escándalos que hacen “la delicia de los ojos que observan y de las lenguas agitadas” (p.22).

En estos asedios asiduos no se vacila en acudir a binoculares y catalejos: el acecho, del todo irrespetuoso, no conoce límites. Las

“lenguas largas caminan tras las paredes” (p. 18) y son, además, “temibles” (p. 15), “insaciables” (p. 65) “feroces” (p. 72), “callejeras” (p. 86 y p. 180), “curiosas” (p. 116) y, en fin, “malas lenguas” (p. 166).

Ya en *Figuras de agradable demencia*, la colección de cuentos que Roberto Castillo publicó en 1985, las lenguas habían hecho su aparición, con humor y acritud. Pero esta vez son demasiadas: les amargan la vida a los protagonistas. El cínico alcalde mayor, Narciso Torres Mirall, sabe, sin embargo, hacer de la necesidad una virtud, y celebra la exacerbación de ese fenómeno en la Tegucigalpa del siglo XXI: *“La vida en nuestra ciudad conoce formas de convivencia que no existen en ninguna parte (...) cada quien sale con la certeza de que no está nunca solo, de que en cada cuadra, en cada esquina, encontrará todos los seres que necesita para mantener ese calor que nos hace sentir parte de los vivos. Pantallas instaladas en cada edificio proporcionan, con sólo depositar una moneda, el nombre y las principales señas... de cualquier individuo cuya imagen capten las cámaras”* (p. 199).

El peso opresivo del ojo avisador no es, pues, como cabría suponer, exclusivo de ciudades pequeñas, semi-rurales. En el porvenir, en urbes más complejas, lejos de desaparecer, cede el sitio a una intromisión aún mayor en la privacidad de los ciudadanos, con modalidades que George Orwell apenas pudo intuir.

Pero ya es hora de hacer alguna referencia a quienes padecen esta peculiar modalidad de control social. El primero es “Josiah Anderson, traficante de ángeles”, gringo minero, orfebre y carpintero, “hábil con las manos” (p. 11), y un tanto ingenuo, que se aventura en Honduras. Aquí comprará y venderá ángeles, se enamorará de una peruana

“culta y fresca” (p. 16) quien, entre otras cosas, le enseñará latín. El romance —remanso— se verá en seguida minado por la afición al alcohol del “muchacho”, quien vivirá diversas experiencias, perderá el estado de gracia y morirá, muchos años después, acribillado por un soldado norteamericano, presumiblemente en la base aérea de Palmerola.

“José Fausto Escamilla, inventor”, logra crear —tras varias tentativas fallidas— una máquina para acabar con la plaga del chapulín que asuela los campos salvadoreños, en gracia de lo cual es proclamado benefactor de Santa Ana y saborea la popularidad. Su talante de mujeriego le acarreará, empero, la muerte a manos de un marido burlado.

“José Angel Bracamonte Trigueros, taurmaturgo”, es un aventurero guatemalteco que recorre toda Centroamérica, embaucador contumaz, dotado de supuestos poderes extrasensoriales, cuya viveza criolla le conducirá, en la atmósfera carnavalesca del derrocamiento del tirano Estrada Cabrera, a ser abatido por los disparos de una de sus víctimas.

“Gaetano Gonzales, descubridor de los primigenios”, es el relato más corto y gira en torno de esta “personalidad difícilísima” (p. 85), de origen portugués, que recalca en el istmo y elabora “una complicada teoría alimentaria” (p. 87), basada en la ingestión de moluscos rejuvenecedores (los “primigenios”). Su pista se pierde, tras un fracasado intento de suicidio, “pobre, sin amigos y en el más completo descrédito” (p. 86).

“Baltazar Martínez, autor de la perfección sin límites”, se centra en la obra de este salvadoreño autodidacta, best-seller en los años cuarenta y pronto caído en el olvido. El cuento resume la doctrina contenida en ese “tosco breviario de sabiduría profunda, guía

moral para la vida” (p. 95), y produce las únicas tres páginas tediosas del libro.

“Malcolm Matavedra Padilla, dinámico constructor de catacumbas”, es la malicia encarnada, farsante audaz y camaleónico, que tan pronto profesa simpatías nazis como aboga por la re-elección de Franklin D. Roosevelt, un día es propagandista de las dictaduras centroamericanas vigentes durante la Segunda Guerra Mundial (el “círculo de hierro”, cf. la nota al pie de la página 109), y al día siguiente finge ser un luchador de la oposición contra Tiburcio Carías. Escurridizo y charlatán, termina sus días en un manicomio donde aprende latín, que le fascinará y sosegará (el latín como “amansalocos”).

“Oscar Bernabé Morales, filósofo de la existencia”, jorobado lector de Kierkegaard, cuyas lecturas “le harán crecer la joroba” (p. 131), es otro espécimen polifacético de esta corte-de-los-milagros. Filósofo de cantina (que no kantiano), hábil “showman”, llega a ser agredido por la multitud y pasa una temporada en la cárcel. Se convierte en un “mito viviente” (p. 137), y acaba aislado y solo.

“Martín Mora, caudillo montañés”, se erige en jefe de un grupo paramilitar en Costa Rica, donde durante siete años edificará un reino autócrata y brutal. Este personaje es una especie de embrión del *comedor-de-zanates*, figura repulsiva que aparece en *La guerra mortal de los sentidos*, novela posterior de Roberto Castillo, aún sin publicar (finalista en diciembre de 1996 del Certamen Latinoamericano EDUCA). Muere lapidado por sus propios seguidores.

“Cristóbal Achí Salazar, vengador de su madre”, asesino precoz, instaura un misterioso

centro para niños super-dotados en Guatemala “uno de los proyectos más originales y ambiciosos que jamás conociera el mundo tropical” (p. 153), que se malogra y, al huir, sabiéndose perseguido, cae triturado bajo las ruedas de un tren.

Finalmente, “Esteban Chinchilla Espejol, lacónico reformador del lenguaje”, autor del libro *Hasta más tarde*, donde formula la tesis del discurso restringido, apasionado por la bebida, huésped de la cárcel, dado a regalar máquinas de coser como instrumentos de seducción. El relato luego se desvía hacia su hermano gemelo, Eladio, político clientelista, defensor a ultranza (hasta la caricatura) del atraso rural, y quien salva de un atentado a Franklin Morales, ministro Residente de Estados Unidos en Honduras, en 1924. Esteban Chinchilla, patriarca astuto, termina alcoholizado, como Josiah, el traficante de ángeles, y muere de “un ataque al corazón” (p. 190).

El cuento “Verónica Weddigen...” si bien comparte el aire de ópera bufa de los demás, contrasta un poco en el desfile de vagabundos extraños y peripatéticos, involucrados de continuo en aventuras rocambolescas. No es casual que “Verónica...” se desenvuelva en Nueva Orleans, ciudad que, según Guillermo Yuscarán (William Lewis) en su magnífico libro *Gringos in Honduras* (Tegucigalpa, 1995), constituía durante el siglo XIX el “punto de largada hacia la aventura tropical”.¹ No en vano partieron de ese puerto hacia Honduras, John Lloyd Stephens, William Walker, O. Henry y Lee Christmas (cuatro de los siete gringos cuyas biografías se relatan en el libro de Yuscarán).

¹ “New Orleans... the jumping off point to tropical adventure”. Op. Cit.p. 43

En este sentido, *Traficante de ángeles* y *Gringos in Honduras* llegan a ser libros paralelos, uno desde el campo de la expresión narrativa y el otro del ensayo biográfico: El primero, finge poseer la raigambre del segundo, y éste demuestra también que, al decir del poeta colombiano Juan Manuel Roca, “la realidad es a veces la peor de las ficciones”.

Pero para volver a “Verónica...”, cabe añadir que es el único relato de *Traficante de ángeles* (aparte de “Narciso Torres...”) escrito enteramente en primera persona, lo cual le da un tono más vivo a la anécdota. Quien narra es un admirador o, mejor, un enamorado platónico, de Verónica Weddigen, niña prodigio de trece años, cuyos enigmáticos recados escritos, rubricados con un prometedor “love”, le trastornan y emboban.

El narrador es un señorito de finos modales, que utiliza términos como “venusino” y “nefelibata”, y habla “con un lirismo tomado en incómodo préstamo” (p. 53).²

Como una historia dentro de la historia, “Verónica Weddigen...” incluye las andanzas de la prima del narrador, Claribel Jenkins, inventora del “criscopio”, capaz de detectar tesoros enterrados. De ahí los desplazamientos hacia Belice y Veracruz, ciudad esta última donde el protagonista casi llega a conocer a Rubén Darío (raro desencuentro con el autor de *Los raros*).

Curiosamente, en este punto Roberto Castillo menciona en nota a pie de página (cf.

p. 47), mezclando una vez más ficción y verdad, el episodio del *Hornet*, la embarcación que transportó las armas con destino a la revuelta de Manuel Bonilla en 1911, lo cual coincide con *Gringos in Honduras* que, por su parte, se refiere (cf. p. 80) al viaje de *Hornet* desde Nueva Orleans a Roatán, y a Trujillo, financiado por Zemurray.

Traficante de ángeles contiene un mundo total y envolvente, por debajo del cual una corriente subterránea teje una sutil trama de interconexiones, un vasto tejido de contigüidades y recurrencias.

Para el caso, resulta llamativo constatar

Una corriente subterránea teje una sutil trama de interconexiones, un vasto tejido de contigüidades.

que dos de los personajes se alcoholizar (Josiah y Esteban Chinchilla), dos son abstemios (José Ángel Bracamonte y Eladio Chinchilla), cuatro conocen la cárcel (Bracamonte, Osca

Bernabé Morales, Esteban Chinchilla y Gaetano Gonzales), dos se aficionan al latín (Josiah y Malcolm), dos se enfrentan al cura del pueblo (Josiah al padre José María Argumedo y Esteban Chinchilla al padre Manuel, en tanto Malcolm se acoge a la hospitalidad del padre Pepe), Hitler aparece mencionado en tres relatos (Josiah, Malcolm y Cristóbal Achí Salazar), dos son excelentes cuenta-chistes (José Fausto Escamilla y Malcolm), tres excavan en busca de tesoro (Josiah, el enamorado de Verónica, José Ángel Bracamonte), tres viven un tiempo en los Estados Unidos (aparte del gringo Josiah

² Es de hacer notar que en el Nueva Orleans de principios del siglo XX también cunden los rumores y la gente enfila su curiosidad, primero de manera benigna y luego con agresividad, hacia el narrador.

Malcolm), tres se alojan temporalmente en una pensión (Josiah, José Angel Bracamonte y Malcolm), tres fundan bibliotecas (Malcolm en el manicomio, Esteban Chinchilla en la cárcel y Oscar Bernabé Morales que establece una librería en la cárcel), dos son apedreados (Malcolm y, lapidado a muerte, Martín Mora)...

Como se ve, si bien escribir narrativa suele ser como volar a ciegas, con instrumentos precarios y sin mapas, la geografía literaria inventada por Roberto Castillo posee sus líneas de fuerza y sus fijezas.

A punta de alquimia verbal y de libertad creativa, el autor de *Traficante de ángeles* construye una fantasmagoría de historia, donde la imaginación y la realidad se tratan, como diría Esteban Chinchilla, “de tú a tú”.

Castillo logra entibiar el abismo de barbarie en el que deambulan sus personajes merced

a la ficción lúdica y comprueba que el arte es la explotación estética de lo posible. O, en otras palabras, si la política —como dice el lugar común— es el arte de lo posible, el arte es la política de lo imposible.

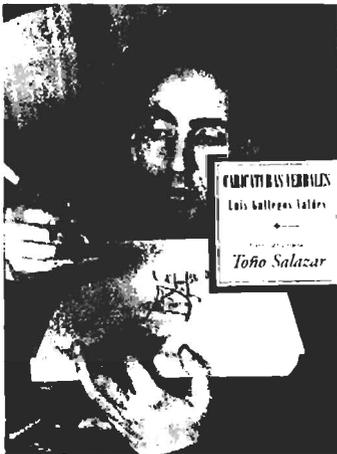
Sólo añadiría que —al final del libro— Narciso Torres, ese sátrapa del mañana, recuerda que la edad de la caverna siempre puede volver. La civilización —el mundo del afecto y de la razón, de la libertad y la tolerancia— es un lujo en cuya conquista no se debe bajar la guardia nunca.

Cyrill Connolly expresaba de manera gráfica el carácter vulnerable de la cultura: es como si fuera un fósforo prendido en la oscuridad, que todos intentaran apagar. En *Traficante de ángeles* se siente ese soplo furioso, ese letargo letal. ♦

Bogotá, 20 de marzo de 1997.

“En bachillerato me enseñaron que la imaginación es ‘la loca de la casa’. La realidad es peor, contesté: es la loca del pueblo”. Bufalino, Gesualdo, *El mal pensante*.

Tinta fresca



Gallegos Valdés, Luis *Caricaturas verbales*. Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 1997. 434 pp

Como un homenaje a Toño Salazar en el centenario de su nacimiento, la Colección Orígenes de la Dirección de Publicaciones e Impresos saca a luz su tercer volumen con una doble entrega. La primera contiene las conversaciones mantenidas en París entre el homenajeadado caricaturista y el escritor Luis Gallegos Valdés, reunidas bajo el título de *Caricaturas Verbales*. La segunda entrega contiene una muestra de cien caricaturas e ilustraciones de Salazar, la cual es apenas una pequeña porción de una vasta obra aún dispersa en periódicos, revistas y libros.



Alegría, Claribel *Luisa en el país de la realidad*. UCA Editores, San Salvador, 1997. 170 pp

Claribel Alegría confiesa que este es “el libro más querido para mí por ser tan salvadoreño como *Cenizas de Izalco*, aunque con el agravante de ser santaneco, como diría Roque”. Luisa en el país de la realidad es “un libro de digresiones, de realidad y sueños, de percepción y fantasía”. Publicado como el volumen 55 de la Colección Gavidia esta nueva obra de Claribel Alegría contiene un conjunto de textos líricos y narrativos en los cuales predomina la preocupación por la memoria, especialmente de la infancia y adolescencia.

Indoamérica en flor

Rafael Rodríguez Díaz



entroeuropeana

Rodríguez Díaz, Rafael *Indoamérica en flor*. Instituto Chapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, 1994. 248 pp

Tres años después de su fecha nominal de publicación ha llegado a nuestro país esta colección de ensayos, poemas y dibujos de el escritor y profesor universitario Rafael Rodríguez Díaz. Recoge este volumen una muestra del importante trabajo de creación, crítica y difusión cultural realizado por su autor cuando fuera director de la ya desaparecida revista *Taller de Letras*. La preocupación por la identidad latinoamericana y salvadoreña, subrayando el componente amerindio, es el punto que unifica la diversidad de materiales aquí reunidos.



Barba, Melitón *Alquimia para hacer el amor*. Grupo Mandela, San Salvador. 1997. 234 pp

Melitón Barba nos entrega ahora esta serie de “historias de hospital auténticas o inventadas”. Contiene las confesiones de un personaje ficticio a quien se van revelando a lo largo de una vida llena de peripecias las duras realidades de un país sometido a la dictadura y las maravillas del sexo. Declara el autor: “Queremos contar historias, divertir y divertirnos. Si lo hemos logrado, en buena hora. De todas formas, cuando un libro pasa a manos de los lectores deja de ser propiedad del autor y se vuelve un instrumento que convierte al lector en cómplice”.



Jacinta Escudos
FICCIONES
Dirección de Publicaciones e Impresos

Escudos, Jacinta *Cuentos Sucios*. Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador. 1997. 127 pp

El cuarto volumen de la colección Ficciones de la Dirección de Publicaciones e Impreso “presenta una serie de personajes extraídos no de una imaginación perversa, sino de la cáscara del mundo, donde la compasión y la alegría son palabras vacías. La incapacidad humana de ser feliz parece ser el motivo que atraviesa esta serie de narraciones probablemente patéticas pero también divertidas”. *Cuentos Sucios* es el segundo volumen de relatos publicados por Jacinta Escudos (San Salvador, 1961), poeta y narradora de indiscutibles dotes.

Esta muñeca circular y sola

Góchez Sosa, Rafael *Esta muñeca circular y sola*, Dirección de Publicaciones, San Salvador. 1997. 204 pp

Esta antología reúne poemas representativos de la obra de Rafael Góchez Sosa (1927-1986) de la que sobresalen, entre otros, por los siguientes títulos: *Luna Nueva* (1964), *Voces del silencio* (1967); *Poemas para leer sin música* (1971, 1982), *Los regresos* (1977) y *Los días y las huellas* (1987). De Góchez Sosa, dijo el poeta mexicano Efraín Huerta, que “conduce su vigilia a flor de piel, y las sensaciones salen de allí bien pulidas, con el contorno justo, la cabal arquitectura. Desde su soledad, desde un cierto, agudo desamparo, el poeta participa, atistigua, denuncia, protesta”.



Armijo, Roberto. *Los parajes de la luna y la sangre*. Prólogo de Sergio Romérez Mercado. Editorial Guayampopo. San Salvador. 1997. 92 pp.

Del prólogo: “un breviarío de sus soledades, y en muchos sentidos un compendio, purificado, de toda su poesía anterior, porque las claves siguen siendo las mismas. Otra vez lo siento acercarse con paso de Whitman a su paisaje telúrico, no un gran paisaje trepidante, sino al agreste rostro rural de su pequeña heredad volcánica; y con paso de Vallejo, acercarse a su casa de Chalatenango ya para siempre despoblada donde siempre huele a viejos sudores el padre, está la madre iluminada frente al fogón, se esconden, huyen los hermanos...”

ARS



ARS, No. 12. Revista de la Dirección de Artes del Ministerio de Educación. San Salvador. El Salvador. 1997. 66 pp.

Recogiendo diversas manifestaciones de la actividad de creación y reflexión artística de El Salvador, aparece un nuevo número de *Ars*, revista dirigida por Ricardo Lindo. Destacan los poemas del salvadoreño Carlos Santos y la española María D'Abadía; los artículos de José Luis Aranguren, Germán Cáceres y Janine Janowsky. Vienen, también una conversación con el desaparecido poeta Roberto Armijo, y, como entrega especial, la transcripción de la misa del compositor nacional José Santamaría Galán con una nota de Angel Duarte.

Roberto Huezo
su mundo



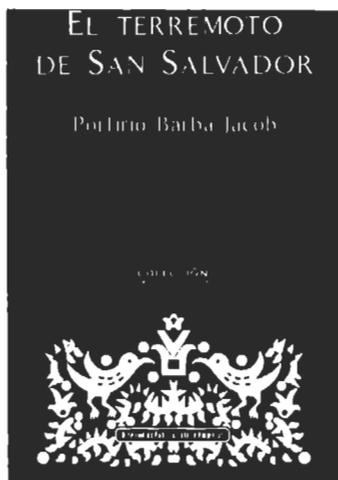
BANCO CUSCATLAN

Huezo, Roberto. *Roberto Huezo su mundo*. Banco Cuscatlán. San Salvador. 1996. 144 pp.

Este volumen contiene reproducciones fotográficas de lo más importante de la obra plástica de Roberto Huezo, así como una propuesta para sistematizar su obra. Con una impresión y diagramación que son un verdadero festejo a los ojos, este libro será en el futuro en un punto de referencia obligada para la apreciación y estudio de la obra de este importante artista plástico. La publicación de este volumen es un paso adelante en la tarea pendiente de inventariar la pintura salvadoreña, dispersa e inaccesible en colecciones privadas.



Chinchilla, Miguel Ángel et al. *Nuevo teatro salvadoreño*. Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 1997. 276 pp.



Barba Jacob, Porfirio. *El terremoto de San Salvador*. Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 1997. 190 pp.

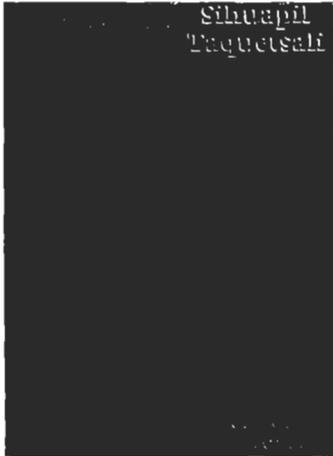


Arce, Manuel José. *Memoria*. Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 1997. 378 pp.

Recoge este nuevo volumen de la Colección teatro de la Dirección de Publicaciones e impresos las piezas dramáticas *El cura sin cabeza* de Miguel Ángel Chinchilla, *La mujer de las aguas*, de Francisco Ayala Silva y *El sentido de las eses*, de Edgar Roberto Gustave. Todas ellas obtuvieron el Premio Único del Certamen Nacional de Dramaturgia de la Fundación María Escalón de Núñez. Estas obras marcan nuevos rumbos para nuestra dramaturgia: la búsqueda y experimentación al lado del rescate de los mitos y leyendas; la reflexión sobre la sociedad actual.

Como primer volumen de la Colección Trigueros de León aparece una nueva edición de este testimonio del terremoto de 1917. Este relato fue iniciado apenas unas horas después del hecho, “cuando aún duraba el terror”, según las palabras del propio autor, Miguel Ángel Osorio —también conocido como Porfirio Barba Jacob o Ricardo Arenales. Barba Jacob fue uno de los mayores poetas de Colombia y uno de los más logrados periodistas de este siglo. Este libro es una contribución invaluable a la memoria histórica salvadoreña.

Esta *Memoria* fue escrita por Arce durante su exilio en México. Contiene las reflexiones del hombre que ocupara la Presidencia de Centroamérica, luego de pasar por las venturas y desventuras de las confabulaciones contra el régimen español. Impreso por primera vez en la Ciudad de México en 1830 y reeditado en San Salvador en 1903, 1947 y 1959, este libro es también el testimonio del patriota a quien el destino le fue adverso, y quiso explicar y justificar su actitud presidencial. Manuel José Arce terminaría sus días en medio de la pobreza y el olvido.



Cea, José Roberto. *Sihuapil Taquetsali*. Canoa Editores, San Salvador, 1997. 140 pp.

Un nuevo título de relatos se agrega a la bibliografía de José Roberto Cea (1939). De la nota editorial: "Unos textos de este libro fueron premiados en el Certamen Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes 15 de Septiembre del Ministerio de Cultura de Guatemala, 1991. Sihuapil Taquetsali su personaje principal, es una muchacha que está, como suelen decir los amables, en plena floración de la vida; los chuscos afirman que todavía huele a lápiz o a bolsón escolar; sea como fuere es interesante su accionar y se gozará con ella como su autor gozó al descubrirnosla".

El asco



Horacio Castellanos Moya

Castellanos Moya, Horacio. *El Asco*. Thomas Bernhard en San Salvador. Editorial Arcaris, San Salvador, 1997.

El Asco nos presenta el monólogo que dirige el protagonista, Edgardo Vega, a Moya, un antiguo compañero de estudios, en un encuentro que ambos mantienen en un bar capitalino. Vega confiesa su visceral repudio por todo lo referente a la identidad salvadoreña y revela la adopción de una nueva nacionalidad y un nuevo nombre. He aquí la tercera y, sin duda, más contraversial novela de Castellanos Moya. El relato es también un tributo al novelista austríaco Thomas Bernhard, de quien ha tomado su peculiar forma de narrar y su obsesión anti-patriotería.



Kijadurías, Alfonso. *Gatas sobre un hoja de lata*. Ediciones Marginales, Vancouver 1997. 30 pp.

Alfonso Kijadurías demuestra en este pequeño volumen que la traducción —o conversión, como prefiere llamarle— es también un ejercicio artístico. De la nota editorial: "Ryokan (1758-1831), poeta japonés. Perteneció a la secta Soto Zen del Budismo fundada por el maestro Dogen, quien sostenía que práctica e iluminación son una y enseñaba el abandono del bien y el mal. Para vivir Ryokan mendigaba sin acumular. Si tenía de más no tardaba en deshacerse del exceso. Nunca predicó, pero su vida irradiaba pureza y alegría: fue un sermón viviente".

Esta edición consta de 800 ejemplares. Se terminó de imprimir el día 25 de noviembre de 1997, en la Dirección de Publicaciones e Impresos San Salvador, El Salvador, C. A.

CONCULTURA